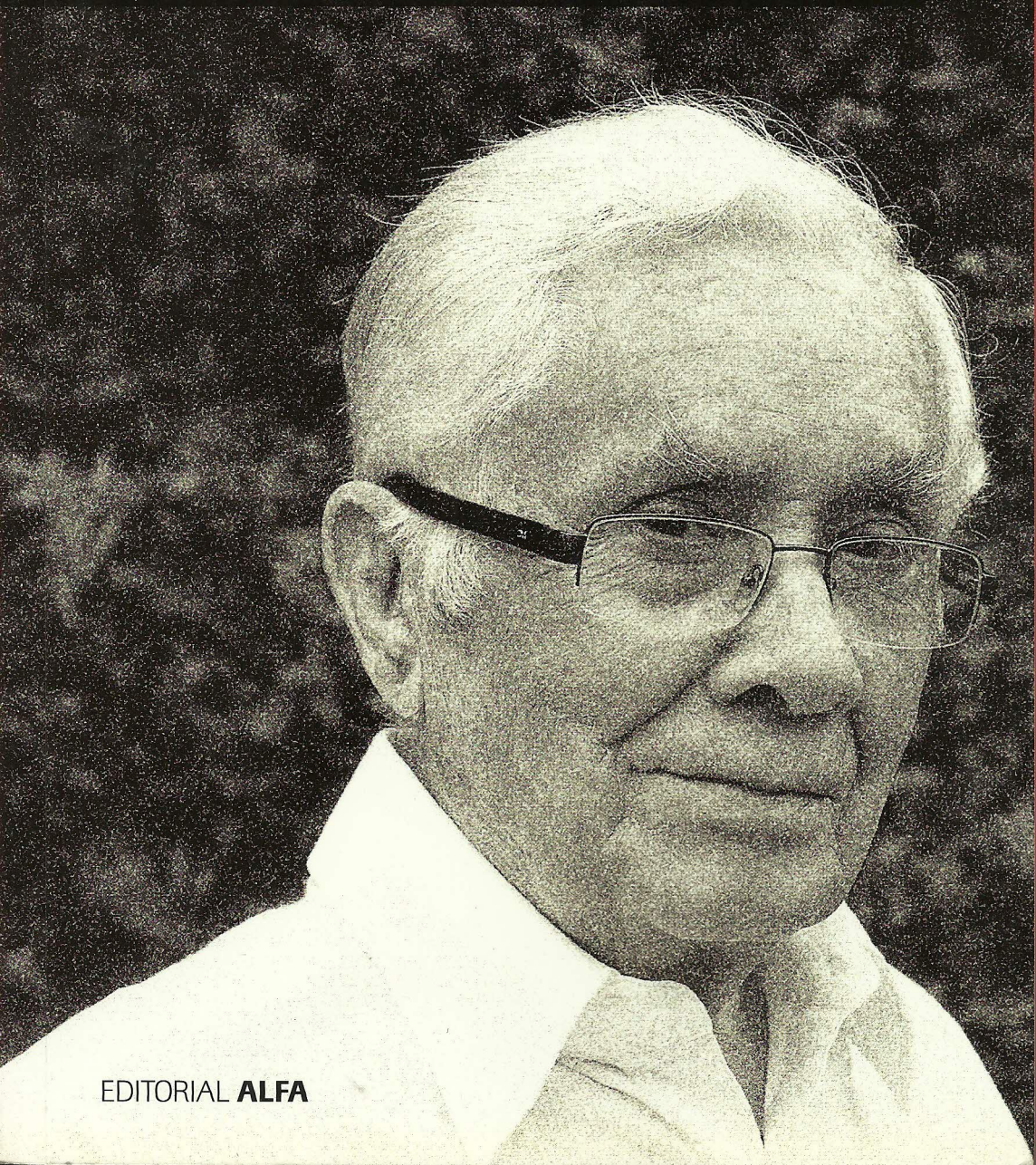


LA CONJURA FINAL

Octavio Lepage: 60 años de lucha política

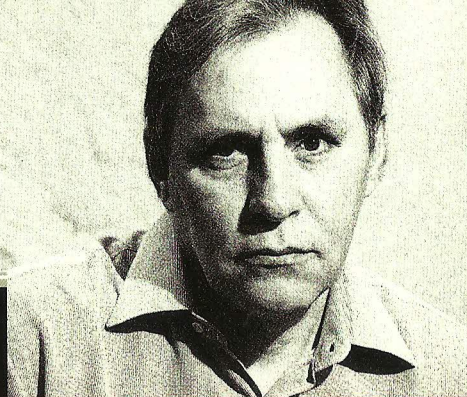
Javier Conde

COLECCIÓN HOGUERAS



EDITORIAL **ALFA**

Javier Conde



Pontevedra, España, diciembre de 1955. Graduado en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB en 1979, entró en la redacción del diario *El Nacional* como becario de la sección internacional en junio de 1976. En 1980 se integró a la redacción de *El Diario de Caracas*, cubrió la información política parlamentaria y fue enviado especial de ese diario a El Salvador en el inicio de la guerra que sacudió a la nación centroamericana durante una década. En 1983 fue designado para dar seguimiento a la campaña electoral de Jaime Lusinchi. Durante dos períodos se desempeñó como secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa (SNTTP). En 1997 participó en la fundación de la revista *Primicia* y fue su primer jefe de redacción. En el año 2000 asume la jefatura de redacción del naciente diario *TalCual*, del que llegó a ser su gerente general. En 2007 regresa a *El Nacional* para ocupar la jefatura de información de cierre. En 2011 se encarga de la dirección del diario *2001*. Es profesor de crónica en la UCAB y en 2005 fue seleccionado como articulista del año en los premios de periodismo Monseñor Pellín. En esta editorial publicó, como compilador, *Claro y raspao. Una mirada a Venezuela* (2006).

LA CONJURA FINAL

COLECCIÓN HOGUERAS

59

1ª edición: septiembre de 2012

© Editorial Alfa, 2012

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50.304. Caracas 1050, Venezuela
Telf.: [+58-2] 762.30.36 / Fax: [+58-2] 762.02.10
e-mail: contacto@editorial-alfa.com
www.editorial-alfa.com

ISBN: 978-980-354-334-1

Depósito legal: If50420123202998

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Diagramación

Rozana Bentos Pereira

Corrección

Carlos González Nieto

Fotografía de solapa

Efrén Hernández

Fotografía de portada

Lisbeth Salas

Impresión

Editorial Arte

Printed in Venezuela

LA CONJURA FINAL

Octavio Lepage: 60 años de lucha política

Javier Conde

ÍNDICE

Introducción	9
Gonzalo Barrios creía estar en París	15
Absurdo y estúpido sectarismo	23
Blacamán, la ametralladora y la caída de Gallegos	34
Roma, Madrid, Londres: exilio en autostop	46
Con Uslar Pietri en la Catedral de Colonia	56
Prieto el comecuras y Betancourt en bañador	63
Hubo una guerra y fue terrible	72
Una brutalidad policial	86
Una cosa oscura en Acción Democrática	95
La pequeña historia de Escovar Salom	106
La botija nunca estuvo llena	115
Búscate otro adeco	125
La conjura de Los Notables	130
El taimado de Luis Alfaro	145
A Caldera lo escuché con tristeza	150
Humo en los ojos	159

La política no es más que el conjunto
de las razones para obedecer
y de las razones para sublevarse
FERNANDO SAVATER, *Política para Amador*

Las historias no existen..Lo que sí existe
es quien las cuenta.
Si sabes quién es, hay historia;
si no sabes quién es, no hay historia
JAVIER CERCAS, *La velocidad de la luz*

INTRODUCCIÓN

Octavio Lepage Barreto (Santa Rosa, Anzoátegui, 1923) ha dedicado más de 60 años de su vida a la militancia en Acción Democrática. Fue testigo del breve e inicial alumbramiento democrático de 1945-48, vivió la clandestinidad, padeció la cárcel y el exilio, regresó a la patria en el mismo avión en que volvieron los militares alzados el primero de enero de 1958, se desempeñó en dos períodos diferentes como ministro del Interior —en la «Gran Venezuela» de Carlos Andrés Pérez y en la República fatigada que comandó Jaime Lusinchi—, aspiró, sin pleno convencimiento, a la candidatura presidencial y ocupó la primera magistratura por 15 días justos. Ni una hora más.

En las páginas que siguen se dibuja el tránsito de Venezuela por un buen trozo del siglo XX. Es la visión de un hombre de partido que presenció el auge democrático como consecuencia de la firma del Pacto de Puntofijo —tan satanizado en estos años de borrón y cuenta nueva— y observó desde primera fila el declive progresivo e indetenible de la sociedad que imaginaron, en el exilio y de vuelta de tanto fracaso y tanta espera, Rómulo Betancourt —especialmente—, Rafael Caldera y Jóvito Villalba. Lepage va a fondo en la revisión crítica de los logros y de los fallos. Va a fondo, incluso, contra sí mismo.

Es una historia jalonada entre conjuras y violencias. La que sacó del poder a Rómulo Gallegos y que dio al traste con un período de florecimiento político sin precedentes, la etapa

de la insurgencia extremista contra la democracia que apenas empieza a caminar, el proceso de enjuiciar por primera vez a Carlos Andrés Pérez, las intentonas golpistas en el agitado año de 1992, hasta el triunfo final de quienes —disímiles y antagónicos— juntaron rencores y ambiciones para abrir las compuertas, sin saberlo o sabiéndolo, a la Venezuela chavista. El nombre de Octavio Lepage, desde las posiciones de poder que ocupó, aparece en uno y otro trance. Al final, como su partido, es víctima de los acontecimientos.

Pero no es una víctima inocente. Acción Democrática contribuyó a cavar su propia fosa, aunque Lepage no admita la muerte de su partido; por el contrario, con una fe que administra con obsesiva prudencia, confía en su revitalización. Sus críticas se remontan a los albores del nacimiento de AD, cuando, inexperto y sin estructura, el partido se echa encima el gobierno del trienio y sucumbe, a su juicio, por la inmadurez, el sectarismo y la inflexibilidad política. A Rómulo Gallegos, por quien profesa admiración y respeto, le reconoce integridad sin sombras pero lo percibe sobrepasado por la tarea de encauzar la Venezuela democrática. Otro tanto dirá de Luis Beltrán Prieto Figueroa, en la circunstancia que lo condujo a separarse de Acción Democrática. Ambos carecían de la mano izquierda de la que tanta gala hizo Gonzalo Barrios.

En paralelo discurre su propio proceso personal. Un par de injusticias que presencié lo empujan a la política. Nada en su vida familiar, en un remoto pueblo anzoatiguense, al que había que llegar a caballo, presagiaba un futuro de ese tipo para Lepage. Los acontecimientos que se desataron a velocidad inusitada como consecuencia de la revolución del 18 de octubre de 1945 lo colocaron a la cabeza de tareas políticas de envergadura. La más exigente: ser el primer secretario general de Acción Democrática en la clandestinidad. Después, como muchos otros, siguieron cuatro años de cárcel y otros tantos de exilio. Rómulo Betancourt,

que desarrollaba una incesante labor epistolar, nunca lo olvida como destinatario. Lo reconforta en el extranjero y le recuerda que hay que prepararse para el regreso.

Lepage lo hace el propio 23 de enero de 1958. En el ajeteo de aquellos días conoce a Verónica Peñalver, con la que se casará y formará una familia. La implantación de la democracia enfrenta enemigos decididos. La lucha guerrillera, en la que participan excompañeros de partido —la generación de relevo amasada en la resistencia contra Marcos Pérez Jiménez—, es dura e intensa, plagada de excesos en uno y otro bando. Lepage afirma que la juventud de su partido había sido «colonizada» por las ideas marxistas y el ejemplo romántico de los barbudos de Fidel Castro. AD resentirá para siempre la pérdida de una generación señalada para mejores destinos. «El país también la perdió», precisa Lepage.

AD sufrirá después, al final de la década del 60, la escisión que da lugar al Movimiento Electoral del Pueblo. Se va Prieto Figueroa, el «Maestro», hombre de una sola pieza. Lepage es el jefe del comando de campaña de Gonzalo Barrios, que pierde por menos de 30.000 votos contra Rafael Caldera. La democracia supera sin trauma el primer traspaso de mando a un partido de la oposición. El partido blanco apoya a Caldera en la política de pacificación para reinsertar en la vida democrática a quienes se habían ido a las montañas. El régimen instaurado en 1958, victorioso frente a tantas conspiraciones, tiende la mano a los vencidos. Es quizás el momento de su madurez política. Pero, a la vuelta de la esquina, esperan los primeros signos, tal vez imperceptibles, de la crisis —o la sucesión de crisis— que se avecina.

Octavio Lepage va a tener una figuración de primer orden en el gobierno de Carlos Andrés Pérez. En 1975 será nombrado ministro del Interior, el segundo cargo en importancia del Ejecutivo. Aparece con nitidez el fenómeno del bipartidismo. AD y Copei concentran casi 90 por ciento de la votación. La izquierda, que regresa de las catacumbas, tiene una presencia testimonial,

reducida a los sectores profesionales medios y los ámbitos intelectuales. El pueblo llano y vasto está con Acción Democrática. El sistema luce robusto, sano, sin fisuras.

La Gran Venezuela de CAP, de sorprendentes y espectaculares realizaciones, endeuda al país, desata la corrupción e insufla un aire de facilismo que contagia el tejido social. La izquierda, reacia a la pacificación, se hace sentir con una acción vanguardista de alta proyección. Lepage duerme en su despacho, atento al desenlace de lo que será el secuestro más largo de la historia política venezolana. Vivirá sus horas más sombrías en la administración pública. El colofón de aquel gobierno descubre, a la distancia, las celadas que se urdían tras bastidores. Pérez se salva por los pelos. Lepage admite que su partido —entrapado en la lucha anticorrupción— perdió de vista los tentáculos de una conspiración en ciernes.

A finales de 1978, Venezuela se había ahogado en el chorro petrolero. Los «petrodólares» resultaban insuficientes para financiar la acelerada industrialización de la Zona del Hierro en Guayana. El endeudamiento, ampliamente justificado en su momento, se convirtió en un lastre sobre el futuro del país. Octavio Lepage reconoce que aquella situación nunca se superó. A la par, comenzaron a crecer las capas de sectores al margen de los beneficios de la renta petrolera. Flota aún hoy la frase de Luis Herrera Campins al asumir su mandato en 1979: «Recibo un país hipotecado». La chispa popular, que nunca se apaga, haría en poco tiempo un juego con las iniciales del Presidente: La Hipoteca Continúa.

El país comenzó a percibir —entre chanza y resignación— que a un gobierno malo lo seguía otro peor. Las rectificaciones prometidas fueron vagas o de escaso calado. La deuda y la marginalidad siguieron incrementándose, la corrupción propició un combate tras otro entre los principales partidos y apareció, con fuerza, desde los medios de comunicación, la antipolítica como un nuevo factor de

desequilibrio. Lepage volvería al poder en el gobierno de Jaime Lusinchí, otra vez era el segundo hombre en importancia en el Ejecutivo. Sectores de la sociedad, con peso específico, exigían más apertura política y menos injerencia de los partidos en la vida diaria de comunidades, universidades, en la administración de la justicia e, incluso, en el organismo electoral. Reticentes, los partidos abrieron con timidez la puerta a los cambios políticos con la creación de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copre), que adquiriría mayor relevancia en el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez.

Lepage cuestiona la política que se siguió para refinanciar la deuda externa, proceso inevitable pero que estuvo lejos de ser «el mejor del mundo», como se intentó vender. Pero es aun más severo con su propia decisión —o indecisión, porque nunca se autoconvenció— de aspirar a la candidatura presidencial de Acción Democrática, contra Pérez, en la que resultaría derrotado. Más cuidadoso es al referirse a la injerencia de Blanca Ibáñez en el manejo del poder desde el Palacio de Miraflores, capítulo polémico sobre el que privan los lazos de la amistad con Jaime Lusinchí. Lepage es un hombre de lealtades, cimentadas durante décadas de brega política, de sinsabores, de desprendimientos. También de éxitos. Sin embargo, tal condición no lo inhibe de expresar su juicio.

Llegado Pérez por segunda vez a Miraflores, Lepage regresa al Congreso, que preside. Se pone en ejecución el programa del Gran Viraje, «el paquete», en el argot popular, que bautiza el Caracazo y despide la conjura civil, inadvertida, donde se juntan, entre otros, personas con facturas por cobrar. En el intermedio, dos intentonas golpistas que socavan a un gobierno que se quedó sin partido, sin aliados, con los medios en contra y los cuarteles incendiados. Lepage cree, sin ninguna clase de duda, que al liquidar a Pérez se intentaba liquidar también a Acción Democrática. Y deja ver que no le alcanzará el tiempo para arre-

pentirse de haber permitido, junto con la dirigencia adeca, que Pérez fuera a juicio.

Él sustituirá, en un brevísimo interinato, a su compañero de partido. Se muda a La Viñeta con su familia, va todos los días a Miraflores, despacha menudencias y hace llamados a recomponer la vida nacional. Su paso por Palacio es efímero. Él afirma que siempre lo concibió así, como demandaban las apremiantes circunstancias. Al final, la vuelta a un partido golpeado, deteriorado, sin liderazgos vigorosos, que será incapaz de enfrentar, siquiera, la aspiración presidencial de Hugo Chávez.

Las fuerzas, sin embargo, nunca lo han abandonado, para reivindicarse sin pena alguna como un producto de la Cuarta República. Por el contrario, destaca la obra realizada y el régimen de libertades instaurado en el país. Se atrinchera en el legado indudable de Acción Democrática para avizorar nuevos y mejores tiempos

GONZALO BARRIOS CREÍA ESTAR EN PARÍS

En Santa Rosa, estado Anzoátegui, donde nació Octavio Lepage e hizo las primeras letras, sus padres —Ramón Felipe Lepage y Bárbara Barreto— conformaban una familia de ganaderos. Son tierras áridas, de escasa fertilidad, duras, sobre las que llueve poco y cuando llovía almacenaban el agua en lagunas artificiales. Los Lepage poseían cerca de un millar de hectáreas. En el pueblo había un matadero pequeño y la familia vendía queso, además.

Fueron seis hermanos, tres hembras, tres varones. Ellas —Delia, que murió, Emily y Rita— se casaron mientras hacían el bachillerato. Octavio es el mayor de los varones; Ramón se hizo ingeniero agrónomo, fue funcionario del Ministerio de Agricultura, también falleció; y Orlando, el menor, es veterinario, vive en Maturín. La casa familiar sigue en Santa Rosa, pero nadie atiende las tierras. El abigeato liquidó el ganado.

Lepage no buscó la política deliberadamente. La imagen, que aún retiene, de unos presos muriendo de mengua; el contacto con universitarios colombianos en Popayán, en el departamento del Cauca, y, sobre todo, la agresión a Gonzalo Barrios —a quien no conocía para nada— en los azarosos días previos al 18 de octubre de 1945, lo empujaron a caminar un día hasta la esquina de Socarrás, en el centro de Caracas, para inscribirse en Acción Democrática. Una decisión que marcaría para siempre su vida.

—Santa Rosa era un poblado minúsculo, entonces de unos 800 a 1.000 habitantes. Tenía una característica que lo hacía atractivo

en el tiempo en que el paludismo azotaba a Venezuela y todavía no había aparecido en escena el doctor Arnoldo Gabaldón. En Santa Rosa no había paludismo. Está situado en las estribaciones de la mesa de Ocopía y sopla brisa todo el año, en la noche aun más fuerte, de manera que los mosquitos no se acercan. Pertenece al distrito Freites, capital Cantaura. En mi casa no había preocupación por la política. Los Lepage eran ganaderos medianos. En la época de Juan Vicente Gómez la política estaba confinada a los estudiantes, a círculos muy reducidos, y en la capital. No sé en qué época llegaron los Lepage por estas tierras, el apellido tiene un origen francés remoto. En Santa Rosa había una pequeña iglesia colonial y siendo muchacho recuerdo haber visto unas lápidas de mármol blanco donde estaba enterrada gente. Allí aparecía Ernesto Lepage, sepultado en el año de 1836. De manera que llegaron muy temprano, en el siglo XIX o antes.

—¿Ahí en Santa Rosa comenzó sus estudios?

—Había una escuela unitaria, que no tenía grados, todos ocupábamos un salón. Ahí conocí a un personaje inolvidable porque era un extraordinario maestro, Julio Rivas Natera, de Aragua de Barcelona, que preparaba a los alumnos para entrar en cuarto grado. Después había dos opciones: que tus padres dispusieran de recursos para enviarte a Barcelona o a Aragua de Barcelona, que eran los sitios donde había escuelas graduadas, o te quedabas y lo que sabías era leer y escribir. Yo me fui a Barcelona, tenía un tío allá, médico, Andrés Lepage Montes, y viví en su casa hasta llegar al sexto grado, que hice en la escuela Juan Miguel Cajigal. Después, desgraciadamente, mi tío, que era primo hermano de papá, muere y mi tía María, hermana de papá, se viene a vivir a Caracas y yo me vine con ella. Aquí estudié bachillerato en el Liceo Andrés Bello, los cuatro años, de 1937 a 1941.

—¿Con quién coincidió en el Andrés Bello?

—El director era Dionisio López Orihuela, un hombre extraordinario, después se fue por la política. Era un gran peda-

gogo; el liceo tenía alto nivel. Tuve profesores como Humberto García Arocha, de Biología, que después en el trienio de 1945-1948 fue famoso por el decreto 321, sobre control de la educación; Domingo Casanova, de Filosofía, un español con vocación humanística; Domingo Colmenares, gran profesor de Química; Luis Manuel Peñalver, quien años después sería mi cuñado, profesor de Castellano, y J.J. Páez Maya, de Física. Los recuerdo muy bien, porque todos eran excelentes maestros.

—¿El primer contacto con la política se produjo en ese ambiente?

—En el Liceo Andrés Bello había alguna gente que estaba vinculada con la política, pero a nivel mío no. Nosotros constituimos un grupo cultural, llamado Pasos, y publicamos una revista de la que sacaríamos cuatro o cinco números, muy modesta. Era un grupo animado fundamentalmente por Manuel Rafael Rivero, quien después fue un personaje conocido, presidente del Consejo Supremo Electoral, Contralor de la República. El financista de esa revista era Alfredo Benedetto, hijo de gente acomodada de Ciudad Bolívar; después se hizo médico. Tenía aficiones literarias.

—Llega a Caracas cuando concluye la dictadura gomecista y se abría un nuevo tiempo. ¿Cómo se vivía entonces?

—Yo mantenía en la retina una visión perturbadora de la Venezuela gomecista. En mis tiempos de estudiante de primaria en Barcelona, cuando en vacaciones visitaba a mis padres en Santa Rosa, era forzoso cruzar los bajos del río Curataquiche. Con asombro veía gente apiñada en cobertizos de zinc, cuyas paredes eran de alambre de púas. Aquellos eran presos comunes, encargados de hacer el «mantenimiento» de la vía. Era un espectáculo desgarrador que yo registraba con angustia. Todos esos presos comunes seguramente murieron allí, pues en los bajos del Curataquiche existía una variedad de fiebre palúdica llamada la «económica», porque no daba tiempo para gastar en médicos y medicinas. La muerte era fulminante. Yo todavía miro sus rostros. Esa situación dura hasta finales de la década del 40, cuando las petroleras cons-

truyeron la vía El Tigre-Puerto La Cruz. Tal visión, que afloraba de tiempo en tiempo, suscitaba en mi ánimo inconformidad y, a lo mejor, me fue sensibilizando por el ejercicio de la política.

—*Termina sus estudios de bachillerato en el Andrés Bello y ¿qué viene después?*

—Comienzo en la Universidad Central de Venezuela mis estudios de Derecho, apruebo el primer año y entonces me entró la ventolera de irme a Colombia y fui a parar en la Universidad del Cauca, en Popayán, una ciudad al suroeste del país, al sur de Cali, que no pasaría de 50.000 o 60.000 habitantes, pero una ciudad procerca: no sé cuántos popayenses han sido presidentes de Colombia y muchos apellidos importantes proceden de allí. Estudié dos años, era una universidad pequeña con una buena escuela de Derecho, era una universidad pública, yo nunca estudié en un colegio privado. Mis padres me mandaban una mensualidad para pagar la vivienda y otros gastos, pero todo era entonces muy barato. En Colombia la lucha política era muy intensa, entre liberales y conservadores, una vaina ardorosa, debates permanentes, muy interesantes, de altura, a esos niveles profesionales y universitarios. Allí yo comencé a interesarme por la política. Había unos 120 estudiantes de Venezuela y fundamos un centro de estudiantes que a mí me tocó presidir. Uno de los estudiantes empezó a recibir *El País*, aquel órgano que se funda propiciado por Acción Democrática y básicamente por Rómulo Betancourt. En la primera página de ese periódico aparecía diariamente un pequeño editorial de Betancourt y eso me interesó y le escribí a tía María, donde yo vivía en Los Caobos, para que me suscribiera y me lo mandara. Me llegaba con mucho retraso, por correo ordinario, pero ahí empecé a sensibilizarme por la cosa política en abstracto, sin tomar partido. Tenía muy buenos amigos en el partido Conservador y en el partido Liberal. Por cierto, que cuando se produce el golpe de Gustavo Rojas Pinilla, en su primer gabinete figuraron tres muchachos que habían sido

amigos míos en la Universidad del Cauca. Uno, Aurelio Caicedo Ayerbe, un tipo brillante, conservador, que fue nombrado canciller; otro, Tomás Castrillón, que fue nombrado ministro de Obras Públicas, y Reinaldo Muñoz, que se desempeñó como ministro de Educación.

—*Descubre la política, pero más como preocupación intelectual...*

—Exactamente, pero además en Popayán me encontré con una sorpresa muy grata y es que había un culto conmovedor por Bolívar, era un culto popular. Bolívar era para ellos lo máximo, más que Santander. Un culto más vivo que el venezolano, mucho más entusiasta. La otra cosa que conocían allí era «Barlovento», la pieza venezolana de Eduardo Serrano, y cuando fundamos el centro de estudiantes decidimos publicar un periodiquito y dijimos: «O le ponemos «Simón Bolívar», que era demasiado solemne, o «Barlovento», que es lo otro que conocen aquí», y con ese nombre salió.

—*¿Cuándo regresa a Venezuela?*

—Regreso en el año 1944, por ferrocarril de Popayán a Bogotá y de Bogotá a Duitama, un pueblo en el departamento de Boyacá. Desde allí no continuaba el ferrocarril y seguí en autobús hasta Cúcuta, luego otro tren que iba hasta Encontrados, en el río Catatumbo, que ya desapareció, y tomé solo, a las diez de la noche, recuerdo, una piragua en Encontrados que llegaba al día siguiente como a las 6 de la tarde a Maracaibo. Después para Caracas por tierra. No existía la Lara-Zulia, así que se iba hasta Valera para coger la carretera Panamericana. Lo hice para ir y para regresar, nunca vine en los dos años que estuve en Popayán.

Me fui a Santa Rosa, a estar con papá y mamá, y en septiembre ya vengo a Caracas para reingresar en la Universidad Central. Y me gané un año, porque los estudios de Derecho en Colombia eran de cinco años y en Venezuela de seis, y en la equivalencia de materias con lo que había cursado en Colombia me inscribieron aquí en un año superior.

—Y, por supuesto, ya era un centro de agitación política...

—Claro, ya había grupos organizados. Un buen día me tropezó con José Cecilio Montilla, un hermano de Ricardo Montilla, que había sido mi compañero de bachillerato en el Andrés Bello y que estaba militando en Acción Democrática. Un fin de semana me convence José Cecilio para ir a El Sombrero, en Guárico, donde vivía su hermana Cecilia Montilla de Esaá. Era en plena campaña de las elecciones municipales de 1944, y encuentro que AD, en cuyo partido militaban los dos Montilla, tenía un mitin en la plaza Bolívar de El Sombrero, anunciado para ese domingo. Había unos cartelones en algunas esquinas invitando. Como al mediodía de aquel domingo, el mitin era a las 4 de la tarde, se aparece una caravana del Partido Democrático Venezolano, que era el partido que Isaías Medina había organizado desde el Gobierno, encabezada por el doctor Irazábal Ron, secretario general de gobierno en Guárico, y deciden quitarle la plaza Bolívar a AD para dársela al PDV. Aquello me pareció tan arbitrario, que trasladaran el mitin de AD a lo que ellos llamaban la plaza Páez, que era un terreno cercado de alambre de púas. Pero allí AD armó su tarantín improvisado y José Cecilio tuvo la imprudencia de llamarme a la tribuna y me puso a hablar. Yo no era de AD ni mucho menos, dije dos o tres pendejadas, que ni recuerdo. Pero aquello me molestó mucho y regreso a Caracas, en plena campaña electoral municipal, ya había reiniciado el año en la universidad y se celebra un mitin de cierre de campaña de la alianza PDV-Partido Comunista en el Nuevo Circo de Caracas. Gonzalo Barrios, que siempre se olvidaba de que estaba en Venezuela y creía que todavía estaba en París, tuvo la ocurrencia de ir al mitin. Yo ni sabía que existía Barrios, y una pandilla de jóvenes encabezada por Guillermo García Ponce lo agredió y le partió la frente de un carajazo. Eso fue un escándalo, y yo, entre lo que había presenciado unas semanas antes en El Sombrero y ese atropello, me dio tal indignación que dije al día siguiente

en la universidad: «Voy ahora mismo a inscribirme en Acción Democrática», llamando al que quisiera venirse conmigo a que se viniera. Varios me siguieron y nos fuimos caminando desde la vieja universidad, en la esquina de San Francisco, frente al Capitolio, hasta Socarrás, donde estaba la casa de Acción Democrática en Caracas. Era octubre de 1944.

—Una reacción emocional más que ideológica...

—Era como una protesta por un atropello que a mí me parecía inaceptable. Lo cierto es que era un tiempo de bastante actividad política. Ese año Betancourt era candidato a concejal por San Agustín contra Rodolfo Quintero, que era el dirigente comunista para ese momento más importante, después de Gustavo Machado. Líder sindical y político, un tipo jodido, muy agresivo. Rómulo Gallegos era candidato por Santa Rosalía, perdió; Andrés Eloy Blanco por San Juan, perdió. Son esos mis días iniciales en la militancia política. En abril de 1945 hay una convención de la seccional Distrito Federal a la que asisto y pido la palabra. Dije que «había venido a Acción Democrática por circunstancias, por esa agresión que le hicieron a Gonzalo Barrios, pero yo esperaba que en AD lo adoctrinaran a uno, y han pasado varios meses y nadie me ha ofrecido adoctrinarme». A Francisco Olivo, un líder sindical, un hombre muy apasionado, y muy jodido a la vez, aquello le pareció una impertinencia de mi parte, que era un carajito, que me atreviera a hacer esas críticas, y dice: «Al compañerito este, Lepage, yo lo propongo a él para que sea secretario de cultura y propaganda, para que ponga en práctica su idea de formación», y salí electo. De manera que antes de cumplir un año de militancia ya estaba en la dirección seccional, la más importante después del Comité Ejecutivo Nacional. En esa convención salió electo Luis Lander como secretario general en Caracas.

—Y además sin tener amistad con ningún líder.

—Con ninguno.

—¿Y a Jaime Lusinchi ya lo conocía?

—Éramos amigos desde muchachos, de Barcelona. Él estudiaba en la misma escuela que yo. Esa elección fue en abril o mayo de 1945. Y ya en AD, y en esa posición, me agarra a mí el 18 de Octubre.

ABSURDO Y ESTÚPIDO SECTARISMO

Cuando apenas se estaba iniciando en la lidia diaria de la actividad partidista, Octavio Lepage tuvo que asumir, por la fuerza de las circunstancias, la secretaría general de AD. Rómulo Gallegos había caído, la dirigencia importante estaba presa o en el exilio. En los primeros meses del año 1949 comenzó su vida clandestina, moviéndose de una concha a la otra. Comenzaban diez años de resistencia.

Con la ayuda de José Agustín Catalá logró imprimir un periódico en un multígrafo que estaba escondido en Prado de María, en la casa de la madre de José Luis Rodríguez, el cantante que, cosas del destino, muchos años después encarnaría a un luchador antiperezjimenista en la telenovela *Estefanía*.

En uno de aquellos días de afanes, la pequeña maquinaria del partido lo muda a una casa en Bello Monte, próxima a la avenida Casanova. Y una tarde, mientras dormía la siesta, costumbre que nunca ha abandonado, lo despertó una pistola apuntándole al pecho. Lo habían delatado. No le dieron golpes; la Seguridad Nacional la presidía Jorge Maldonado Parilli. Las torturas comenzarían después, cuando el jefe era Pedro Estrada. Lepage pasaría cuatro años preso en la cárcel de San Juan de Los Morros.

¿Qué situaciones condujeron a aquel desenlace y terminaron con el breve período democrático iniciado en 1945? Lepage pone el énfasis en los errores propios, los de su partido, sin obviar la ambición que movía a sectores militares. A Acción Democrática, aún en formación, le cayó encima la responsabilidad del poder y

le faltó la madurez y mesura indispensables para abrir los cauces de la sociedad democrática que se aspiraba a construir. Para él, los episodios de retaliación política en los que se incurrió desde el naciente poder marcaron la senda del fracaso.

—*¿En el 18 de Octubre el fin justificaba los medios? ¿Cómo se explica que en este caso dar un golpe esté plenamente justificado? Historiadores y políticos lo admiten como una ruptura importante, fundamental.*

—Primero que todo, el 18 de octubre de 1945 fue un golpe. Eso lo reconoce Rómulo Betancourt en su obra *Política y petróleo*, pero fue un golpe que se transformó en revolución. Fue un golpe, no una aventura golpista a la que se dejó arrastrar o en la que quiso participar Acción Democrática. Un buen día de aquel año, los militares buscaron contacto con dirigentes del partido a través de Edmundo Fernández, médico endocrinólogo, independiente, que había sido de la Generación del 28, pero que no había tenido más actividad política porque estaba totalmente consagrado a su ejercicio profesional.

—*Y tenía relación con Betancourt...*

—Tenía vinculaciones con Rómulo, había sido amigo de la Generación del 28. Pero más que con Betancourt con Raúl Leoni, que fue el presidente de la Federación de Estudiantes del 28. Buscan el contacto, hablan con Rómulo, que dice «vamos a ver cómo es esto». Hay una exploración que concluye en una entrevista de Rómulo con Marcos Pérez Jiménez, cabeza visible de ese golpe. En esa primera entrevista, Rómulo dice que si resultase inevitable el golpe, porque el régimen se cierra a cualquier concesión, habría que actuar; pero antes hay que hacer una gestión para evitar el golpe. Y esas gestiones se hicieron y fruto de esas gestiones fue la escogencia de Diógenes Escalante, embajador en Washington y que se sabía que al presidente Isaías Medina le gustaba. Como también resultaba aceptable para la gente de izquierda. Acción Democrática también estaba en la izquierda, aunque los comu-

nistas lo negaran. Se hicieron los contactos con Medina, quien se mostró proclive al arreglo. Es cuando viajan a Washington Rómulo Betancourt y Raúl Leoni a entrevistarse con Escalante. De ese encuentro sale Escalante como candidato de transición.

—*¿En que consistía la transición?*

—En que Escalante sería electo Presidente por el Congreso —en esa época no se elegía popularmente—, pero una vez Presidente propiciaba una reforma constitucional inmediata, en uno o dos años, para consagrar el sufragio universal, directo y secreto y llamar a elecciones. Es decir, aceptaba ser un hombre de transición. Por mala suerte para Venezuela, Escalante enloqueció. Una vez que el dictamen médico confirmó que sufría demencia, Betancourt convence a Gallegos para que fueran a hablar con Medina. El presidente Medina concede la audiencia apenas Gallegos la solicita. Le plantean que, inhabilitado Escalante, por su inesperada y lamentable dolencia, AD seguía en disposición de continuar conversando para buscar a un nuevo candidato de consenso. Medina no se mostró receptivo esta vez. Ignoro si a ello pudo contribuir el talante severo de Gallegos, pero en todo caso el encuentro no arrojó resultados positivos. Se comentó que Medina llegó a decir: «No olviden que yo cuento con el Ejército». Desde ese momento ya los dirigentes de Acción Democrática encabezados por Betancourt se dieron cuenta de que no había posibilidades de una fórmula parecida a la de Escalante.

—*Y es cuando surge la opción de Ángel Biaggini...*

—Medina escoge a Biaggini, su ministro de Agricultura, un hombre muy buena gente pero absolutamente gris y sin personalidad, sin fuerza, sin energía psicológica para ser Presidente. Un hombre totalmente sin condiciones para jefe de Estado. Cumplía con el requisito de ser tachirense aunque no militar. Los militares quedaron en libertad de actuar y actuaron. Cortados los puentes con Medina, se produce el golpe militar que lo derroca. Cuando se produce un golpe militar, el oficial que lo

encabeza suele ocupar la jefatura del nuevo gobierno. En el caso del 18 de octubre de 1945 no fue así. AD planteó, y los líderes militares lo aceptaron, que la Junta de Gobierno tuviera mayoría de civiles y que uno de estos la presidiera. En efecto, en la Junta, de siete miembros cinco eran civiles —Betancourt, Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Gonzalo Barrios y Edmundo Fernández— y dos militares, el mayor Carlos Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas. Otra peculiaridad es que los miembros de la Junta, por decreto, se inhabilitaron para ser candidatos en las próximas elecciones presidenciales. De manera que ese es un golpe muy peculiar, no es un golpe militar cualquiera, no es una aventura militar. Fue una acción muy bien estructurada.

—*¿Es posible establecer algún paralelismo, alguna similitud, entre el golpe del 18 de octubre del 45 y el del 4 de febrero de 1992?*

—En absoluto. El 4F fue un golpe de cuartel, una conspiración que según Hugo Chávez duró 10 años. Él estuvo todo ese tiempo reclutando militares jóvenes, desde 1983. Y, finalmente, cuando se produce, hay una escasa o nula participación civil.

—*En su momento se sospechó que había civiles involucrados, pero no dieron la cara. Incluso se llegó a mencionar, en los corrillos y en la prensa, a Arturo Uslar Pietri y a Miguel Ángel Burelli Rivas.*

—Eso fue una aventura estrictamente militar, de militares jóvenes, de teniente coronel hacia abajo. Pero déjame continuar con la Junta del 45 y luego retomaremos eso. Lo primero que hace la Junta es crear una comisión mixta para redactar un estatuto electoral, sin militares, plural desde el punto de vista político; y ese estatuto electoral logra la unanimidad de apoyo del sector político civil. En él se reconoce el voto minoritario: los partidos pequeños que tuvieran poca votación siempre podrían aspirar a lograr algún tipo de representación.

—*Los partidos apenas estaban naciendo entonces...*

—Estamos hablando de Copei, que se funda en enero de 1946. Rafael Caldera es nombrado por la Junta Procurador General de

la Nación, pero a los pocos meses, en un mitin en San Cristóbal, Caldera se retira espectacularmente, renuncia y proclama la creación de su partido, de Copei, Comité de Organización Política Electoral Independiente. Y pocos meses después aparece Unión Republicana Democrática, URD, el partido de Jóvito Villalba. El estatuto electoral de esa comisión mixta, donde estaban todas las corrientes políticas representadas, rige las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1947, y en esa asamblea está representada Acción Democrática, con un porcentaje alto, pero también Copei, URD, el Partido Comunista, que como ya existía en el cuociente electoral logró algunos diputados, entre ellos Gustavo Machado y Jesús Faría. De manera que eso no tiene ninguna similitud remota con el intento frustrado de golpe de febrero del 92 y mucho menos con el del 27 de noviembre del mismo año.

—*¿Venezuela en 1945 podía esperar? ¿Esos cambios que se propugnaban no podían posponerse, había que dar ese paso?*

—Eso se ha planteado con insistencia, unos cuantos venezolanos ilustres, gente inteligente y civilizada, culta, lo han dicho, incluso Uslar Pietri.

—*Que en el 45 era el ministro del Interior, es decir, al que le dan el golpe.*

—Esa siempre fue la tesis de Uslar Pietri. «Señores —decía—, Venezuela iba hacia allá». Eleazar López Contreras, aunque no permitió los partidos y lanzó al exilio a los dirigentes de izquierda, incluyendo a los de AD —el único que se salva es Betancourt porque se queda clandestino en Venezuela—, inicia tímidos cambios. Luego Medina abre más el compás, permite la legalización de los partidos políticos y da plena libertad para que hagan labor proselitista y divulgativa de sus programas y sus tesis. En el futuro, explicaba Uslar, con toda seguridad se habría llegado a establecer el sufragio universal, directo y secreto. «De manera que este golpe de ustedes, militares y civiles, interrumpe un proceso evolutivo que iba hacia allá». Esa es la posición, a grandes trazos,

de Uslar Pietri. Pues bien, esa concepción estática es totalmente desmentida por la realidad histórica.

—Esa argumentación pudiera aplicarse al 19 de abril de 1810 y al 5 de julio de 1811.

—Por supuesto, hubo —y hay— gente con ese criterio, argumentando que la independencia, que costó tantos sacrificios, dejó a Venezuela arruinada, maltrecha, después de aquella guerra feroz. España se hubiera visto obligada a darle independencia a las colonias americanas en algún momento, pero esa es, insisto, una concepción estática de la historia, que la desmiente la realidad en todos los rincones del planeta.

—Viene el golpe, era inevitable.

—Era tal la ansiedad, la impaciencia, mejor dicho, de los venezolanos porque se les dieran derechos a participar en la conducción y orientación de la vida nacional, que el sufragio universal, directo y secreto fue una fiesta popular en Venezuela y la concurrencia de los venezolanos a las elecciones fue extraordinaria. La participación en las votaciones de la Asamblea Constituyente fue masiva y en la presidencial, donde salió electo Gallegos, también. Caldera y Machado fueron candidatos a la presidencia, Jóvito no. Más de un millón de personas, en aquella Venezuela aún en tránsito de lo rural a lo urbano, donde la mitad de la población era analfabeta, concurrieron a las urnas, lo que es una cifra muy significativa. Yo, por cierto, fui subsecretario de la constituyente y cometí la ligereza de renunciar porque me sentía relegado a una función burocrática. Debí haberme quedado allí, empaparme de todo lo que se discutía y cometí esa pendejada de renunciar.

—En la constituyente del 47 el tema religioso suscitó grandes debates y ardientes polémicas...

—Estaban presentes unos sacerdotes muy combativos, electos en planchas de Copei, sobre todo uno, gran orador, monseñor Carlos Sánchez Espejo, del Táchira; el sacerdote Pedro León Rojas, trujillano, muy agresivo, después fue obispo querido y

respetado en su estado; también era diputado un sacerdote culto y sutil, de estampa cardenalicia, monseñor José Rafael Pulido Méndez. Por AD estaba el sacerdote Luis Eduardo Vera, tío de Rigoberto Henríquez Vera, que luego se salió de sacerdote y fue funcionario en los gobiernos democráticos. La constituyente fue una escuela no solamente de agitación sino de formación política de los venezolanos, de tal manera que eso de asimilar siquiera remotamente el 18 de Octubre con el 4F es un contrasentido.

—Lo que está fuera de duda es que el gobierno de Isaias Medina Angarita fue de claro talante democrático.

—Yo estoy absolutamente de acuerdo, de claro talante democrático. López Contreras también fue un gobernante liberal y tolerante a pesar de que disolvió los partidos y mandó al exilio a todos los dirigentes de la izquierda, comunistas y no comunistas, pero fue en líneas generales un gobierno civilizado, respetuoso de las libertades siempre que su ejercicio no excediera ciertos límites. López Contreras era el heredero directo de Gómez y había muchos gomecistas que no se habían muerto ni se habían ido del país y él tenía que moverse con mucha cautela para que no lo rasparan sus propios compañeros de armas e hizo ese gobierno de estira y encoge, de apertura y cierre, pero el balance yo creo que salva a López Contreras como un hombre que supo orientar el país hacia una transición luego de 27 años de gomecismo.

—¿Como personaje histórico es más importante López Contreras que Medina?

—Ese tipo de comparaciones son difíciles porque fueron dos hombres importantes. Los dos son muy interesantes y muy positivos. Medina avanzó más, por supuesto, y López siguió teniendo después de 1958 un reconocimiento en los gobiernos democráticos. Medina fue mucho más amplio, legalizó los partidos, entre ellos AD, y los partidos ejercían con entera libertad su función. Lo que le faltó fue haber dado ese paso decisivo de establecer el sufragio universal, directo y secreto.

—¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé. Por ahí se dice que él hizo una confidencia: «Carajo, yo le hice caso a Uslar Pietri». Él le atribuyó a Uslar la culpa de eso: «Le hice caso a Arturo, yo quería establecer la reforma constitucional y Arturo Uslar me convenció de que había que aplazar un tiempo esa decisión y ahí está el resultado», cuentan que le confesó a alguien.

—*Y a partir de ese momento nació el encono de Uslar Pietri contra Acción Democrática...*

—Terrible y justificado encono.

—¿Justificado?

—Justificado, diría yo, y primero que todo porque se le cortó su carrera política: Uslar Pietri iba directo a la Presidencia.

—¿Por qué Medina no lo propuso a él?

—Medina, también en esas confesiones que se le atribuyen, habría dicho: «Cómo yo voy a poner a Uslar, el sucesor mío debe ser militar y andino, o cuando menos andino». Y Uslar no cumplía ninguno de los dos requisitos. A mí me parece, además, que AD incurrió en un radicalismo innecesario e inútil con los juicios de peculado después del golpe del 45. A Uslar le quitaron su casa, entre otras cosas, porque había que dar una lección de ética, porque aquí los gobernantes acostumbraban enriquecerse con los dineros públicos, pero aquello fue demasiado duro. Además, nadie veía en Uslar Pietri ni en López ni en Medina a los clásicos hombres enriquecidos al amparo del poder de manera escandalosa. Hubo por supuesto en esos gobiernos gente que se enriqueció, pero haberse singularizado en esas personalidades y con algunos de sus ministros, eso enconó mucho la atmósfera política. Además, por otro lado, yo creo que esa retaliación política fue determinante para el fracaso del 24 de noviembre. Acción Democrática llegó prematuramente al Gobierno porque tenía apenas 4 años de fundada, y si se le añaden los tres años del Partido Democrático Nacional (PDN), que es el antecedente

directo de AD, son siete años apenas y los tres del PDN fueron en la clandestinidad. Era básicamente Rómulo Betancourt en contacto con un grupo reducido de jóvenes estudiantes y sindicalistas a los que preparó políticamente pero más nada, no era un partido de masas. Ese partido, en esas condiciones de inmadurez, asume el poder, le cae en las manos el poder y Betancourt es nada menos que presidente de la Junta. Es cierto que había mayoría civil y que tenía también un equipo de alto nivel muy competente, aparte de las figuras simbólicas y extraordinarias de Gallegos y de Andrés Eloy Blanco, estaban otros hombres como Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto, Gonzalo Barrios, Luis Augusto Dubuc, Valmore Rodríguez, Augusto Malavé Villalba, Francisco Olivo, entre otros. Era un equipo de alto nivel, pero hacia abajo AD era un partido todavía en formación.

—*Y ahí estaba usted.*

—Más abajo, bastante más abajo.

—*La tarea de organizar el país y organizar el partido había que hacerla al mismo tiempo...*

—Los otros partidos también estaban recién creados, porque Copei tenía a Caldera y un grupo de gente muy competente pero era un grupo y URD prácticamente era Jóvito Villalba. Y en vez de integrarse y de compenetrarse y decir esto es un milagro casi, el 18 de Octubre es casi un milagro, que nosotros hayamos podido quitarnos esta costra de predominio militar centenaria, y vamos a acuerparnos aquí todos los civiles para darle fuerza y raigambre a esta nueva situación política, en la inmadurez todos fuimos ganados por el sectarismo y en particular AD, realmente fuimos muy sectarios, muy excluyentes.

—¿Se pudo captar eso en el momento? ¿Hubo alguna voz que lo advirtiera?

—Estábamos empeñados en que se disolvieran por la fuerza los mítines de Copei y de URD, una vaina insensata, una guerra sindical a cabillazos. Eso fue quitándole toda sustentación sólida

y civil al Gobierno, porque al final las masas eran importantes en las elecciones numéricamente, pero en la realidad política de todos los días eso no contaba mucho. Si ese frente civil y el frente político de verdad se hubieran unificado, como lo hacen después del 23 de enero de 1958, la historia habría sido distinta.

—Simón Alberto Consalvi apunta que hubo mucha incompreensión de los partidos políticos, de Copei y el PCV, hacia el gobierno de Gallegos y que Gallegos no había sido derrocado tanto por los militares como por los propios civiles.

—Gallegos fue derrocado por los militares, que encabezados por Pérez Jiménez, permanentemente estuvieron conspirando contra el Gobierno después del 18 de Octubre, pero además las discordias civiles añadían nutrientes a esa conspiración militar. Eso de que fue derrocado por los civiles luce como una exageración, pero sí hay una alta cuota de responsabilidad en los civiles, incluyendo a los que militábamos en Acción Democrática, básicamente por un absurdo y estúpido sectarismo. Ni siquiera nos protegió el instinto de conservación.

—¿Después del golpe del 48 esa discusión se abre en Acción Democrática? ¿Cómo analiza AD en ese momento el golpe?

—Después que cae Gallegos y viene aquella *razzia* tan completa que todos los dirigentes conocidos fueron presos y otros exiliados, el partido quedó sin dirección. Nosotros en una primera etapa ni siquiera nos ocupamos de analizar las causas de aquel fracaso porque toda la gente joven que estaba junto conmigo, todo nuestro esfuerzo, se volcaba en crear un aparato clandestino que permitiera a Acción Democrática hacer una labor de resistencia a Pérez Jiménez. En el exilio, que era el más propicio escenario para esa reflexión, no creo que tampoco se hiciera, lo que es una cosa curiosa. En mi caso, yo tenía tal confianza en el liderazgo de Betancourt y de quienes lo acompañaban que no le encontraba en esos momentos defectos a ese liderazgo, lo confieso, de la manera más ingenua. Por supuesto que, posteriormente, en

la cárcel y luego en el exilio uno fue desarrollando cierta capacidad para criticar lo que sucedía, pero fue un proceso tardío e incompleto de análisis y de reflexión. Sin embargo, a niveles superiores se ve que sí hubo una reflexión profunda, que fue la que llevó a Puntofijo.

BLACAMÁN, LA AMETRALLADORA Y LA CAÍDA DE GALLEGOS

El 24 de noviembre de 1948 Octavio Lepage cumplía 25 años. Unos días antes, había sido enviado por Acción Democrática a Barcelona para encargarse de la secretaría general estatal del partido ante la inminencia de lo que se oía: el gobierno de Rómulo Gallegos, el gran escritor venezolano, tenía los días contados. La frágil alianza con los militares emergentes —formados en la Escuela de Chorrillos, en Perú— era insostenible. Lepage debía organizar grupos de militantes en la capital de su estado natal, atentos a todas las señales, y prepararlos para la defensa de la primera experiencia democrática del siglo XX. En las horas previas al golpe recorrió la ciudad, vigilante y vigilado, protegido con una ametralladora. Era la única arma de la que disponían. Él no sabía manejarla.

Todo acabó muy rápido. En la radio de una ferretería —al lado de la vieja casona de AD en Barcelona— la voz de Marcos Evangelista Pérez Jiménez confirmaba los peores presagios. Lepage reflexiona sobre aquellos días y se detiene en la figura excelsa y admirable de Gallegos, de integridad intachable, pero, a la vez, de inflexible actitud política. Su designación fue un empeño de Betancourt, que quería dar, además, una clara señal de desprendimiento político. La envergadura de la tarea superó el temple del escritor.

—Cuando ocurre el 18 de Octubre yo vivía en Los Caobos, siempre tomaba el tranvía en la calle La Línea, hoy avenida Libertador, y así me iba para la universidad. Aquel día salí más temprano porque tenía que hacer alguna consulta en la biblioteca, quizás como a la una de la tarde. Cuando el tranvía iba llegando a la esquina de Romualda, donde quedaba el cine Hollywood, luego cruzaba a la izquierda para Socarrás e iba hasta la plaza Bolívar. Cuando llega a Romualda da un frenazo muy fuerte, de golpe, y veo que pasa un piquete militar, con gran fanfarria, me bajo del tranvía, entro al botiquín de la esquina y pregunto: «¿Qué estará pasando?». «Parece que se alzó el San Carlos», me responden, «ese piquete va para allá». A una cuadra de ahí quedaba la casa de Acción Democrática, me voy caminando, llego a la casa y está el viejo Alberto Blanco Monasterios, que era el secretario de finanzas, un compañero muy simpático, que siempre estaba vestido de chaleco y corbata; era el que recogía la platica para mantener el partido. Me dice: «Qué hace usted por aquí tan temprano». «Es que se alzó el San Carlos», le contesto. «¡No diga eso, joven!», me responde airado. «No se le ocurra repetir eso», insiste. Le dije: «Prepárese que la vaina es seria». En esa época tenía una gran amistad con Domingo Alberto Rangel, que vivía de Socarrás a Puente Llanes, a media cuadra del partido. Me voy hasta allá, entro en la casa y me dice una señora que él estaba durmiendo. «Tóquele la puerta», le digo, y se asoma Domingo en calzoncillos y le cuento que se alzó el San Carlos, que se vistiera y que fuéramos al partido. Al llegar, ya había en el local su gentecita y entra Luis Lander, secretario general, y nos llama a Domingo y a mí a su escritorio y nos dice que nos trasladáramos a la universidad y tratáramos de evitar que salieran manifestaciones a favor del Gobierno.

—¿Y ustedes le hicieron caso, por supuesto?

—Ambos preguntamos por qué, pero Lander no nos quiso explicar, nos invocó la disciplina y bajo protesta nos fuimos.

Cuando llegamos allá, encontramos a varios líderes en el Auditorio Universitario motivando a la gente para que saliera a manifestar a favor de Medina. Yo hasta ese momento tenía un conocimiento muy vago de Carlos Andrés Pérez, que había estudiado en el Andrés Bello, un año mayor que yo. Prevalecía en el ánimo de los estudiantes salir a manifestar a favor de Medina y Carlos Andrés irrumpe, toma la palabra y dice: «No podemos salir porque este es un golpe en el que está participando Acción Democrática junto con la juventud militar». Yo me paro y le digo: «Mire, compañero Pérez, no sea irresponsable, cómo compromete usted a Acción Democrática si esto se trata de un golpe militar». Me dijo que después me explicaba e insistió en que aquello era una cosa de militares jóvenes y de AD. Y su intervención tuvo el efecto de aplacar a la gente que estaba lista para salir pero que se calmó al saber que estaba involucrada AD.

—¿Ustedes creían que era un golpe de López Contreras contra Medina?

—Claro, nosotros creíamos que era López, pero fue entonces que até cabos con lo que nos había dicho Lander, aquello que tanto nos extrañó, que no nos quiso decir nada de lo que pasaba a pesar de que yo era miembro del comité seccional de Caracas.

—¿Y Carlos Andrés era miembro del comité seccional?

—No, no lo era, ni era de la dirección juvenil, estaba recién llegado del Táchira.

—Pero ya era un hombre osado...

—Sí, muy osado, era muy amigo de Leonardo Ruiz Pineda y a través de él supo con anticipación lo que venía; era el secretario privado de Ruiz Pineda. Aquel día quedamos atrapados en la universidad, no pudimos salir porque de golpe empezó un tiroteo; la policía —que dirigía el padre de Fernando Ochoa Antich— estaba donde está hoy el Palacio Municipal, entre las esquinas de La Gorda y San Francisco. El mayor Santiago Ochoa Briceño, que tuvo el coraje de defender a Medina, que solo fue defendi-

do por él, jefe de la Policía de Caracas, y por un coronel Ojeda Guía de la Guardia Nacional, un hombre valiente también. Ahí pasamos la noche, dormimos un grupo grande de estudiantes, también las autoridades rectorales se quedaron atrapadas, el rector Leopoldo García Maldonado, el vicerrector Juan Oropeza, que era de Acción Democrática, y Juan Manuel Domínguez Chacín, el secretario y quien más tarde sería dirigente de Unión Republicana Democrática (URD). A la mañana siguiente salimos por la puerta trasera de la universidad.

—Y al día siguiente se supo que Betancourt integraba la Junta Revolucionaria.

—Sí, efectivamente, la Junta se instala el propio 18 en la noche.

—Y la fecha, para usted, es una fecha importante en la historia de Venezuela...

—Por supuesto, es una fecha fundamental, creo que es una fecha frontera entre dos Venezuelas.

—¿Entra el país en el siglo XX?

—La tesis es que el siglo XX en Venezuela comienza a la muerte de Juan Vicente Gómez, a partir del año de 1936. Esa es la tesis de Mariano Picón Salas. La Venezuela caudillesca, elitesca, gobernada por las clases pudientes, sin acceso al pueblo de abajo, esa termina el 18 de Octubre; ahí entra el pueblo en alpargatas a la política.

—¿Sí es una fecha revolucionaria?

—Hay un historiador que es Germán Carrera Damas, que fue comunista pero después se hizo muy admirador de Rómulo Betancourt, que dice que la aprobación de la Constitución de 1947 en la que se establece el sufragio universal, directo y secreto para los venezolanos, hombres y mujeres mayores de 18 años, aunque no sepan ni leer ni escribir, es para él un acontecimiento tan importante como la independencia. Yo no diría tanto, pero es un momento de transformación política vital. El 18 de octu-

bre del 45 Betancourt anuncia que se convocará a elecciones y nombra una comisión plural que hizo un estatuto electoral y se convocó la constituyente, que dicta la Constitución de 1947.

—*En ese momento usted va a cumplir 22 años. ¿Cuándo empieza a comprender la importancia de la fecha?*

—Yo no había terminado aún mi carrera de Derecho, yo terminé mi carrera después del 18 de Octubre. Cuando se instala la constituyente me nombran subsecretario; el secretario era Miguel Toro Alayón, un abogado. Pero yo renuncié como a los tres meses.

—*Pero presenció esos debates...*

—Me iba a escuchar los debates a la barra, porque me interesaba más esa parte que el trámite de la subsecretaría. Y luego fui electo diputado en las elecciones del 47. Y al año siguiente fui electo secretario general de AD en Anzoátegui.

—*Ya es el año 1948 y se acerca el otro golpe, el que pondría fin al trienio y que le deparará a usted un protagonismo inesperado.*

—Yo no había tomado posesión de la secretaría general porque estaba justamente en el Congreso. Como diputado había recibido a una delegación de Anzoátegui que quería hacer unos planteamientos al Ministerio de Obras Públicas, cargo que desempañaba Luis Lander. Estábamos en la antesala del despacho, esperando que nos recibiera a mí junto con estas comisiones y aquello se prolongaba demasiado y me impacienté, hablé con la secretaria y pregunté qué pasaba, que llevábamos tiempo largo esperando y no nos recibían ni nos decían qué ocurría. Le explico que esta es una gente que ha venido expresamente desde Barcelona a hablar con el ministro y ella me responde, al rato, que el ministro mandaba a decir que había un problema muy serio en el Gobierno, que esperaríamos, que si no nos podía recibir ese día, nos recibiría al siguiente. Finalmente nos fuimos. En la noche me llaman a mi casa y me dicen que hay una reunión en la casa donde vivían los padres de Jorge Dáger, en San Antonio de

Sabana Grande. Llego allá, me encuentro a Luis Augusto Dubuc, secretario general del partido, llega Gonzalo Barrios y más tarde llegan Rómulo, Augusto Malavé Villalba y Humberto Hernández, secretario de los trabajadores del volante. Esa noche deciden que yo debía irme a Barcelona inmediatamente a tomar posesión de la secretaría general, porque había esta situación muy comprometida. Yo salí como a la medianoche, Humberto Hernández buscó un chofer de confianza para que me llevara a Barcelona. No existía esa carretera de El Guapo de hoy en día; fuimos hasta Chaguaramas, en el estado Guárico, y de allí partía una carretera de granzón, hecha por las petroleras, que iba hasta Barcelona. Tomamos esa carretera absolutamente solitaria, sin tropezarnos ni un vehículo en todo el trayecto. El chofer se asustó un poco, quería regresar y yo le dije: «Usted no puede regresar, déjese de vainas y eche pa'lante». Llegamos a Barcelona casi amaneciendo, entré en contacto con el secretario general saliente que todavía estaba encargado, Agustín García, y le dije que venía a encargarme de la dirección del partido. De inmediato creamos unos núcleos de compañeros que concentramos en ciertos sitios de la ciudad para poder actuar ante cualquier eventualidad.

—*Son los días previos al 24 de noviembre...*

—Es el 17 o 18 de noviembre, algo se huele, todo está muy revuelto. En Barcelona no teníamos nada para defendernos, aparte del revólver que me dieron cuando salí de Caracas, pero alguien me dijo que el compañero Hugo Santana, regente de una farmacia en Puerto La Cruz, tenía una ametralladora. Yo lo conocía, así que me llego hasta allá, como a las diez de la noche, le toqué y le dije que quería hablar con él: «Mira, Hugo, vengo a cambiarte este revólver por tu ametralladora». El negó que tuviera el arma, le dije que se dejara de cosas, que sabía que él tenía la ametralladora, le insistí en que había una situación comprometida.

—*¿Y usted sabía manejar armas?*

—Yo no sabía manejar nada, ni las sé manejar todavía. Me dio la ametralladora y luego me di cuenta de que la persecución que desataron contra nosotros era por la ametralladora. El jefe del cuartel era un coriano bilioso, de apellido Urbina Fuenmayor. En esa época había una sola emisora en Anzoátegui, Radio Popular creo que se llamaba, que funcionaba desde las 5 de la tarde hasta las 10 de la noche, y de día no funcionaba; la dirigía un periodista traído de Caracas, Federico Ruiz, a quien conocía del diario *El País*. Lo fui a buscar y le dije que prendiera la emisora, que se había alzado Pérez Jiménez, la prendió y no la debió escuchar nadie, porque no había la costumbre de que funcionara en el día. La emisora estaba frente a la plaza Boyacá, al otro lado estaba la casa de gobierno, cuando fui y hablé por la emisora tenía la ametralladora, andaba conmigo un chofer al que le decían Blacamán, un hombre de un gran coraje personal, famoso en Barcelona por lo arrecho que era, y cuando vamos saliendo veo un grupo de gente enfrente de la emisora y me dice Blacamán: «Esos son la mayoría enemigos, prepárese». No hicieron nada, me monté con Blacamán en el carro. Y al rato el coronel Urbina estaba tomando la casa de gobierno. Ya no había nada que hacer. Blacamán me llevó a un ranchito en el barrio Portugal, más tarde me recogió y me llevó a otra parte, en el mismo barrio, en la vieja carretera Barcelona-Puerto La Cruz, a la casita de un compañero y yo seguía con mi ametralladora, que no sabía manejar. Allí permanecí cinco días.

—*Todo el mundo en Barcelona ya sabía que usted andaba con la ametralladora...*

—Así fue, y de muy poco me sirvió, ese golpe también fue inevitable. Yo era muy amigo de Tomás Alfaro Calatrava, un excelente poeta, del mismo grupo de Luis Pastori, y nos encontramos el 23 de noviembre en la noche en la residencia privada del gobernador Jorge Monga, cuando llega un telegrama cifrado de Eligio Anzola, ministro del Interior. Al descifrarlo, el mensaje

enviado por el ministro anunciaba el regreso al país del coronel Mario Vargas y señalaba que la crisis había sido superada. Yo desmovilicé a la gente que había estado concentrada todas esas noches, esperando la emergencia. Y, como yo cumplía años al día siguiente, Tomás me dice que lo esperara en el partido que me pasaría buscando entre las 12 y la una para reunirnos con unos amigos y celebrar. Estaba esperándolos en el partido, una de esas casas viejas de Barcelona, con las ventanas abiertas, leyendo el periódico, y en eso entra un empleado de la ferretería de al lado, de mi tío político Manuel Felipe Padrón, y me dice: «Compañero, cayó el Gobierno». Salgo disparado hacia la ferretería en el momento en que Pérez Jiménez anunciaba por la radio el derrocamiento de Gallegos.

—*¿Gallegos fue sorprendido, no estaba tan al tanto de que venía un golpe, aunque el partido sí lo esperaba?*

—Él tenía que saberlo, Luis Lander era como hijo de Gallegos.

—*Pero hay la famosa anécdota de la entrevista de Miguel Otero Silva con Gallegos, que la titula: «¿Tú crees que si iba a haber un golpe yo estaría aquí empantuflado?».*

—Eso es verdad, pero esa es una frase de Gallegos. Supongo que ese telegrama cifrado, anunciando como la salvación el retorno de Mario Vargas, también le hizo creer a Gallegos lo mismo y cuando lo entrevista Otero Silva, que tenía una amistad personal con él, que había sido su alumno en el Liceo Caracas, donde Gallegos fue director, le dijo aquella frase.

—*¿Por qué pasó el 24 de Noviembre? ¿Influyó el sectarismo exagerado de AD?*

—Yo creo que esa era una alianza difícil, porque entre los militares había dos sectores, uno militarista ciento por ciento, encabezado por Pérez Jiménez, el líder, el inspirador y el guía de esa fracción militarista, que se había formado en Perú, en la Escuela de Chorrillos, donde se formaron los dictadores peruanos; y había otra corriente de gente sensible democráticamente,

entre ellos Carlos Delgado Chalbaud, hombre cultivado, que se crió en Francia.

—*Muy cercano a Rómulo Gallegos...*

—Estudió en la Academia Francesa, Gallegos lo quería como a un hijo, creo yo que era un hombre de sincera vocación democrática, al igual que Mario Vargas, militar de una extraordinaria sensibilidad humana y democrática, de tal manera que si aquello se hubiese manejado con más aplomo y más pulso político, quién sabe si ese golpe no se produce o por lo menos no se produce tan pronto o si se producía fracasaba, porque Betancourt era un gran líder y tenía mucha conciencia de que con los militares había que estar «ojo pelao». Hubo gente que incluso se atrevió, entre ellos Delgado Chalbaud, a decirle a Rómulo que entendían su compromiso moral con Gallegos, que había sido candidato simbólico a la Presidencia en 1941 y que ahora le correspondía hacerlo en propiedad, pero que Gallegos no tenía la flexibilidad y la garra política para lidiar con esta situación tan compleja. Pero Rómulo no lo aceptó nunca e insistía en que Gallegos tenía que ser el Presidente pasase lo que pasase. Ese fue un factor que contribuyó al golpe. Gallegos era un hombre de una gran integridad moral pero absolutamente rígido, incapaz de hacer una concesión que él consideraba que podía ser una manifestación de oportunismo político.

—*¿Por qué el empeño de Betancourt en ponerlo a él?*

—Yo creo que Rómulo, entre otras cosas, aparte de su ambición política que la tenía fuerte, era también un hombre con sentido histórico muy acentuado. Y en aquella Venezuela, donde lo que prevaleció siempre fue la ambición de los dirigentes militares o civiles, él quiso dar un ejemplo de desprendimiento político al no aceptar ser candidato.

—*¿Pero eso era un compromiso de la Junta?*

—Ese compromiso lo impuso Rómulo en la Junta; yo creo que él se autolimitó. La gente malsana pensaba que había hecho el

planteamiento pensando en Pérez Jiménez, pero él lo que quería era dar un ejemplo en Venezuela de que un grupo de militares y civiles, que había producido un cambio violento de gobierno, no lo hacía por ambiciones personales, por lo que ninguno entonces aparecería aspirando a la Presidencia de inmediato. Pero Gallegos no supo lidiar con la situación compleja que le tocó dirigir y también creo que hubo una alta dosis de sectarismo, fruto de la inmadurez.

—*¿Del partido?*

—AD se constituye el 13 de septiembre del 41 y en el 45, cuatro años después, es gobierno, es un partido que no había cuajado, era un grupo brillante de dirigentes pero no tenía cuadros medios. Si uno revisa, por ejemplo, quiénes fueron los gobernadores escogidos después del 18 de Octubre, es gente muy honorable: en Anzoátegui Jorge Mogna, hijo de un libanés que había hecho fortuna como comerciante, era jefe del partido, pero no era un dirigente político; en Monagas el viejo Pablo Higuera, un hombre honorabilísimo pero comerciante también, no era un líder político; en Barinas el viejo Jerónimo Paolini, otro comerciante afortunado y honorable; eran notabilidades regionales, no dirigentes políticos, mucho menos dirigentes políticos de masas. Los únicos de esos gobernadores que eran jefes políticos de verdad eran Leonardo Ruiz Pineda, primer gobernador del Táchira, y Alberto Carnevalli, gobernador de Mérida, pero más nadie. Hay una famosa anécdota de Juan Salerno, un ganadero de Apure, un buen hombre, un personaje de novela, fundador de AD, un llanerazo, que cuando se produce el 18 de Octubre recibe un radiograma en el que Betancourt lo designa gobernador de Apure. Salerno reúne a 50 llaneros a caballo y se presenta frente a la Gobernación de Apure. El gobernador con Medina era el dueño de la farmacia de San Fernando, creo que era la única que existía, de apellido Rodríguez, y le dice: «Aquí estoy, preparándome para entregar

el coroto», y Juan le responde: «Esa vaina no, usted tiene que pelear, carajo». Era un partido en plena gestación, al que le cae aquella responsabilidad grandísima.

—¿Se juntaron la inmadurez, el sectarismo y la ambición de un grupo militar?

—Mucha gente defendió, yo tengo serias dudas, los juicios de responsabilidad, porque López Contreras confiscó los bienes de Gómez y eso estaba bien porque Gómez se había apoderado de las mejores tierras de Venezuela; era un gran terrateniente. Él le confisca esas tierras, sin juicio, pero López Contreras, Medina, Pedro Manuel Arcaya, Uslar Pietri, esa gente no eran unos ladrones y los someten al escándalo de unos juicios que crearon muchos resentimientos, que todavía sobreviven. Uslar Pietri, por ejemplo, fue después embajador de Venezuela en la Unesco y cuando Jaime Lusinchí era Presidente se le hizo un gran homenaje en Miraflores, un almuerzo donde estaba toda la Venezuela importante, y López Contreras fue un hombre también objeto de muchos reconocimientos posteriores al 18 de Octubre. Y hubo también en el trienio esa avalancha de militantes de AD copando los cargos públicos en un país tan pequeño, donde la gente vivía en buena medida del presupuesto público. No se debía haber hecho eso, pero fue incontrolable. Mucho adeco inepto fue a ocupar cargos públicos de cierta significación. Yo no quiero aparecer como agrediendo a mi partido porque no sería útil, pero sí hubo sectarismo.

—¿Y con escasa discusión interna?

—No había tiempo, esa era una avalancha de decisiones, de cosas, atropellante. Rafael Caldera fue nombrado Procurador General de la República. Él tenía su propia ambición, que después se descubrió que era inmensa, pero estaba colaborando en un cargo relativamente modesto. Empezaron a fundar su partido y los adecos comenzaron a perseguir a los copeyanos, sin necesidad, y luego pasó lo mismo con Jóvito, que había sido

compañero de luchas de Betancourt. Eran manifestaciones de inmadurez política y eso nos costó muy caro.

—¿Cuánto tiempo tardó AD en aprender esa lección?

—Toda la dictadura.

—¿El Betancourt que llega después en el 58 ya es otro?

—Es totalmente otro.

ROMA, MADRID, LONDRES: EXILIO EN AUTOSTOP

30 de septiembre de 1954: desde San Juan de Puerto Rico, Rómulo Betancourt, que no se detiene en su actividad epistolar, le escribe a Octavio Lepage, que está en Roma tras haber pasado cuatro años en prisión. «Estoy satisfecho –le dice– de saber que ustedes no se dejaron aniquilar por el ambiente esterilizador de la cárcel» (Rómulo Betancourt, *Antología política*). Betancourt ejerce su liderazgo desde la distancia. Lepage está iniciando su peregrinaje personal y político.

La ruta del exilio comienza en Roma. Conoce a Manuel Quijada, que estudia allí y que le da las primeras pistas de cómo defenderse en la Europa de la posguerra. A Quijada, que se hará célebre en El Porteñazo, mucho después, no le interesaba entonces la política. La siguiente parada es la capital española, de donde está saliendo Luis Herrera Campins vía Múnich. El contacto es superficial. Comparten por breve tiempo, sin que el dirigente copeyano lo sepa, el mismo multígrafo para imprimir hojas que hablan de la Venezuela bajo el yugo militar y que circulan, clandestinas, en el Madrid del franquismo. La detención y expulsión de un desvalido venezolano le indica a Lepage que debe proseguir su viaje. La política era apenas perceptible en aquel ambiente sombrío.

–«Octavio Lepage, sus corotos», gritó un guardia del penal. Estoy en San Juan de Los Morros y lo escucho. Podría significar

dos cosas: la libertad o el traslado a otra prisión. Me meten en una camioneta, me trasladan a la Cárcel Modelo, en Caracas, donde estuve un mes. Luego me informan que me voy al exilio, les digo que necesito que mi familia se entere, para que me dé unos reales, porque no voy a aceptar plata del Gobierno. Mi familia me mandó unos dólares, me sacan, me llevan a Maiquetía y me dicen: «Usted va para Curazao». Les digo pero no puedo salir de Venezuela sin pasaporte. «Su pasaporte se lo van a dar allá en Curazao», me explican. Llevaba cuatro años preso, así que estaba dispuesto a cualquier cosa. Llego a Curazao y al descender del avión se acercó un funcionario curazoleño, me entregó el pasaporte y me citó para el día siguiente a una oficina del gobierno de la isla, que en ese entonces era colonia holandesa. Fui a una pensión que me recomendaron allí y volví al día siguiente. Ahí me recibe un tipo –apellidado Ramos, nunca se me ha olvidado– que era descendiente de venezolanos, me sometieron a un interrogatorio, más severo que el que me habían hecho en la Seguridad Nacional de Venezuela, y me hicieron firmar una declaración. Al final me dice: «Mire, señor Lepage, tiene una semana para buscar adonde irse. Si al cabo de una semana usted no se ha ido lo regresamos a Venezuela». En mi nerviosismo no me di cuenta de que eso era una pendejada, porque si me habían expulsado por qué me iban a regresar, pero era la manera de conminarme a buscar adonde irme.

–¿Cómo y por qué decidió irse a Europa?

–Había muy pocos consulados en Curazao: el de Venezuela, que estaba en manos de Marcos Pérez Jiménez; el de Colombia, donde mandaba Gustavo Rojas Pinilla; Estados Unidos, donde estaba John Foster Dulles como secretario de Estado; y México tenía el consulado en Aruba, de manera que eran muy pocos países de América Latina que tenían consulado y yo no podía ir a ninguno de esos porque estaban todos en manos de dictaduras, esa es la única razón por la que fui a Europa, porque no

se me hubiera ocurrido de otra manera irme a Europa exiliado. Conseguí visa en el consulado de Italia y me largué.

—¿*Estaba solo?*

—Solo, me fui en un vapor que se llamaba Lucania, un barco relativamente pequeño, viajé en tercera, en un camarote común para varias personas. La travesía duró 12 días. Ese barco hacía el itinerario La Guaira, Curazao, Barcelona de España, Génova, Nápoles, pero fue una vagabundería, se paró como en tres islas del Caribe para meter trabajadores de las colonias inglesas, porque en ese momento empezó una emigración a Europa de gente de raza negra. El barco iba sobrecargado. Me sucedió algo curioso, que solo recordé años después. En ocasión de la primera visita del papa Juan Pablo II a Venezuela se me acerca el cardenal Rosalio Castillo Lara y me dice: «Lepage, ¿tú no te acuerdas de aquel curita que iba en el barco cuando saliste exiliado a Europa?». Yo no tenía ni el mínimo recuerdo. «Bueno, ese curita era yo», me dice Castillo Lara. Luego me mandó una foto que él tomó en la cubierta del Lucania.

—¿*Y adónde iba Castillo Lara?*

—Iba también a Italia, al Colegio Pío Latino, un centro de entrenamiento y capacitación de sacerdotes de mucho prestigio. Yo me quedé en Génova.

—¿*Sin conocer a nadie?*

—Sin conocer absolutamente a nadie.

—¿*El partido ya estaba al tanto de que usted iba para Italia?*

—Yo no había participado nada, no tenía cómo hacerlo porque en Curazao estaba clandestino. Llego a Génova; el dialecto genovés es endemoniado, no se parece al italiano. Frente al muelle había una pensión cuyo nombre nunca se me ha olvidado, Pensión Ana, como esa que hay aquí en Caracas, por Los Caobos. Me alojo allí. Pasé en esa pensión tres días pero debía seguir viaje, voy a la estación de tren que estaba muy cerca, estoy en el andén, caminando, mientras llegaba la hora de mi tren, y

había una joven, una muchacha atractiva, que se me acerca y me pregunta si soy latinoamericano, le digo que sí, que soy venezolano, y ella me dice que también era venezolana. En esa época era muy curioso ese tipo de coincidencia. Le cuento que estoy exiliado, ella me dice que es una lástima que vaya en sentido contrario, porque iba para Barcelona, y yo para Roma, pero me da un teléfono de un venezolano. «Estoy segura de que lo va a ayudar», me dice y se despide. Ese venezolano era Manuel Quijada, el del Portañazo, que luego fue ministro de Luis Herrera.

—*Y embajador en Portugal del gobierno de Hugo Chávez.*

—También, exacto.

—¿*Y la mujer quién era?*

—Ni siquiera le pedí el nombre. Llegué a Roma y al día siguiente llamé a Quijada.

—¿*Lo conocía?*

—No, no lo conocía, ni siquiera sabía que existía. Lo llamé, fue muy gentil, me dijo que lo esperara en el hotel, que él llegaba por allá, y fue con su novia, una hija del doctor José María Cervoni, especialista en vías urinarias, con la que se casó. Le cuento que estoy exiliado y me dice que está estudiando y se pone a la orden. Le confieso que ando escaso de recursos, me dice que es muy fácil conseguir una habitación, en un apartamento, para que no siga en este hotel, que de paso, me advierte, es un tiradero. Yo ya había notado mucho ajeteo nocturno. Me dice que con la familia donde vive hay otro venezolano, que en aquel momento estaba en Venezuela, y que él tenía autoridad para decirle a la señora que ocupara la habitación mientras conseguía algo. Era un sitio de Roma donde había edificios de construcción reciente, bastante modernos, en un lateral de la *Via Nomentana*, una vía grande en Roma. A los pocos días conseguí una habitación en el apartamento de un matrimonio que tenía un hijo recién nacido, de uno o dos años, y pagaba 36 dólares que incluían tres comidas, lavado y planchado. Hice una buena amistad con

el matrimonio, él era *ragioniere*, o sea contabilista, y la señora era obstetra, o sea partera, y esos 36 dólares que yo les pagaba les ayudaban a balancear los gastos, según me confesaron. Era un apartamento de tres habitaciones, ellos tres vivían en una habitación y alquilaban las otras dos.

—*Era la Europa de la posguerra, se vivía con muchas limitaciones.*

—Sí, era una Europa muy pobre, muy pobre. En Roma había muy pocos venezolanos, Quijada conocía a dos venezolanos estudiantes, un muchacho de apellido Egaña y el que estaba con él en la misma casa. El grueso de los exiliados residía en España, de donde me habían llamado para convencerme de ir para allá, pero yo me negué a ir a España hasta que no cayera Franco. ¡No joda, me tuve que tragar lo que había dicho! Yo no me atrevía a llamar a Quijada con frecuencia, porque yo era un exiliado, una suerte de leproso, y me empecé a sentir muy solo.

—*¿Quijada andaba en la política?*

—No, para nada, era un estudiante, en esa época no estaba interesado en la política. El 23 de diciembre de 1954, en contra de lo que había sostenido, me dije: «Me voy para Madrid».

—*¿Cuánto tiempo estuvo en Italia?*

—Llegué a mediados de agosto o principios de septiembre, me habré quedado cuatro o cinco meses. Aquel 23 de diciembre salí de Roma por tren, un tren lentísimo, en tercera, con destino a Madrid, calculando que podría llegar anocheciendo el 24. Además de lo lento del tren, había un frío del demonio, era pleno invierno y ese año fue severo, de manera que ese tren andaba como un morrocoy, vine llegando a Barcelona el 24 a las seis de la tarde y a Madrid llegaría al mediodía siguiente; pensé que no valía la pena seguir. Conservaba en la cartera el teléfono de la viuda de Mario Vargas, de Ligia Ortiz de Vargas, a quien no conocí mientras estuvo en el Gobierno pero sí a su esposo. Por Roma había pasado la periodista Ana Luisa Llovera...

—*Una muy recordada militante de AD. Su casa natal en Calabozo es una suerte de pequeño museo.*

—Ella había llegado en barco y me dijo que seguía para Barcelona porque iba a estar unos meses con Ligia Vargas, su amiga. Me dio el teléfono por si acaso, menos mal que yo lo anoté y eso que soy tan descuidado. Las llamé al llegar a Barcelona, se alegraron muchísimo. Al rato se presentaron las dos en la estación de tren, me llevaron a una pensión y me invitaron a ir esa noche a la casa. El 24 de diciembre del año 1954, después de 4 años preso, pasé una Navidad muy sabrosa, con gente muy cordial, echándonos unos tragos y comiendo hallacas. Al día siguiente seguí a Madrid.

—*¿Tenía un plan en Madrid; cuánto tiempo pensaba quedarse?*

—En Madrid había muchos estudiantes venezolanos, algunos exiliados. Yo desde Roma tenía contactos con Jorge Murillo, quien había sido consultor jurídico de Miraflores, tachirense, un gran señor; era como el consejero del grupo de exiliados de Acción Democrática en Madrid. Debía instalarme, así que tomé los periódicos y empecé a llamar para encontrar algún sitio similar a lo de Roma, una habitación en un apartamento, con las tres comidas. En Roma me constaba 36 dólares y en Madrid me costaba 30. ¡Más barato aun, con lo mismo: lavado y comida! Entré en contacto con más exiliados de AD: el coronel, que después fue general, Martín Carrillo Méndez; estaba también el general J.M. Gámez Arellano, un militar muy guapo, hombre de confianza de Mario Vargas, jefe de la plaza militar de Maracay para el 24 de noviembre y que se había vuelto sordo. Estaba también Humberto Egui Luna, quien había trabajado conmigo cuando yo andaba en la jefatura clandestina del partido; alguien lo había contactado y fue muy efectivo prestando ayuda en esa tarea inicial de organización, hasta que lo agarraron y lo sacaron al exterior. Yo le tenía aprecio, porque me había ayudado mucho, pero lo veía como elusivo, así que un buen día le digo:

«Mira, qué es lo que te pasa, que te noto extraño». «Chico —me dice—, debo confesarte que fulano de tal, que está casado con una prima mía, me pidió que le guardara un multígrafo». Él vivía en una casita pequeña, tenía ciertos recursos familiares. En Madrid estaba Luis Herrera Campins, que publicaba un periódico que sacaba en aquel multígrafo. Egui Luna me explicó que él se comprometió en un momento de debilidad pero que le iba a decir que se llevara el aparato. «No digas nada —le dije—, lo que vamos a hacer es sacar nosotros un periódico en ese multígrafo», y así fue.

—¿Trató a Luis Herrera en esa época?

—Apenas lo conocí. Yo llegué a Madrid y como a la semana él se fue a vivir a Múnich hasta que cayó Pérez Jiménez. Lo conocí muy rápidamente, me llevaron a conocerlo a un sitio donde él vivía. En el exilio también estaba Luis Enrique Machado, casado con Cristina Egui, un hombre con medios de fortuna, lo conocía desde Caracas; estaba José Gabriel Sarmiento Núñez, abogado, sobrino de Cecilia Núñez Sucre, fundadora de AD. Tenían más o menos dinero, no querían vivir en Venezuela y se autoasilaron. Los conocía desde aquí y allá reanudamos nuestra amistad.

—La etapa madrileña también va a ser corta, ¿por qué se fue?

—La verdad es que uno como extranjero no sentía la dictadura franquista. En el periodiquito que hacíamos nunca habíamos de política española, siempre de cosas nuestras, venezolanas, aunque supongo que eso llegaría a manos de una policía todopoderosa como aquella. Pero un buen día me buscan unos muchachos estudiantes y me dicen que había sido hecho preso El Viejo Domínguez, le decían «El Viejo» porque era un muchacho muy humilde, muy silencioso, arrugadito, no era exiliado, era un estudiante, de Yaracuy. No me supieron explicar por qué había caído preso, pero me pidieron que si podía hacer algo. Yo veía muy ocasionalmente a Sarmiento Núñez, que con recursos

económicos tomaba cursos de posgrado y asistía a cátedras libres en la Universidad de Madrid. Yo suponía que él debía tener relaciones con abogados cercanos al régimen, lo llamo, me dice que pase por su casa, voy y le cuento lo que pasa y le pregunto si tiene posibilidades de hacer algo. «Yo tengo algunos colegas franquistas, voy a contactarlos», me dice. A los dos o tres días me llama, y me confirma que efectivamente El Viejo Domínguez está preso en Carabanchel, que era una cárcel tenebrosa, que ha hecho diligencias de muy alto nivel, pero no hay manera, lo único que se puede lograr es que lo pongan en la frontera, pero no lo dejan permanecer en España.

—¿Y ese Domínguez era adeco?

—No, no era adeco, era un estudiante bastante desvalido y de un temperamento muy poco comunicativo. Total que lo sacaron, lo pusieron en la frontera con Francia, nunca más supe de él. Los compañeros averiguaron que El Viejo Domínguez iba a un sitio llamado Los Sótanos, que creo que existe todavía, un bar en la calle de Alcalá, en La Gran Vía, y se puso a hacer un sebito con una de las camareras, empezó a tomar tragos, lo que se tomaba era manzanilla, que era lo único que era accesible a bolsillos con poco dinero, pero total que el viejito Domínguez se entusiasmó, habló algunas pendejadas de Franco y se ve que la muchacha salió directamente a denunciarlo; esa misma noche lo hicieron preso. Yo me hice la siguiente reflexión: si a Domínguez, que es un ser humano desvalido, lo tratan con tanto rigor, yo que imprimo un periódico clandestino aquí, que nunca se ha metido con Franco pero que es clandestino, yo me voy de aquí y me voy rápidamente. Llamé otra vez a José Gabriel, para que me prestara unos dólares. Él no sabía del periódico, y tampoco se lo dije nunca, pero le confíé que no me sentía seguro ahora en España. En menos de una semana ya estaba viajando en tren hasta Inglaterra.

—¿Cuánto tiempo duró la aventura madrileña?

—Yo pasé en Madrid desde diciembre del 54 hasta los últimos meses de 1955. Recuerdo que viajé sin problemas en tren hasta París y de ahí a Londres. En París vivía José Francisco «Quico» Sucre Figarella, hermano de Leopoldo y de Guillermo Sucre, hablé con Quico y le dije que iba vía Londres, que quería verlo, llegué a la pensión donde se quedaba, muy pobrecita, en una lateral del bulevar Saint-Michel, centro de la bohemia estudiantil parisina. Pasé tres o cuatro días con él, y uno de esos días un muchacho de la juventud comunista a quien conocí en ese momento, llamado Rodrigo Mora, muy simpático, muy extrovertido, fue a invitar a Quico a un congreso de la juventud en Varsovia, Polonia, y como lo encontró conmigo me invitó a mí también. «Yo tengo autorización para invitarte», me dijo. Le respondí que no podía, que era de AD, que venía de la cárcel. Él insistía en que no era necesaria la militancia comunista, pero no pudo convencernos, así que poco después seguí mi viaje a Londres.

—¿Hablabas inglés?

—No, yo no hablaba nada. En Londres me puse a estudiar inglés por mi cuenta, había un sitio allá que se llamaba el Linguist Club, seguramente patrocinado por alguna fundación, porque uno pagaba una cantidad mensual muy baja. Era un lugar grato, con un jardín amplio, con grama impecable, un café bonito, una taberna; me inscribí y efectivamente empecé a estudiar inglés. Desde entonces lo estudio, pero nunca he aprendido demasiado, lo leo con facilidad y logro hacerme entender hablándolo. Había muy pocos venezolanos, nadie me esperaba. Londres me tentó, era más barato que París, alquilé también una habitación en un apartamento, un poco más costosa que en Roma y Madrid, pero no mucho. Me inscribí en otro instituto para gente de lengua española, que era gratuito y cuya profesora, miss Hill, era muy simpática, hablaba bien español y era buena profesora, porque yo he sido bruto para los idiomas. En el Linguist Club me hice

amigo de una muchacha inglesa, estudiante de Medicina que iba allí porque estaba interesada en aprender español, y en un momento determinado nos tropezamos y nos hicimos amigos. Se llamaba Shirley Castle. Con ella aprendí a viajar en *hitchhiking* o autostop.

CON USLAR PIETRI EN LA CATEDRAL DE COLONIA

Discreto, reservado, en Octavio Lepage parece imponerse, casi siempre, la contención. No se atreve a preguntar el nombre de una bella mujer que conoce en el andén de la estación de tren en Génova, Italia; se queda a la vera de la figura imponente de Arturo Uslar Pietri, con quien se topa de improviso. ¿Contención o duda? El regreso a la lucha democrática lo pondrá frente a otras situaciones dilemáticas. Y se debatirá entre la negativa o el arrepentimiento.

En 1957, concluido su exilio europeo, las principales cabezas de la dirigencia adeca en el extranjero intuyen que se acerca el final de la dictadura y es necesario organizar el regreso de algunos cuadros políticos, aún en el riesgo de la clandestinidad. Lepage es escogido para volver a Caracas cuanto antes. El viaje final comienza en Costa Rica, donde los espías del régimen militar venezolano se mueven con habilidad, y prosigue a bordo de un avión en el que retornan desde Bogotá los militares alzados el primero de enero de 1958.

—Con Shirley Castle, la muchacha que conocí en el Linguist Club, viví una experiencia extraordinaria para mí. Ella era hija de un comerciante inglés, pero no conocía Escocia y me propuso que viajáramos juntos. Le dije que no tenía dinero y ella me confesó que tampoco tenía, pero que podíamos ir en *hitchhiking*—lo que en Estados Unidos llaman autostop—. A mí, que me sentía

como un importante dirigente de Acción Democrática, aquello me pareció inconcebible, yo pidiendo cola en la carretera, ni de vaina. Pero Shirley era una mujer inteligente, agradable y tenaz. Me dice un día: «Octavio, yo quiero que tú tengas una demostración de cómo funciona en Inglaterra el *hitchhiking*. No vayamos a Escocia, vayamos aquí cerca de Londres, a Canterbury». Un trayecto de una hora, o tres cuartos de hora, hasta la famosa catedral, la sede de la iglesia anglicana, el Vaticano anglicano. «Y te das cuenta de cómo funciona eso y ves si te interesa», me dijo.

—¿Y lo convenció?

—Efectivamente. Tomamos el metro hasta la última estación, en las afueras de Londres, y en poco menos de una hora estábamos en Canterbury, nos dieron la cola como cuatro personas distintas, un agente viajero, un médico rural, y así, como yo ya tenía ciertos progresos en inglés, aquella experiencia me pareció interesante. En esa hora conocí más de Inglaterra que todo lo que había conocido en los meses que llevaba en Londres, y le dije que sí iba a ir con ella a Escocia. Nos fuimos en Semana Santa pidiendo cola. En primer término llegamos a Edimburgo, la capital, ciudad muy antigua, medieval, y luego seguimos camino, cruzamos a pie varios *Munros*—colinas no muy altas pero con atmósfera de páramo—, estuvimos como tres o cuatro horas caminando y no encontramos ni un solo ser humano hasta llegar a Dollar, pequeña ciudad que se llama igual que la moneda estadounidense y que está al otro lado de los *Munros*; seguimos a Glasgow, centro industrial. Los gastos fueron muy reducidos porque aparte de viajar en autostop nos alojábamos en *youth hostels*, albergues juveniles de muy bajo costo y con una cocina común en la que ella cocinaba y yo la ayudaba como pinche. Después regresamos a Londres de la misma forma. Recuerdo que la última noche no teníamos ni un centavo, nos quedaba lo necesario para el metro en Londres, pero esa mujer era tan hábil que logró sin pedírselo que el que nos dio la última cola nos invitara una sopa caliente en la madrugada

en una fonda de carretera. Llegamos, nos despedimos, yo me fui para mi casa y ella para la suya.

—¿Esa amistad con Shirley se mantuvo con el tiempo?

—Shirley era una mujer con mucha sensibilidad social y me confió que lo más probable es que cuando terminara sus estudios de Medicina se iría a una colonia inglesa en el África, porque, me dijo: «Esa gente vive muy mal y nosotros los ingleses tenemos que de alguna forma compensar los atropellos que hemos cometido». Shirley efectivamente viajó al África y murió en Ghana.

—¿Supo de ella, entonces?

—Sí supe, murió en ese país del África Occidental.

—¿Cuánto tiempo más se quedó usted en Londres?

—De regreso a Londres, un buen día recibo una comunicación en la que me designan miembro del comité de coordinación exterior, por lo que debía trasladarme a Costa Rica. Eso fue a fines de 1956 o a comienzos de 1957.

—¿Durante su exilio europeo estableció relaciones con otros partidos?

—En Italia cero y en España no había partidos.

—¿Ni siquiera el Partido Socialista Obrero Español (PSOE)?

—No, eso no existía, era un cementerio, lo que habría era demasiado clandestino. Santiago Carrillo y Felipe González estaban en Francia, y «La Pasionaria» (Dolores Ibarruri) en Moscú. No había nada.

—¿En Londres sí tuvo contactos políticos?

—Yo busqué contacto con la Internacional Socialista (IS), aunque AD aún no era miembro. Me entrevisté con un sueco muy amable, gran caballero, que era el representante de exteriores de la IS. Creo que fui acompañado de José María Machín, que había llegado a Londres, y de Said Moanack, de paso por la ciudad. En el curso de la conversación me di cuenta de que el hombre —que hablaba español— no estaba interesado en mantener contactos políticos con un partido perseguido.

—¿Cuál era la razón?

—No lo sé, pero era así. Nos atendió muy caballerosamente, pero fue debut y despedida. Luego busqué contactos con el Partido Laborista, me recibió un funcionario de tercera o cuarta categoría, recuerdo que me llamó la atención que nos ofreció café y, cuando se lo trajeron, le puso azúcar, tomó un lapicero y lo revolvió. Aquello me impactó y nunca lo olvidé.

—No era propio de un inglés...

—Absolutamente antiinglés. La actitud fue la misma, la indiferencia inmovible de aquel hombre mientras le hablaba. Me llevé, por cierto, a Shirley para que me ayudara con el idioma. Le planteé que si no sería posible que, sin pago alguno, pudiera estar como observador en alguna oficina del Partido Laborista, me dijo que lo iba a consultar, me pidió el teléfono y nunca me llamó. También conocí a un muchacho chileno y a su hermana, mujer muy grata, casada con un escocés, que prestaba servicios periodísticos ocasionales a los laboristas. Me prometió interceder para ayudarme, pero no lo hizo. Me di cuenta de que en Londres me tendría que dedicar a otras cosas: leer, ir a bibliotecas, museos y tertulias en el Linguist Club.

—¿Fue una etapa de lecturas?

—De lecturas relativas, leía libros con el auxilio del diccionario. En fin, cuando recibo la comunicación oficial de que debo ir a Costa Rica, no tengo dinero para pagar el viaje en avión y me dijeron que ellos me mandaban el pasaje. Me acordé de la experiencia del viaje a Escocia con Shirley y me dije que antes de irme a América Latina iba a conocer por lo menos Alemania y logré conocerla pidiendo cola. Me fui solo desde Londres a Amberes, en Bélgica, ahí empecé a pedir cola y llegué a Colonia, en Alemania, la primera ciudad que visité. Fue uno de los sitios más bombardeados por la guerra, bombardeos que por cierto no dañaron la catedral, famosa en Europa y en el mundo. Me alojé en una pensión cerca de la catedral y al día siguiente me dije que la iba a conocer.

—*Y usted, ni pto de alemán...*

—Nada de nada, pero cuál es mi sorpresa que al entrar en la catedral a la primera persona que veo es a Arturo Uslar Pietri. Él no me conocía a mí, por supuesto, yo solo lo conocía de nombre. Tuve la misma duda de otras veces, «me le acerco, no me le acerco», decidí no acercarme para no correr el riesgo de que a uno lo rechazaran, uno era un exiliado; pero me quedé cerca, como un turista más, y me beneficié de la amplia cultura de Uslar Pietri. Él andaba con sus dos hijos pequeños y su esposa, les explicaba todo con su fluidez característica. Recorrí íntegra la catedral detrás de él, sin que se diera cuenta, entre el grupo de turistas que había, no muy grande. Y la experiencia de la cárcel me ayudó, porque uno aprende a pasar inadvertido y sin hablar, porque estás mucho tiempo solo. Desde que había salido de Londres no había hablado con nadie. Seguí adelante, tenía las direcciones de dos chicas alemanas, muy gratas, que vivían en Bonn, que en aquel momento era la capital de la Alemania Federal; las llamé, me recibieron, estuve con ellas y luego emprendí camino, remontando la cuenca del Rin.

—*¿Siempre en cola?*

—Siempre en autostop combinado con los hoteles de la juventud que en Alemania, en la época de Hitler, eran unos edificios muy buenos heredados por la República Alemana. Me alojé en ellos.

—*¿Como se defendía cuando se detenía un carro y le tenía que pedir la cola?*

—Tenía escrito lo que quería, o para donde iba, y tenía la posibilidad de hacerme entender en inglés. Llegué al lago de Costanza, fronterizo entre Alemania, Suiza y Austria, lo crucé en un ferry, me bajé en una de las islas del lago, que tiene curiosamente una vegetación tropical, y la conocí. Llegué al otro lado en la costa suiza y me puse a pedir cola, pasó gente que no se paró, hasta que se detuvo un Fiat, nuevo, un carajo simpático, joven, que me dijo iba a Baden-Baden, en la Selva Negra, en Alema-

nia, a jugar en el casino. Me monté y hablamos en italiano, me dejó en Basilea, yo le agradecí el traslado y le dije que seguiría pidiendo cola. Se rio y se fue: se ve que conocía a los franceses, me paré allí y estuve como tres horas pidiendo cola y nada de nada. Regresé en el tranvía, fui a la estación y compré un boleto en tercera en el tren hasta París, donde vivía otro exiliado, el doctor Hernán Quijada, médico psiquiatra, que tenía ciertos recursos, un pequeño apartamento donde me quedé una semana, antes de regresar a Londres y de ahí a Costa Rica.

—*Es el año 57, mandaba José Figueres en Costa Rica.*

—Sí, mandaba Figueres. Yo no sé por cuál circunstancia especial se fue Luis Augusto Dubuc a Costa Rica, porque toda la dirigencia adeca importante vivía en México. Costa Rica no era un centro político de relevancia, pero era clave el contacto político con Figueres. Teníamos una estación de comunicación instalada en la finca La Lucha, propiedad de Figueres. Eso lo atendía un exiliado, Luis Peña Vásquez, un radiotelegrafista, y teníamos en Caracas una estación, que la manejaba el compañero Pedro Fonseca, que funcionó durante unos cuantos años. Nos comunicábamos perfectamente bien, eso influía en que la sede del comité coordinador exterior estuviera allí.

—*¿Retomó la actividad política plenamente?*

—Los acontecimientos iban a desencadenarse muy pronto. Cuando se alzan los militares el primero de enero de 1958, me dicen que es la hora de que regrese a Venezuela clandestino. Me recomiendan que no pida visa, porque aquello estaba lleno de espías de Pérez Jiménez, que pidiera en una agencia de viajes una tarjeta de turista, lo que funcionaba muy bien, para llegar a Panamá y allí otra tarjeta similar para Colombia. Así llegué a Barranquilla, donde había un grupo de exiliados venezolanos, la mayoría de ellos desconocidos, salvo la muy conocida Clarisa Sanoja, gran luchadora de la resistencia. Estuve ahí tres o cuatro días, seguí a Bogotá en avión y allí me dijeron que no podía

salir, que todo estaba muy vigilado. La idea era que entrara por tierra, por la frontera del Táchira. Pero me quedé en Bogotá en la casa de un venezolano y me advirtieron que no podía salir sino de noche, que debía tomar muchas precauciones para que no se detectara mi presencia, y esperar. Así que cuando se produce la caída del dictador estoy en Bogotá. Había también allí un grupo de los militares sublevados el primero de enero, fue un avión expresamente a buscarlos y me vine en ese avión con ellos. Llegué a Caracas el 23 de enero en la tarde.

—¿Cómo fueron esos primeros días de regreso al país?

—Mis padres estaban viviendo en Caracas, en Los Dos Caminos, llegué a la casa de papá y mamá, e inmediatamente se reanudaron los contactos políticos, porque era un momento de gran agitación.

—¿Durante esa etapa del exilio usted siempre pensó que la política era lo suyo o en algún momento pensó en alejarse?

—Debo confesar que no tenía una vocación política poderosa.

—¿La familia aceptaba esa vida suya, cómo la veía?

—Mis padres eran conmigo de una solidaridad conmovedora y siempre respaldaron mi decisión y mi compromiso.

PRIETO EL COMECURAS Y BETANCOURT EN BAÑADOR

Clandestinidad, cárcel, exilio. Octavio Lepage regresa a Venezuela la tarde del 23 de enero de 1958 y en el agite de aquellos días de alborozo conoce a Verónica Peñalver, hermana de Luis Peñalver, su profesor en el liceo Andrés Bello, que luego sería ministro de Educación. Ella había sido enlace durante la clandestinidad. Llevaba mensajes, escritos en papel de Biblia, muy fáciles de reducir a su mínima expresión, hasta una estafeta, donde los recogía otro enlace. Se casaron en 1959. Tienen cinco hijos: Ramón Octavio, Verónica, Bárbara, Gabriela y Carmen. Tres nietos; él quería 14.

Antes, había intimado con Rómulo Betancourt, en la última etapa de su exilio. Pasaron juntos una semana en Puerto Rico, donde estaba residenciado el fundador de AD, en una casa modesta en la playa de Breñas. Conoce a Luis Muñoz Marín, el gobernador de la isla, que les ofrece una cena en La Fortaleza, la residencia oficial, a Betancourt y a él, como conclusión de una reunión que había concentrado a la diáspora adeca —asistieron dirigentes provenientes de Costa Rica, México, Bolivia, Chile— para analizar y fortalecer la lucha de la resistencia que se libraba en Venezuela. ¿Surge allí la política de no juntarse con los comunistas? Lepage niega que existiera esa línea, aunque reconoce que habría sido insensato incluir al Partido Comunista en el Pacto de Puntofijo.

—Puntofijo se explica como resultado de una reflexión de los tres dirigentes fundamentales: Rómulo Betancourt, Rafael

Caldera y Jóvito Villalba. Nosotros fuimos culpables de lo que sucedió en el trienio del 45 al 48, por estar combatiéndonos unos a otros, de que fracasara esa experiencia democrática que al final hubiera sido satisfactoria para todos. Uno ve cómo después del 23 de enero del 58 fueron presidentes Betancourt, Leoni y luego Caldera y después vinieron Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera y Jaime Lusinchi, y Jóvito no lo fue porque era un hombre muy fantasioso, no era un político de garra, no era un político práctico.

—*Todo el mundo reconoce que era un extraordinario orador...*

—Sí, pero carecía de garra política para cristalizar a su favor su arrastre popular, que lo tenía y mucho, y en un momento dado más que Betancourt, sobre todo al comienzo.

—*Esa falta de reflexión, unos porque estaban en el exilio, otros porque estaban en las tareas de la resistencia, fue lo que condujo a que durante mucho tiempo en la lucha por derrocar a la dictadura cada quien anduviera por su parte. ¿Hubo una orden de Betancourt de no juntarse con los comunistas?*

—No, no había tal orden, aunque la verdad es que sí había la convicción en los altos dirigentes de AD, incluso hasta en mi generación, de que eso no convenía. Nosotros no éramos anticomunistas y pensábamos que el comunismo tenía pleno derecho a actuar como partido, a hacer labor proselitista y que si por la vía del voto llegaban al poder, tenían pleno derecho a ejercerlo, pero consideramos siempre que aliarse con los comunistas en Venezuela en época de la Tercera Internacional, con aquel dominio tan total del comunismo mundial desde Moscú, eso no convenía a Venezuela. Fue una convicción y para mí no fue un error, estoy absolutamente convencido de que hubiera sido insensato incluir en el Pacto de Puntofijo al Partido Comunista, lo digo claramente porque en el contexto de la política mundial en aquel momento habría sido un nuevo fracaso y posiblemente la democracia no habría durado 40 años, sino tres, como duró la experiencia del 45.

—*O la de Chile mucho después.*

—Exacto, la de Chile en los 70. Nunca fuimos anticomunistas, le reconocíamos al PCV pleno derecho a divulgar su doctrina y actuar en la práctica política para ir ganando poco a poco posiciones de poder.

—*Pompeyo Márquez, entre otros, sostiene que sí había esa orden y que eso retrasó la lucha contra la dictadura, la hizo más débil y más larga, al no juntar esfuerzos las dos formaciones más experimentadas.*

—No creo, no creo.

—*¿Por qué no lo cree?*

—El aporte de los comunistas no robustecía mucho el frente antidictadura, era un ingrediente importante sobre todo por la veteranía de ellos y la capacidad de sacrificio que los caracterizaba, pero no era una cosa del otro mundo.

—*En las cárceles del perezjimenismo lo que había era comunistas y adecos.*

—Muchísimos más adecos que comunistas. En la cárcel de San Juan de los Morros, donde yo estuve cuatro años, de 200 habría unos 10 comunistas, Jesús Faría, Laureano Torrealba, un dirigente sindical, y Francisco José Arrieti, un dirigente agrario de Yaracuy cuestionado por los comunistas y a quien Faría en cuatro años no le dirigió nunca la palabra. Eso era estalinismo. Yo admiré mucho a Faría, porque era un palo de hombre, un tipo increíblemente interesante, pero muy duro.

—*¿Usted nunca fue marxista?*

—No, nunca.

—*Betancourt sí lo fue.*

—Él militó en el Partido Comunista de Costa Rica, una militancia breve y peculiar. Tenía formación marxista. Por ejemplo, a Betancourt para inhabilitarlo políticamente después de la muerte de Gómez, cuando ya estaba en Venezuela y se perfila como un líder importante, le publican el famoso *Libro Rojo*. ¿Cuál es la historia de ese texto? Betancourt era un gran escritor de cartas y

como él estaba en Costa Rica, prácticamente solo, se casó allí con doña Carmen Valverde. Él desarrollaba su actividad política epistolarmente, le mandaba cartas sobre todo al grupo de Barranquilla donde estaban Raúl Leoni, Valmore Rodríguez, Gonzalo Carnavalli, un grupo de gente importante. Estaba Mariano Picón Salas en Chile, que no era de AD pero se vincula a Betancourt porque vio su trayectoria y lo atrapó. En fin, muchas cartas. La gente de López Contreras, no sé quién sería él de la idea, decidió publicar esas cartas que llegan al Gobierno porque un miembro del Grupo de Barranquilla deserta, abandona el grupo, los traiciona y se trae las cartas y se las entrega a López Contreras como trofeo, testimonio de su lealtad. Publican esas cartas y resulta que, al leerlas, ahí desarrolla Betancourt sus observaciones de fondo sobre el comunismo. De modo que lejos de ser un testimonio del comunismo de Betancourt, es un testimonio de su cuestionamiento desde el primer momento, cuando entró en la intimidad de los comunistas. Cuestionamiento que él hacía por razones estrictamente políticas, básicamente diciendo que en América Latina, y menos en Venezuela, que no había tenido en la práctica vida democrática prolongada, el comunismo no lo entiende la gente, no tiene sentido, aquí no hay ni obreros ni siquiera campesinos, era algo artificial.

—¿Había otros líderes de AD formados en esas ideas marxistas, Prieto por ejemplo?

—No, Prieto no. Era un liberal decimonónico, de una honestidad inquebrantable, intelectual y personal.

—*Pero cuando nace el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), como una división de Acción Democrática, él se va más a la izquierda de AD.*

—Es pura apariencia. Prieto, que era un liberal del siglo XIX, era un hombre muy auténtico, de honestidad personal y política intachable, un gran combatiente, pero era básicamente un comecuras. Inteligente, sensible a la cuestión social, un hombre extraordinario, Prieto. Una pérdida, para mí, mortal para AD.

—*En la polémica religiosa de la constituyente del 47 él está en el centro, ¿era contra Betancourt y contra el partido?*

—Prieto, lo reitero, era un comecuras incurable. Primero fue el pleito por el 321, que en verdad fue obra de Humberto García Arocha, otro comecuras, que había sido mi profesor de Biología en el bachillerato; yo lo quería mucho, me reuní dos o tres veces con él mientras yo estaba en la clandestinidad. Luego, en la constituyente, Prieto decía que había que sacar el nombre de Dios de la Constitución, y finalmente hubo aquel famoso pleito cuando Betancourt decide negociar el concordato con la Santa Sede. Ahí también Prieto se encolerizó y hasta un detalle ocurrió: una vez nombrado cardenal José Humberto Quintero, Betancourt lo sentó un día al lado de él, en la silla derecha, que le correspondía a Prieto, en ese momento presidente del Congreso. Prieto se arrechó y se fue. Fue un cúmulo de asuntos, pero todas las discrepancias por esa manía anticatólica de Prieto.

—*¿Y eso estuvo después en el epicentro de la ruptura en 1967?*

—Betancourt quería entrañablemente a Prieto, y además, como buen político, sabía que Prieto era un hombre fundamental en Acción Democrática. Él, sin embargo, no propició su candidatura por temor a que un pleito con la Iglesia debilitara el proceso democrático naciente y lo hiciera fracasar.

—*¿Y tanto peso tenía la Iglesia católica venezolana?*

—Es cierto que el catolicismo de nosotros es muy peculiar, no es como en España o México, o Colombia. Pero aquel episodio que fue el 321 de vaina no hizo naufragar la democracia estando Betancourt en la presidencia de la Junta Revolucionaria. El decreto sobre la educación católica, para controlar la educación, fue el momento más difícil que vivió la democracia naciente, más aun que las conspiraciones. El 321 lo redactó realmente García Arocha, el ministro de Educación, con el visto bueno de Prieto, que era ministro de Secretaría. Y Betancourt lo dejó pasar y luego lo tuvo que echar para atrás. Betancourt dice que lo engañaron,

él cuenta que en el gabinete, cuando llevan el proyecto, él olfateó lo que se venía y preguntó: «Miren, ¿eso ha sido consultado con la Iglesia y con los institutos privados de educación?». «Sí, sí, Presidente». «¿Y también con la educación católica?». «Sí, Presidente». Engañaron a Betancourt y luego vino una cosa muy fuerte que hizo que el Gobierno estuviera a punto de caer y fue el punto de partida del debilitamiento del Gobierno. En el Ejército había mucho militar andino, a pesar de toda la depuración que hubo después del 18 de Octubre. Mario Vargas, que era el militar más democrático, era tachirenses y Pérez Jiménez y tantos otros.

—*Y todos, claro está, de formación religiosa.*

—Muy católicos, tenían un peso grande en el estamento militar. Betancourt nunca lo confesó ni antes ni después, pero supongo que ese episodio pesó en su ánimo para no apoyar a Prieto; él anticipaba conflictos muy serios.

—*¿Y usted en la disputa interna estuvo con Gonzalo Barrios o con Prieto?*

—Yo estaba con Barrios, siempre estuve con él, confieso que yo, a pesar de la admiración y el cariño que le tenía a Prieto, también pensaba que era demasiado inflexible, muy parecido a Rómulo Gallegos en eso: no tenía mano izquierda.

—*¿Eran más intelectuales que políticos?*

—Eran políticos. Prieto era un político, pero coño, el político tiene que tener mano izquierda, que no la tenía Gallegos, ni la tenía Prieto, sobre todo cuando estaba de por medio el factor religioso.

—*Barrios sí era un hombre de gran mano izquierda.*

—Demasiado, demasiado.

—*¿Cuáles eran los valores que identificaban a esa generación adeca original?*

—Los movía la idea de alcanzar una democracia moderna, con sufragio universal directo y secreto, que el pueblo pudiera escoger libremente a sus gobernantes, gobiernos democráticos,

con gran vocación social, tomando en cuenta la necesidad de los trabajadores, de los campesinos. Una democracia moderna, con acentuada vocación social.

—*¿La mayoría de sus grandes líderes eran gente de extracción popular?*

—La mayoría, Prieto era hijo de gente humilde de Margarita, Rómulo era hijo de un canario en Guatire, los sindicalistas ni hablar, con Francisco Olivo pasó una cosa muy peculiar: era hijo natural de un Tosta, un hombre adinerado; cuando Tosta muere le deja una herencia importante, significativa, Olivo la aceptó pero siguió siendo el mismo Francisco Olivo de toda la vida. Malavé era zapatero en Carúpano, zapatero remendón, y en mi opinión el mejor dirigente sindical, el que tenía más inteligencia política.

—*¿Y usted recuerda el momento en que conoció a Rómulo Betancourt?*

—Lo conocí tardíamente, no lo traté antes del 24 de noviembre. Yo alguna vez me tropezaba con Betancourt, coincidíamos en alguna reunión política, pero no teníamos relación personal. Entro a hablar con él en la intimidad mucho tiempo después. Estando aún en mi exilio en Europa, un buen día me comunican que he sido designado miembro del comité de coordinación exterior. ¿Qué era eso? Era equivalente a un comité ejecutivo nacional en el exilio y la sede era Costa Rica por una sola razón: allí residían Betancourt y Luis Augusto Dubuc, que seguía siendo el secretario general del partido, porque ese era su cargo cuando ocurre el golpe de noviembre. Otra gente muy importante estaba en México: Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Juan Pablo Pérez Alfonzo, toda la dirigencia sindical. Betancourt después tuvo que irse de Costa Rica y se radicó en Puerto Rico. A finales de 1956, octubre o noviembre de ese año, ya yo estaba en Costa Rica. Deciden entonces hacer una reunión de dirigentes en el exilio y esa reunión se celebró en Puerto Rico, donde en ese momen-

to vivía Betancourt; por cierto, en una casa bastante modesta, situada en la playa de Breñas, que en esa época era casi salvaje, aunque hoy parece que tiene un gran atractivo turístico. La casa se la había prestado Luis Muñoz Marín, que era gobernador de la isla, y allí hicimos la reunión del comité coordinador exterior.

—¿Y quienes asistieron?

—Estaban Dubuc, Barrios, Betancourt, Domingo Alberto Rangel, no estaba Prieto porque era funcionario de la Unesco en un país de Centroamérica, El Salvador o Guatemala. Estaban también Luis Manuel Peñalver, Luis Lander, que aún era miembro de AD, Francisco Olivo, que viajó desde Chile. Leoni y Rangel vinieron desde Bolivia. Nos reunimos durante varios días, tres o cuatro. Al final de esa reunión, Betancourt me dice: «Mira, Octavio, tú estás soltero, no tienes familia, no nos conocemos, te invito a que te quedes unos días con nosotros, conmigo y con Carmen (Valverde)». Yo me quedé una semana, en la playa de Breñas, hablando con Rómulo todos los días.

—¿Qué hacían, de qué hablaban?

—Rómulo vivía con mucha modestia, sin ninguna manifestación de exquisitez, era un gran comedor de caraoatas negras, de costillas de cochino fritas y de arepas y bollos pelones. En el trato era sumamente cordial. Pasamos esos días bañándonos en la playa, hablábamos mucho y yo le preguntaba sobre mil cosas. Un día le hice una pregunta pendejísima, de muchacho: «Mire, compañero Betancourt, cuál diría usted que es la virtud fundamental de un político». Estábamos en la playa, se quedó pensando un rato y me dijo: «La perseverancia». En otra ocasión lo acompañé a una comida en La Fortaleza, que era la casa de gobierno en San Juan de Puerto Rico, era una cena para él y para mí, ya los demás del partido habían regresado a sus países, quizás quedaba Dubuc. Allí conocí a la pareja de Muñoz Marín, una mujer muy inteligente y simpática. Una mujer notable.

—*Muñoz Marín, Víctor Raúl Haya de la Torre y Betancourt fueron figuras importantes en esa época en América Latina.*

—Haya es muy anterior, él publica *El Antiimperialismo y el APRA*, que es un libro fundamental, en 1928. Y Muñoz Marín tuvo una influencia limitada a Puerto Rico, fue muy combatido por los comunistas porque la figura del Estado Libre Asociado es creación de Muñoz Marín; los comunistas lo acusaban de haber vendido la patria. En ese momento vivía Pedro Albizu Campos, el líder independentista, un hombre sumamente respetado. Si algún valor tiene la autodeterminación, los puertorriqueños han decidido sentirse cómodos como Estado Libre Asociado.

—*Es el mejor negocio que pudieron hacer.*

—Por lo menos así se aprecia de lejos.

—¿Y en esos días nació una amistad con Betancourt?

—Sí, así es. Años después, estando yo en Bruselas como embajador cuando el gobierno de Raúl Leoni, recibí una carta de Betancourt en la que me decía que quería pasar un tiempo en Europa y que le buscara una residencia en Lieja. Fui a esa ciudad y aquella ciudad era tan fría, tan poco acogedora, que le dije: «Quédese más bien en Bruselas». Se quedó en un hotel como dos meses y de ahí se fue a Nápoles.

—¿Eso fue cuando él salió del Gobierno?

—No, más tarde, él salió en 1963 y yo estaba en Bruselas en 1964. Después, al final, se fue a vivir a Berna.

HUBO UNA GUERRA Y FUE TERRIBLE

A la vuelta del exilio, la dirigencia adeca fundadora —la vieja guardia— descubriría *in situ* que el control de la exigua estructura partidista que había sobrevivido en la resistencia contra la dictadura estaba dominada por cuadros emergentes cautivados por la ideología marxista y, luego, por el triunfo subyugante de Fidel Castro y su guerrilla. La generación de relevo, fogueada en los duros embates contra la policía política de Pérez Jiménez, había sido «colonizada» por otras ideas. Octavio Lepage lo sufre en carne propia: es excluido del primer Comité Ejecutivo Nacional (CEN) que es electo después del 23 de Enero. Él, que había sido secretario general en la clandestinidad, queda fuera.

La ruptura estaba más que anunciada. Rómulo Betancourt, que gana con holgura las elecciones de diciembre de 1958 e inaugura la etapa de los gobiernos inspirados en el Pacto de Puntofijo, enfrentará, a la vez, las conspiraciones de derecha e izquierda. Y logra vencer: se salva por los pelos en el atentado de Los Próceres y derrota los alzamientos sucesivos en Carúpano y Puerto Cabello.

Es lucha sin cuartel. Las guerrillas del PCV y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) —integrado este por los jóvenes expulsados de AD— abren siete frentes en el oriente y occidente del país. Caen policías y soldados, caen guerrilleros. Se denuncian torturas y desapariciones. La aparición del cadáver maniatado del profesor Alberto Lovera, militante comunista, en una playa de Lecherías, hace inocultable la dureza y arbitrariedad de la con-

frontación. «Era una guerra, una guerra», exclama Lepage, crítico severo de la política antidemocrática de los alzados, sin desconocer los excesos en el desempeño de las fuerzas militares y policías.

Más de 40 años después de la etapa de la violencia —que nunca alcanzó los rigores de lo acontecido en otras naciones latinoamericanas— hay un sistemático intento desde el poder político y parlamentario para revisar la «memoria histórica». Mucho de leyenda negra, considera Lepage.

—*Varios dirigentes políticos, que vivieron y padecieron la dictadura perezjimenista, han escrito que nada hacía presagiar en 1957 que el régimen estuviera cerca del final.*

—En la reunión de la dirigencia adeca en el exilio, que celebramos en Puerto Rico a mediados o fines del 57, recuerdo que Rómulo Betancourt hizo una exposición en la que dio a entender, o lo dijo claramente, que la dictadura estaba ya muy gastada y que había que estar muy alerta porque en Venezuela podía pasar cualquier cosa en cualquier momento. Eran las deducciones de un político visionario como era Betancourt. La dirigencia de AD estaba totalmente exterminada en Venezuela, el partido estaba en manos de la gente joven que acompañaba a Simón Sáez Mérida, el secretario general de AD. Pero aun así Betancourt presagiaba lo que finalmente ocurrió, y muy pronto.

—*¿La Junta Patriótica tuvo un peso importante en el final de la dictadura?*

—Un peso relativo. Yo no estaba en Venezuela, pero la Junta Patriótica se dio a conocer por documentos y comunicados impresos en multígrafo, que tuvieron una cobertura limitada. La Junta Patriótica adquiere resonancia después que cae Pérez Jiménez porque aparece como el organismo unitario conformado en los últimos momentos de la resistencia y porque fue como la antesala del derrumbe de la dictadura. Es mucho más importante después del 23 de Enero que antes. Ahí estuvieron Fabricio Ojeda, que la presidía, por URD; por AD estaba Silvestre Ortiz

Bucaram, por Copei Enrique Aristiguieta Gramcko, y por el PCV creo que estaba Guillermo García Ponce.

—*Ahí sí estuvieron todos juntos...*

—Esto se constituye muy al final, creo que seis meses antes de que cayera la dictadura, si acaso un año.

—*¿AD siempre fue reacia a asociarse con los comunistas?*

—AD nunca fue anticomunista, nosotros reconocíamos el derecho absoluto de los comunistas a operar como partido con todas las garantías de la democracia; lo que nunca aceptamos fue constituir con ellos una coalición en la oposición ni en el gobierno.

—*¿Por qué se dio entonces lo de la Junta Patriótica?*

—Fue una iniciativa que surgió en Venezuela, sin consultar con el comando en el exterior.

—*¿Betancourt estuvo a favor de eso?*

—Él no le dio importancia y es que no la tuvo realmente, fue más que todo algo simbólico.

—*Usted regresa al país el 23 de enero de 1958. ¿En qué situación encuentra a Acción Democrática, cómo reanuda su militancia partidista?*

—Estuve un tiempo más o menos largo fuera del Comité Ejecutivo Nacional. Hubo una convención del partido, la primera en la legalidad, en un teatro que estaba a la entrada de San Agustín del Norte, cerca del Nuevo Circo, el cine América, allí se produjo una alianza de la vieja guardia partidista con el ARS de Raúl Ramos Giménez para enfrentar a la juventud que encabezaba Sáez Mérida. Yo había estado cuatro años preso, luego exiliado, y cuando regreso me excluyen de ese CEN que fue ampliado para incorporar a Betancourt, Leoni, Barrios y Domingo Alberto Rangel. Han debido incluirme a mí, que fui el primer secretario general en la clandestinidad.

—*¿Eso lo tramó Sáez Mérida?*

—Yo supongo, yo supongo, él era un hombre desconfiado y ambicioso. Quedé como un militante, sin cargo alguno. Era muy

amigo de Domingo Alberto Rangel, habíamos estado juntos en la prisión de San Juan de Los Morros, él salió un año antes que yo y se fue para Bolivia.

—*¿Por qué para Bolivia?*

—En Bolivia estaba de presidente Víctor Paz Estensoro, fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), y estaba también su cuñado Manuel Mantilla, que llegó a ser muy amigo de Paz Estensoro. Para Bolivia se fue, además, Raúl Leoni, como representante de un organismo internacional. Al regresar a Venezuela, Rangel y yo retomamos nuestra amistad y nos veíamos muy a menudo; por esa amistad me vincularon con ese grupo que luego se transformó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Pero nunca tuve que ver con eso, no fue cierto.

—*¿Siguió luego manteniendo amistad con Rangel?*

—No, eso se acabó con la ruptura del MIR. Hubo una sesión dramática del partido en la que se consumó la división de AD. El partido tenía su sede en el edificio Hayek, frente al mercado de Quinta Crespo. Al terminar la reunión, como a las once de la noche, invité a Domingo Alberto a comer. Nos fuimos a un sitio de carne que estaba abierto toda la noche en la avenida Nueva Granada y que era muy frecuentado. Le dije: «Tú tienes el temperamento que tienes y yo tengo el mío que es muy distinto, pero también soy un hombre difícil, y la política es tan diabólica que va a ser cuesta arriba que podamos seguir siendo amigos como antes». Pensaba que íbamos a discutir constantemente y eso nos separaría más. «De manera —le dije— que lo dejamos así y mantenemos, tú y yo, el recuerdo de la amistad muy grata, muy positiva que hemos tenido». Y así pasó, yo lo recuerdo siempre con afecto, y creo que en el fondo él debe recordarme con afecto.

—*¿La ruptura que dio lugar al MIR estuvo claramente influenciada por la Revolución cubana?*

—Totalmente. Cuándo uno recuerda, reflexiona y ata cabos se da cuenta de que en los últimos dos años de la resistencia,

cuando ya la dirigencia había sido exterminada, asesinado Leonardo Ruiz Pineda, muerto Alberto Carnevalli, todos los que habían sido secretarios generales estaban presos o exiliados, es cuando el partido cae en manos de gente muy joven como Sáez Mérida, que fueron captados por el Partido Comunista. Cuando se produce la caída de Pérez Jiménez la dirección de AD estaba constituida por dirigentes que ya no eran de AD, que eran comunistas y actuaban como tales, que procuraron incluso cerrarle el paso a la vieja guardia, pero no pudieron. Los viejos hacían una convocatoria y los barrían. Cuando triunfa Fidel Castro en 1959 ellos estaban ya colonizados por los comunistas, entregados a los comunistas, de tal manera que el tránsito hacia la ruptura y la guerrilla estaba listo.

—¿Hubiera podido evitarse ese tránsito?

—Fue inevitable. En ese CEN del que quedé excluido abusivamente, me cuentan que Betancourt, que tenía una colección de pipas, cada vez que uno de ellos lo provocaba —esa era una especialidad de Sáez Mérida—, cogía una arrechera y le daba a la pipa contra la mesa y la rompía, así se contenía de alguna manera. Era una forma de protesta.

—¿Cuál era el centro del debate o el cuestionamiento que hacía la juventud al partido?

—Básicamente la exclusión del Partido Comunista del Pacto de Puntofijo, esa fue la gran discusión. Ellos se preguntaban por qué excluir al PCV, si después de AD había sido el partido que más contribuyó en la derrota de la dictadura.

—¿Esa derrota fue más expresión de una rebelión civil o del alzamiento militar?

—Creo que hay una conjunción. Imaginemos que hubiera prevalecido ciento por ciento la tesis de cero contacto con los militares, nada que pueda parecerse a un golpe de Estado, vamos a hacer un trabajo de masas, de concientización de las masas y cuando lo logremos ya habrá manera de darle forma y dinámica

política a aquella convicción colectiva; la dictadura en esa estrategia se habría prolongado indefinidamente, hasta que hubiera caído por gravitación natural, por pudrición. Por eso se imponía una conjunción de esfuerzos civiles y militares. Por otra parte, la historia posterior confirmó que a los comunistas les fascinan las charreteras. No únicamente las de un militar democrático, civilizado, como Wolfgang Larrazábal; todas las charreteras. El Carupanazo y El Portañazo fueron alzamientos militares dirigidos por oficiales infiltrados por los comunistas.

—¿AD nunca abandonó los contactos con el ámbito militar?

—Hubo muchos contactos, AD desarrolló una estrategia para derrocar a la dictadura por la vía de la conspiración militar, eso es inocultable. Después que asesinan a Carlos Delgado Chalbaud, que es cuando Pérez Jiménez asume todo el poder, luego convoca a las elecciones, desconoce el resultado, y saca del país a Jóvito Villalba con todos los dirigentes de URD, mientras Copei estaba totalmente silenciado. En aquel escenario era absolutamente irreal suponer que un partido podía dedicarse a una labor de adoctrinamiento, esperando que madurara la conciencia colectiva. La línea conspirativa, como la llamaban los comunistas, de AD estaba plenamente justificada.

—¿Y quién ejecutaba esa línea conspirativa?

—La gente en la resistencia. Había un comité especial que se dedicaba a las tareas militares y esa gente logró contactos magníficos. Al frente de eso estuvo Carnevalli y también Ruiz Pineda, los dos.

—¿Usted recuerda los episodios de la muerte de ambos?

—Cuando asesinan a Leonardo estoy preso, en el año 1952.

—¿Ese fue un impacto muy fuerte para AD?

Muy fuerte, muy duro, era un gran dirigente. Leonardo fue el inspirador, el gran organizador y conductor de la resistencia contra la dictadura de Pérez Jiménez. Por tal razón lo condenaron a muerte, y en efecto lo asesinaron vilmente en

una celada montada por el tenebroso Pedro Estrada. Carnevalli muere en la cárcel de San Juan de los Morros, donde yo estaba preso. Nosotros rogamos que nos permitieran verlo. Estaba en un pabellón hospitalizado e implacablemente no los negaron. Lo atendieron dos médicos de la cárcel, ninguno oncólogo. Muere de mengua, no lo dejaron trasladar a un hospital de Caracas, no dejaron ni siquiera que sus compañeros lo pudiéramos ver en el lecho de muerte.

—*Regresando a la división del MIR, siempre se dijo que esa era la generación de relevo de Acción Democrática...*

—Efectivamente AD perdió con el MIR la generación de relevo, que estaba muy bien formada. Moisés Moleiro, Américo Martín, Gumersindo Rodríguez, que después regresó a AD, Sáez Mérida, Rómulo Henríquez, su papá fue un palo de hombre. Héctor Pérez Marcano también es importante. La división del MEP fue mayor, pero desde el punto de vista generacional fue mucho más seria la del MIR porque AD perdió su generación de relevo, la generación que se había fogueado en la resistencia, que había adquirido experiencia en la resistencia, la que estaba en actitud de sustituir a los viejos cuadros de dirección. Cuando ellos se marchan, empezó a formarse aceleradamente a unos nuevos dirigentes juveniles pero nunca con la experiencia que habían logrado estos muchachos.

—*También estaba Fernando Soto Rojas, que hasta hace poco fue presidente de la Asamblea Nacional.*

—Él no pesaba en el partido.

—*¿Con Moleiro también tuvo amistad?*

Moleiro me dedicó un libro donde me dice: «Octavio Lepage, mi amigo, que debió estar en el MIR y no en AD». Era un hombre muy inteligente, lo conocí después de la caída de Pérez Jiménez.

—*¿Cuánto peso tuvo esa escisión en las futuras crisis de AD?*

Mucho, mucho.

—*¿Usted, Pérez y Lusinchi no eran una generación de relevo?*

—Sí, es verdad, pero la que actualizaba más al partido era aquella generación que se fue, la que sale de la resistencia interna y que la perdimos.

—*De alguna manera también la perdió el país...*

—El país también la perdió, fue una generación frustrada.

—*Lo que vino después de que se marchó la gente del MIR fue muy duro.*

—Fue una etapa de grandes debates, sobre todo con la gente que se fue del partido. Recuerdo una vez que estaba sentado en primera fila, al lado de Carlos Andrés, cuando entró Isabel Carmona enfurecida, actual presidenta de AD, y le tiró un carterazo a él y otro a mí. Ella se había ido del partido y eso era expresión de los pleitos que se formaban en el recinto de la cámara. Hubo un episodio con Salom Mesa Espinosa, quien también se había ido del partido. Había un diputado muy agresivo, célebre porque tiraba unos cabezazos demoledores, Rubén Charlita Muñoz, muy alevoso y muy violento y era de AD; tuvo una discusión muy agria y Salom llamó a Carlos Canache Mata —porque Charlita era de Anzoátegui, de Guanape, y Carlos era compadre de su tío Adriano Muñoz— y le dijo: «Carlos, dile a Rubén Charlita que si él va a agredirme otra vez que venga armado porque como es un hombre tan fuerte y tan buen cabeceador apenas se me venga encima le pegó un tiro». Canache llamó a Charlita y le advirtió que iba a haber una tragedia, que se moderase, y eso se quedó allí.

—*En el Parlamento fue una época de grandes oradores...*

—Domingo Alberto Rangel era el número uno, muy bueno. Por AD, Luis Augusto Dubuc era muy agudo en sus análisis políticos pero no era un orador que emocionara, como Rangel, como Jóvito. De los comunistas, Gustavo Machado, tranquilo, pero bueno.

—*¿Betancourt impulsó deliberadamente esa confrontación con la izquierda?*

—Ese fue un pleito histórico terrible de los comunistas con Betancourt, porque él efectivamente había militado en el Partido Comunista de Costa Rica y ellos siempre lo condenaron como un tráfuga, se ensañaron con él toda la vida y deformaron la realidad para presentarlo como un monstruo. Betancourt era categórico, eso sí, con el estado de evolución de la política venezolana y en particular con el cuadro político de América Latina, con un imperialismo agresivo, a pesar del antecedente de Franklin Roosevelt. Una alianza con los comunistas era políticamente inconveniente para estabilizar la democracia en Venezuela y si Betancourt, para ser coherente con esa lucha antidictadura en la que el PCV tuvo un papel importante, accede a integrarlo al Gobierno, en vez de 40 años la democracia habría durado cinco o seis años, si acaso. Era plena Guerra Fría, y aquí en Caracas, estando Pérez Jiménez en el poder, se celebró la conferencia interamericana presidida por John Foster Dulles, concebida como un espaldarazo del gobierno de Estados Unidos a la dictadura y un alerta de que no aceptarían ni la sombra de comunistas en un gobierno en América Latina. Eso era así, si los comunistas hubiesen actuado comportándose en primer término con un partido venezolano, que debía condicionar su estrategia a la situación de Venezuela; y en segundo término a sus compromisos con la Internacional Comunista, pero no, ellos preferían hablar con Moscú y respondían a las líneas de Moscú y las líneas de Moscú eran un trazo rojo para Estados Unidos y tuvieron una respuesta muy contundente de Estados Unidos. Esa es la verdad, pero eso nunca lo aceptaron los comunistas y siempre han criticado acerbamente a Betancourt.

—Y a la vez Betancourt enfrentó las conspiraciones de derecha.

Claro, cuando comienza el primer período de la democracia con Betancourt como Presidente, ese esfuerzo estabilizador tuvo dos amenazas fuertes; por un lado, la derecha organizando conspiraciones militares, empezando por el atentado de 1960, al año siguiente de iniciarse el Gobierno; y la amenaza de la sub-

versión armada de los comunistas y del MIR. Una democracia naciente con esos dos poderosos enemigos... Es una hazaña haber sobrevivido y se pudo sobrevivir por el apoyo evidentemente mayoritario de los venezolanos.

—¿De dónde venía ese encono del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo para fraguar el atentado de Los Próceres?

—Vargas Llosa dibuja al personaje en *La Fiesta del Chivo*: era un autócrata anormal, era un caso de egocentrismo, de narcisismo, de prepotencia absolutamente fuera de serie: él no aceptaba que pudiera existir en América Latina ningún gobernante que fuera su enemigo. Cómo será, que Chapita, después de que Fulgencio Batista derroca por un golpe frío a Carlos Prío Socarrás, en Cuba, con ayuda monetaria fundamentalmente de Trujillo, por el hecho de que Batista no lo invitó a Cuba, decidió acabar con Batista y conspiró contra él.

—¿Con Betancourt hubo episodios previos de esa enemistad?

El intento de atentado frustrado contra Betancourt en La Habana. Rómulo iba en La Habana a donde un médico, Hildo Folgar, un hombre cordial, inteligente, que después vino a Venezuela e hizo fortuna en su ejercicio profesional. Rómulo iba allí a chequearse. Saliendo un día, se le vino encima un «guajiro» que trató de clavarle una inyectora. Betancourt, que era un hombre fuerte, le dio un manotón, el hombre soltó la inyectora y se fue corriendo. La inyectora la llevaron a un laboratorio y contenía un veneno mortal, curare. Después se supo por el gobierno de Prío Socarrás que aquello había sido un atentado. La investigación llevó a unos gánsteres residentes en Tampa, Florida, y a través de esos gánsters se supo que los financió Chapita para que mataran a Betancourt, de manera que era un pleito viejo.

—Que continuó después...

—Exactamente. Betancourt se salvó de vaina en Los Próceres. En el carro iba el jefe de la Casa Militar, Ramón Armas Pérez, que murió.

—¿Usted ese día fue a Los Próceres al desfile?

—No, no fui, a mí no me atraen los desfiles. Iba cuando era ministro porque estaba obligado a hacerlo, acompañando al Presidente.

—¿Fue tan dura como la pintan la lucha por derrotar a la guerrilla izquierdista?

—Muy dura, muy dura.

—¿Por qué la izquierda logró penetrar tanto en los cuarteles, como para que se produjeran los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello?

—Hay muchas interpretaciones y hasta leyendas. Se comentó que cuando ya habían fracasado por la acción directa, algunos jefes guerrilleros, en particular Douglas Bravo, deciden penetrar el Ejército —Chávez fue producto de eso mucho después— y lo lograron con esas sublevaciones militares. Con Jesús Molina Villegas en la base naval de Carúpano, donde estaba la Infantería de Marina, y luego en El Portañazo, con Manuel Ponte Rodríguez, que fue una acción que casi tumba al Gobierno. Fue muy fuerte y se peleó muy duro. Puerto Cabello era una fortaleza poderosa.

—¿Usted siempre ha considerado que el Ejército ha sido un sostén de la democracia venezolana?

—Creo que la democracia venezolana se sostuvo fundamentalmente por el apoyo de la gente, pero el sostén militar fue clave para su estabilidad, porque cuando Gallegos fue electo Presidente con 70 por ciento de los votos, en unas elecciones absolutamente libres, en las que nadie reclamó fraude, en las que participaron Machado y Caldera, ese pueblo que tan mayoritariamente respaldó la democracia, cuando se produjo el derrocamiento no se movió, no hubo manifestaciones callejeras, nada parecido a una resistencia civil, a una insurrección popular, a pesar de que existía el apoyo popular. En ese esfuerzo por estabilizar un gobierno distinto, de tipo democrático, abierto, plural, era indispensable tener apoyo militar; y sobre todo después de la ruptura del MIR, cuando aprueba la tesis de la subversión armada, el sustento militar era indispensable.

—¿Cuál era la gran figura militar de ese momento?

—Antonio Briceño Linares, que fue un gran ministro de Defensa, un hombre muy comprometido con la democracia.

—¿Las torturas y desaparecidos, sobre lo cual ha habido tantas denuncias, fueron accidentes, errores, excesos o eran parte de la política del Estado para combatir la guerrilla?

—No era una política de Estado, pero era una guerra, una guerra civil, *light*, suave, pero una guerra. No es que nosotros disfrutábamos matando extremistas armados en un encuentro guerrillero, es que era inevitable, y mucha gente del lado del Gobierno también murió. Pero ¿quién inició la lucha armada? Los comunistas, no fue el Gobierno que los atropelló, los arrinconó; ellos decidieron irse a las montañas bajo la influencia subyugante de Fidel Castro, que entró a La Habana al frente de los barbudos verde oliva y que fue un héroe de la juventud del mundo entero. Los venezolanos fueron subyugados, entre ellos los que tenían en sus manos el control de la juventud de AD. Una vez que declararon la guerra, fue una lucha de verdad, con varios frentes guerrilleros, y la técnica de ellos como era lógico era de emboscadas, porque no tenían efectivos militares numéricamente suficientes para enfrentar cara a cara al ejército regular. Lo emboscaban y hay que ver la cantidad de militares que murieron en las emboscadas preparadas por la guerrilla.

—¿Nunca se conoció una cifra oficial de bajas de un lado y otro?

—Debe haberla, pero no la conozco.

—¿Pero usted admite que hubo torturas?

—En esas situaciones son incontrolables los excesos. Los hubo en ambos bandos. Fueron muchos los guerrilleros fusilados por sus propios compañeros ante sospechas de traición. Del lado del Gobierno también hubo errores lamentables.

—Hay testimonios suficientes de esa etapa...

—Hay gente que exagera e inventa vainas. Era una guerra, una guerra. Por ejemplo, un hermano de Fernando Soto Rojas

fue hecho preso en el cerro El Bachiller e inventaron la leyenda negra de que lo habían montado en un helicóptero y lo lanzaron desde el aire. Eso es mentira, murió peleando en El Bachiller, como murió el hijo de Pablo Saher, el «Chema», que se había metido a comunista. Su papá era un gran adeco.

—*Pero el caso más emblemático es el del profesor Alberto Lovera.*

—Ese es el caso más oscuro, apareció muerto en la playa de Lecherías. Da la impresión de que efectivamente lo mataron, encadenaron y lo tiraron al mar, ha debido ser así, pero coño, hubo una guerra, aquella vaina fue terrible. Hay que recordar, por ejemplo, el caso del doctor Julio Iribarren Borges, presidente del Seguro Social para el momento, quien fue secuestrado y asesinado por la guerrilla.

—*¿En AD siempre creyeron que podían derrotar a la subversión o pensaban que el Gobierno podía caer?*

—Siempre creímos que el Gobierno saldría adelante, nunca hubo el temor de que pudiera triunfar la subversión armada extremista. Voy a contar algo que refiere esa confianza: yo soy casado con una hermana de Luis Manuel Peñalver, sus padres vivían en Cumaná, en una oportunidad iba con mi esposa y mis dos primeras hijas manejando hasta Cumaná a visitar a los viejos Peñalver en plena época de la guerrilla. En esa carretera, en el tramo Puerto La Cruz-Cumaná solo había un ranchito donde podías comer unas empanadas, por lo general muy malas. De pronto aparece un buen día una casa nueva, con corredor, que ofrecía servicio de comida con buena atención; nos paramos allí y estábamos felices, comimos bien, fuimos muy bien atendidos. Posteriormente, siendo ministro del Interior, asistí a una asamblea de productores de maní en El Tigre. Al terminar me aborda un señor y me dice: «Ministro, quiero hablar con usted, ¿usted no me recuerda? Yo soy la persona que manejaba aquel negocio nuevo que pusimos entre Puerto La Cruz y Cumaná en que usted se paró a comer alguna vez con su familia; yo era el enlace

con la guerrilla del Turimiquire. Yo les compraba la comida y se las hacía llegar. Cuando supieron que usted había estado allí dieron instrucciones de que la próxima vez que pasara lo secuestráramos». Hubo, claro, muchos secuestros, como el del coronel Michael Smolen y el del futbolista Alfredo Di Stéfano, pero nunca lograron tener un control del país ni perturbar la vida ciudadana, aunque los comunista, con esa capacidad indudable que tienen para repetir las cosas hasta el cansancio, nunca se fatigan de repetirlas y tergiversan los hechos.

—*¿No recuerda el nombre de ese hombre que recibió instrucciones de secuestrarlo?*

—Se me borró de la memoria. Sí recuerdo que estaba casado con una hija de Moisés Marcano, dirigente sindical de AD, muy importante en Monagas.

—*Ahora hay una ley para recuperar esa memoria histórica...*

—No lo sabía, pero la verdad es que la subversión armada no la decretó el Gobierno, fue la izquierda comunista la que adoptó esa línea de acción político-militar para derrocar por la fuerza el gobierno democrático e implantar en Venezuela un régimen similar al de Fidel Castro en Cuba. Sin embargo, los autores de esa estrategia, que mantuvieron un tiempo más o menos largo, son unos santicos que fueron víctimas de la furia asesina del gobierno democrático. Eso no es así, es una leyenda negra.

UNA BRUTALIDAD POLICIAL

El más amargo suceso en la vida pública de Octavio Lepage ocurrió como consecuencia del secuestro de William Frank Niehous, en los carnavales de 1976. Presidente de la Owens Illinois, transnacional procesadora de vidrio, Niehous fue capturado por un comando irregular en la quinta Betchirro, en Prados del Este. Las investigaciones policiales, detenciones y delaciones llevaron hasta Jorge Rodríguez, dirigente de Liga Socialista, grupo que mantenía un aparato armado clandestino. Rodríguez fue torturado en los calabozos de la Disip hasta la muerte. Lepage era ministro del Interior.

La operación contra Niehous fue reivindicada por el Grupo de Comandos Revolucionarios, integrado poco antes por militantes de la lucha armada que nunca se pacificaron y que cuestionaban a la izquierda que aceptaba participar en «el juego de la democracia burguesa». Niehous —el secuestro político más largo de la historia en el país, de 3 años y cuatro meses de duración— fue presentado por sus captores como miembro de la CIA. Lepage cuenta otra historia, en la que lo político es absolutamente irrelevante y en la que prevalece el puro interés económico.

Algunos de los autores del secuestro —y otros que participaron en su negociación— ocupan, o han ocupado, posiciones de cierta relevancia en el gobierno de Hugo Chávez. Por otro caso, el de la llamada masacre de Yumare, que sigue siendo investigado por tribunales nacionales, Lepage tiene prohibición de salida del país.

—Cuando fui ministro de Jaime Lusinchi, la línea de la subversión armada había sido abandonada tanto por el Partido Comunista, que lo decidió primero, como por el MIR, que lo decidió un año después. Pero hubo grupos que no se acogieron a la pacificación que Rafael Caldera había desarrollado y perfeccionado. Se detectaron en dos o tres sitios de Venezuela grupos guerrilleros, muy pequeños en número, que se dedicaban más que todo a sobrevivir, exigiendo a los campesinos que les dieran alimentos y otros suministros, lo que llaman la «vacuna». Uno de esos grupos, sobrevivientes de las guerrillas, actuaba en Aroa, estado Yaracuy, donde hay muchos productores agropecuarios medianos. Esta gente reclamaba al Gobierno que por favor actuara para que ese grupo no siguiera perturbando la paz del sector; vivían temerosos. Formamos dos columnas para que marcharan paralelamente en una operación de rastreo por aquel valle hasta donde fuera posible; una columna la encabezaba el comisario Henry López Sisco y la otra columna estaba formada por efectivos trasladados desde la escuela antiguerrillera de Cocollar (ubicada en el estado Sucre). Iban marchando, salieron del teatro de operaciones de Yumare, antes del amanecer. Al acercarse la columna de la Disip a un colina boscosa, hubo ráfagas de disparos y López Sisco fue herido gravemente; estuvo entre la vida y la muerte un tiempo largo, le dañaron el abdomen con uno de esos FAL automáticos y perdió el bazo. El grupo de guerrilleros sobreviviente, que no hacía acciones armadas, vivía de las vacunas, eran unos veinte y mueren nueve en el enfrentamiento. Eso no es masacre. Masacre es cuando deliberadamente e innecesariamente eliminamos a una cantidad de gente. Desde mayo de 2008 tengo prohibición de salida del país por el caso Yumare, que han tratado de revivir. He viajado dos veces a Yaracuy a dar declaraciones.

—¿Por qué el interés en revivir ese caso?

—Allí murió un joven venezolano, Luis Rafael Guzmán Green, que había secuestrado en 1973 un avión de Avenza. En

1968 había sido miembro del frente guerrillero Manuel Ponte Rodríguez; cuatro años después participa en el asalto a un puesto de la Guardia Nacional en Ocumare del Tuy. También murió Carlos Silva Rodríguez, alias «El Guayanés», quien había asaltado el puesto militar «Paso» en Los Teques y quien tenía enlaces con grupos subversivos internacionales. Igualmente cayó Dilia Antonia Rojas, alias «La Negra Rosa», miembro del comando que plagió el avión de Avenza. Se mencionan los más destacados, pero todos los muertos tenían historial de actividades guerrilleras. No eran jóvenes intelectuales amantes de la vida bucólica, como lo afirmara el entonces vicepresidente de la República José Vicente Rangel en un acto que organizaron para conmemorar los 20 años del episodio.

—*López Sisco siempre fue un personaje polémico y cuestionado...*

Le crearon una muy mala fama. En verdad es un hombre muy duro, muy valiente, muy arrojado. Tiene las siete vidas del gato. Una vez andaba en una operación de observación, tratando de localizar campamentos guerrilleros, el helicóptero se cayó cerca del aeropuerto de Santo Domingo, en el Táchira, y él se salvó de milagro. Siempre se ha dicho que en la aeronave lo acompañaba nada menos que Ramón Rodríguez Chacín, dos veces ministro del Interior de Chávez. Siempre ha estado en contacto con la guerrilla colombiana.

—*López Sisco también estuvo después en el caso de El Amparo.*

—El diputado Walter Márquez, abanderado en esta denuncia, reconoció en una declaración de prensa que López Sisco permanecía en terapia intensiva mientras sucedieron los hechos de El Amparo, aunque de todos modos lo señala como supuesto autor intelectual.

—*Mucho antes de Yumare ocurrió en 1976 el secuestro de William Frank Niehous, usted era el ministro del Interior en el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, ¿ustedes sabían quién era Niehous?*

—No, para nada. Yo había inaugurado una convención de gobernadores en el Palacio Blanco; una vez que se instaló me fui

al ministerio. Al salir, Pedro Mogna, mi asistente y secretario privado, me alertó de que se había producido el secuestro del presidente de una transnacional. El gobernador de Trujillo, José Jesús Muchacho Bertoni, que asistía a la convención, al escuchar por la radio la información del plagio, y como ya circulaba el rumor de que era de apellido Niehous, llamó a la casa del industrial norteamericano, con la que tenía relaciones, y su esposa Donna Niehous le confirmó que su esposo había sido secuestrado.

—*Han pasado más de 30 años de ese secuestro y aún permanece cierto misterio.*

Comprobé con tristeza, pues tenía gran aprecio por él, que había estado preso conmigo en San Juan de Los Morros, que Salom Mesa Espinosa podía estar involucrado en ese hecho. Salom Mesa tenía muchos méritos, era un gran luchador, fue el organizador de la fuga de Alberto Carnevali del Puesto de Socorro de Salas, donde estaba detenido. Él se va del partido en la división del MEP, aunque tuvo muchos contactos con los jóvenes que habían fundado el MIR. Y él fue el autor intelectual del secuestro de Niehous.

—*¿Cómo dieron con él?*

—Funcionó el control telefónico, por supuesto, y esas investigaciones empezaron a apuntar hacia Salom Mesa, que era diputado en ese momento. Yo estaba sorprendido de que su nombre apareciera insistentemente en las investigaciones. Profundizando en las pesquisas, encontramos que Salom había adquirido un fundo, de esos que el Gobierno recibía de propietarios que preferían perder la tierra que reintegrar el crédito obtenido del Gobierno. Salom Mesa lo compró meses antes del secuestro; en ese fundo había una gran mina de sílice, materia prima del vidrio. La Owens Illinois, de la cual era presidente ejecutivo Niehous, fabricaba vidrio. Salom estableció contactos con la Owens para que le compraran el fundo; el presidente de la Owens era un venezolano, el doctor Emilio Conde Jahn, hombre muy impor-

tante, muy activo. Al aparecer por el control telefónico el nombre de Conde Jahn, me presenté en su casa, vivía en Caurimare. Cuando toco la puerta, sin previo aviso, él estaba en una reunión con amigos, se sorprendió. Yo lo conocía superficialmente, le dije que quería hablar con él y le expuse con discreción que su nombre estaba apareciendo involucrado en el secuestro de Niehous. «Coño, no puede ser», me dice. «El Presidente me manda a decirle que él le tiene mucho aprecio pero espera una explicación», le dije y me fui. Eso fue como a las ocho de la noche, como a las diez el hombre se presentó en el ministerio; en esos días yo prácticamente dormía allá. Conde Jahn llegó acompañado de los ministros Carmelo Lauría y Constantino Quero Morales. Y nos echó el cuento: «Yo soy presidente simbólico de la Owens Illinois, que es una forma que acostumbran a adoptar esas empresas poderosas, un nacional al frente de la administración, pero la presidencia efectiva siempre es de un extranjero. Salom Mesa me visitó muchas veces ofreciéndome ese fundo para que la Owens Illinois se lo comprara y esa es la razón por la cual ustedes tienen esos registros telefónicos, donde aparezco en contacto con Salom Mesa. Ustedes comprenderán que yo no tengo nada que ver con el secuestro».

—*Esa confesión no vincula a Salom con el secuestro...*

—Estando en ese lío me visita un compadre, César Mata de Gregorio, habíamos estudiado juntos el bachillerato en el Andrés Bello, él no continuó estudios porque se metió en una finca en Altagracia de Orituco. Me llama por teléfono, me dice que viene a Caracas a hablar conmigo por algo que me interesa. Él me tenía afecto. Lo recibo, me expresa que él supone que debo tener un drama de conciencia por el caso del común amigo Salom Mesa, pero él está seguro de que Salom es el secuestrador de Niehous. Me cuenta que desde su casa en los cerros cercanos a Altagracia, un sitio al que iba los fines de semana a hacer parrilla con gente amiga, hay otra casa de un amigo y esa

casa se la pidió prestada Salom Mesa para que Niehous pasara las dos o tres primeras noches de cautivero. Niehous estuvo allí. Eso me tranquilizó mucho la conciencia, porque efectivamente esa fue una operación que no tuvo realmente carácter político, que no fue con fines de buscar fondos para la guerrilla sino que Salom estaba en una situación económica muy mala, perdió el sentido de la realidad en aquel momento y violentando su ser íntimo, porque era un hombre puro, se le ocurrió lo del secuestro de Niehous para resolver su situación.

—*¿Pero cómo se vinculó con los grupos de izquierda que participaron en el secuestro? ¿Cómo se vincula, por ejemplo, con David Nieves?*

—Había dos hermanos Nieves que eran íntimos amigos de Salom. Alberto Nieves, tío de David, y su padre, David Nieves. Alberto Nieves fue muy importante en la organización de AD en Caracas cuando yo fui secretario general del partido en Caracas. Era una familia pastoreña; una hija de David es actualmente magistrada. Y él está ahora de cónsul en Canarias, pero fue el hombre que capturamos cuando intentaron hacer el primer pago por el rescate. Mediante el control telefónico, nos enteramos de que la entrega iba a ser en una plaza por Sarría, pusimos vigilancia y se dio la captura, como dos o tres días después del plagio.

—*El caso fue de alto impacto político, estaba involucrada la Liga Socialista y luego se produjo la muerte de Jorge Rodríguez.*

—Esa fue una sorpresa para mí. Yo no salía del ministerio y de golpe me llama Arístides Lander, un abogado de Barcelona, director de la Disip, y me dice que se le acaba de morir Jorge Rodríguez mientras lo interrogaban. Yo ni siquiera sabía que estaba preso. Le digo que se venga de inmediato para el ministerio y que se trajera al médico que diagnosticó que Rodríguez se había muerto de infarto, porque eso fue lo que me contaron, que lo estaban interrogando y murió de un infarto; no me dijeron que había sido torturado. Llegaron al ministerio, yo los escuché y

pensé: «¡Estos carajos me echaron una tronco de vaina!». Les dije que no creía nada de eso y delante de ellos, para que me escucharan, llamé por teléfono interministerial a José Ramón Medina, Fiscal General, y le expliqué: «Aquí tengo al director de la Disip y a otros dos funcionarios que vienen a echarme el cuento de que murió en tortura Jorge Rodríguez; quieren convencerme de que fue de un infarto». Para que lo oyéran le dije a Medina que yo estaba convencido de que murió en la tortura. «Te agradezco que de inmediato actúes para que la investigación vaya hasta las últimas consecuencias», le solicité. Medina y yo éramos amigos. Al día siguiente di una rueda de prensa, eché el cuento y pedí ser oído en la Cámara de Diputados. Fui y expliqué la muerte de Jorge Rodríguez.

—¿Cómo pudo haber ocurrido eso con un dirigente político como era Jorge Rodríguez?

—Fue una brutalidad de la policía. Los cuerpos armados actúan, pero uno, siendo ministro, no tiene un radar que permita controlar su acción concreta. Estoy convencido, sobre todo en relación a estas policías que no están perfectamente tecnificadas y profesionalizadas, que para ser policía la gente debe tener ciertas características. Creo que todo policía tiene un fondo de violencia. Así que tienen que ser gente muy bien formada, en institutos especiales, donde se prepare al policía moderno, guardián del orden.

—¿Cómo llegan a Jorge Rodríguez?

—No me pidieron permiso, no me alertaron. Yo era un ministro con criterio político, si me hubieran informado que se proponían hacer preso a Jorge Rodríguez, secretario general de un partido, expresidente de la Federación de Centros Universitarios, les habría dicho: «Vamos a ver, en qué fundamentan ustedes esas sospechas». A mí me sorprende Lander cuando me anuncia que ese hombre ha muerto de infarto mientras lo interrogan. Esa es la versión que me dan por teléfono. Lander está vivo y quedó distanciado de mí para siempre.

—También se vinculó al caso a aquel diputado de URD Fortunato Herrera.

—Ese era un personaje pintoresco, folclórico, echón y hablador. Su nombre apareció en el rastreo telefónico. Le pedí a Pedro Mogna que me organizara una entrevista privada con él. Nos vimos en la oficina del doctor Gonzalo Barrios en la fracción parlamentaria. Gonzalo, por ser presidente del partido, tenía allí una oficina privada, que no era de la directiva de las cámaras; esa oficina disponía de dos entradas: una principal, donde estaba la recepción y la secretaria, y otra trasera. Le dije a Mogna que entrara con Herrera por la puerta trasera y yo lo hice por la principal. El hombre habló: «Yo no tengo nada que ver con eso», dijo. Le indiqué que teníamos los registros de las llamadas y entonces se confesó: «Eso es porque yo soy un hablador de pen-dejadas, pero ustedes pueden tener la seguridad de que no estoy en eso». Sin embargo, le allanamos la inmunidad parlamentaria a él y a Salom porque había indicios y sospechas documentadas. Ambos fueron presos.

—¿Por qué el Gobierno no pudo encontrar a Niehous, que pasó más de tres años secuestrado?

—No pudimos. Un alto ejecutivo de la Owens Illinois venía a Venezuela todos los meses, siempre me buscaba, insistiendo en que había la posibilidad de lograr el rescate si se pagaba lo que pedían los secuestradores. Le dijimos invariablemente que si querían hacer ese arreglo a espaldas del Gobierno corrían el riesgo de que los descubriéramos y, si era así, los íbamos a poner presos. Porque el día en que el Gobierno dé el visto bueno para pagar rescate por un secuestro se instalaría el secuestro como la industria más productiva del país, porque secuestrando a un hombre importante se lograban rápidamente unos millones y la tentación sería muy grande, sobre todo de los millonarios venezolanos que no se cuidan, no sé si por confiados o por tacaños.

—Sobre el caso Niehous se han escrito incontables libros, de los cuales se puede sacar la conclusión de que aquello fue una gran improvisación, en la que se involucran los tres o cuatro grupos de izquierda que no se habían pacificado. Siendo tan poco profesionales, ¿cómo les perdieron la pista?

—Ellos se lo llevaron para Bolívar, en esa parte del estado que está deshabitada, de tierra muy dura, muy poco fértil, buena para sembrar merey. Lo entregaron en el inicio del gobierno de Luis Herrera. Yo estaba convencido en los últimos meses de que eso estaba arreglado, porque hablaba con el gringo y se descubría que él iba a hablar conmigo como un ritual.

—¿Por qué no pactaron por su cuenta?

—No se atrevían, pensando que podían ser interceptados. Porque el Gobierno siempre estuvo dispuesto a actuar. Si hasta cerramos RCTV por 72 horas cuando Adelso Sandoval, aquel periodista vinculado a AD y hasta conmigo, transmitió una entrevista imaginaria con Niehous. En esa ocasión se nos fue la mano cuando cerramos RCTV por 72 horas, fue una «jefecivilada».

—¿Y la decisión la tomó usted?

—Pero con el visto bueno del presidente Pérez. Luego ambos lo lamentamos, fue realmente un abuso, era para un cierre de horas si acaso, para dejar el precedente.

—¿Alguna vez se topó con Jorge Rodríguez hijo?

—Nunca me lo he encontrado.

—¿Ese fue el caso más difícil que enfrentó como ministro?

—Por supuesto, sin duda.

UNA COSA OSCURA EN ACCIÓN DEMOCRÁTICA

El «ministro policía» gana las elecciones en 1973. Se inaugura una nueva forma de hacer política. Carlos Andrés Pérez promete democracia con energía. Camina y camina por todo el país, nada lo detiene. AD vuelve al poder con una fuerza inusitada. Es tiempo de desmesura, pero también de realizaciones espectaculares. Venezuela nunca más será la misma. El chorro petrolero, desatado por la guerra del Yom Kippur en el Medio Oriente, impulsa la industrialización acelerada de Ciudad Guyana, la creación del programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho y del Fondo de Inversiones de Venezuela, la política de pleno empleo y el otorgamiento de créditos para potenciar el surgimiento de un nuevo sector económico diferente de los Amos del Valle, las tradicionales familias pudientes de Caracas. Pérez nacionaliza las industrias del petróleo y el hierro, en actos de reafirmación venezolana que tuvieron amplísima acogida y respaldo. Es, además, la Venezuela del «ta' barato, dame dos», un espíritu consumista que trasciende las fronteras nacionales. Los venezolanos son los nuevos ricos.

En 1975, Pérez nombra ministro del Interior a Octavio Lepage. A la distancia este hace un examen crítico de aquella administración que, tras su apogeo mayúsculo, concluyó envuelta en una investigación parlamentaria por corrupción, un fenómeno que se destapó en ese período y que sería, en los años siguientes, el centro de debates encrespados —y ataques desde todos los flancos— en la denominada democracia puntofijista. Lepage revisa el comportamiento equívoco de su partido, presagio de futuras tormentas.

—En 1973 llega Carlos Andrés Pérez al Gobierno, comienza la era de «La Gran Venezuela», ¿cuál es el balance que hace usted de ese período?

—Carlos Andrés, sin la menor duda, tenía la concepción y la voluntad de gobernar de una manera dinámica, si se quiere más audaz; en el fondo tenía deseos de diferenciarse, acentuando su personalidad. El hecho de que llegara aquella bonanza petrolera inesperada, tan grande, que le aportó a Venezuela ingresos importantísimos, lo llevó a exagerar, en mi opinión, ese deseo de innovar y de dinamizar el país. Por ejemplo, la iniciativa de transformar a Ciudad Guayana en un centro de industria pesada, en principio, fue buena porque Venezuela estaba prácticamente limitada a producir petróleo, a vivir de sus rentas, de sus ingresos petroleros; y dedicar aquellos cuantiosos ingresos a fomentar las empresas de Guayana y a transformarla en un centro de la industria pesada fue básicamente positivo, pero pisó el acelerador a fondo y eso no era posible. El desarrollo industrial de un país necesita una serie de fundamentos, de bases de sustentación; una de ellas es que existan cuadros técnicos y gerenciales suficientemente capacitados para dirigir ese tipo de empresas y esos cuadros no existían en Venezuela, que había vivido básicamente del petróleo y de actividades económicas productivas en muy pequeña escala; algo de ensamblaje, con aquellas políticas de sustitución de importaciones, y en el campo lo mismo. El país no estaba suficientemente preparado para esa transformación tan espectacular. Hubo que importar muchos técnicos de otros países, hasta mano de obra para la construcción y el arranque de esas empresas básicas y, al final, eso significó un endeudamiento muy grande de Venezuela, endeudamiento que de allí en adelante pesó sobre todos los gobiernos. CAP, en el balance de su obra de gobierno, cometió muchos errores debido, más que todo, al deseo de hacer cosas aceleradamente, pero también alcanzó muchos aciertos.

—¿Cómo fue la designación de Carlos Andrés Pérez como candidato?

—Fue electo en una convención celebrada en el cine La California, compitió con Reinaldo Leandro Mora.

—¿Betancourt a cuál apoyaba?

—Betancourt en aquel momento vino de Berna sin definirse públicamente. Creo que en el fondo estaba inclinado por Carlos Andrés, porque había sido su hombre de confianza, su secretario privado cuando él fue presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, y siempre se mantuvo muy cerca de Rómulo; es más, en el exilio, aunque Carlos Andrés estaba en Costa Rica y Betancourt en Puerto Rico, fue quien le mantuvo toda su red de contactos, de información y de movilización. Era de su íntima confianza.

—¿Y luego fue su ministro del Interior?

—Primero fue viceministro de Luis Augusto Dubuc y luego sucede a este. Se echó encima el peso de combatir la subversión extremista.

—¿De allí le vino el mote de «ministro policía»?

—Claro, y él va a la contienda electoral con ese inri del ministro policía, no sé si era inri o la gente en la calle, el grueso de la gente, lo veía como algo positivo; pero en todo caso él fue ministro policía hasta que llegó a la Presidencia, donde fue despojándose de aquella imagen.

—Que lo había hecho en la campaña, con su ropa y su presencia en general.

—Claro, las patillas, las camisas de cuadros, las grandes caminatas, una estampa muy moderna para la época.

—Muy diferente de lo que transmitía el candidato copeyano, Lorenzo Fernández.

—Fernández era un hombre pausado, un tanto adocenado, aunque importante en la conducción política nacional.

—¿Quién fue el jefe de campaña de Pérez?

—Creo que no tuvo jefe de campaña, creo que fue él mismo. Al frente de la agencia Corpa estaba Roger De'Etivian, un belga extraordinariamente inteligente, de la publicidad privada, sin experiencia como consultor político, pero que hizo aportes iniciales muy sustantivos, muy concretos, muy importantes a la campaña. Ayudó, además, una empresa de publicidad relativamente pequeña, de Santiago Blanco, un español muy honorable, muy competente, que hizo fortuna en Venezuela con esa empresa. Y se consultaba constantemente la opinión del fundador y dueño de ARS, Carlos Eduardo Frías.

—*Para AD se trataba de recuperar el gobierno que había perdido en la elección anterior, donde triunfó Rafael Caldera. ¿AD estaba confiada en que podía ganar?*

—Estábamos bastante tranquilos porque todas las investigaciones de opinión confiables indicaban que AD tenía mucha fuerza.

—*¿Y el gobierno de Caldera, a pesar del éxito de la pacificación política, tenía fallos notorios?*

—El gobierno de Caldera falló primero en la obra administrativa. Recuerdo una historia que Caldera nunca me perdonó. Cuando Carlos Andrés, como presidente electo, recorrió el país para darles las gracias a los venezolanos por haberlo favorecido con sus votos, en la gira que hizo por Oriente me invitó y lo acompañé a Anzoátegui, Monagas y Sucre. Cuando termina la gira en Sucre tuve que venirme a Caracas de urgencia, no lo podía seguir acompañando, se lo expliqué y me vine. Cuando llego a Maiquetía, el corresponsal de *El Nacional*, el «Gordo» Jesús Losada Rondón, que luego cubrió Miraflores por años, me preguntó: «¿Doctor Lepage, qué impresión tiene usted de esta gira?». «Yo creo —le dije— que el presidente Caldera ha dejado el país en la carraplana», y esa vaina nunca me la perdonó Caldera. Pero realmente fue la impresión que recibí, de un país abandonado, arruinado, las carreteras sin mantenimiento, las poblaciones feas, descuidadas. Caldera falló en eso porque en las grandes líneas de

acción política lo hizo bien, toda esa cosa de la pacificación que fue muy positiva, una política que había iniciado Raúl Leoni pero él la desarrolló, la perfeccionó.

—*¿AD le dio el apoyo para la pacificación?*

—Sí, siempre estuvimos de acuerdo, además estaba vigente el Pacto de Puntofijo. Aunque a medias, el acuerdo nunca se rompió con Copei.

—*Ese gobierno de CAP, en que el Estado crece sin parar, el Estado como gran dueño de la riqueza petrolera, que potencia las industrias básicas, que ofrece pleno empleo, que nacionaliza el petróleo y el hierro, ¿AD veía aquello con cuidado, con peligro?*

—La nacionalización, por ejemplo, fue una iniciativa que recibió un apoyo unánime de Copei y de todos los partidos. Cuando se discute en el Congreso la ley correspondiente surgió el problema del famoso artículo quinto, que permitía que la industria petrolera nacionalizada celebrara acuerdos específicos limitados y concretos para ampliar y desarrollar proyectos que exigieran unas inversiones muy grandes. Cuando no estuviera el Estado venezolano en capacidad de aportar esas cantidades tan grandes, podía suscribir convenios con empresas multinacionales para desarrollos conjuntos con aporte de capital extranjero, pero siempre conservando el Estado venezolano la mayoría accionaria, lo que luego se llamó las alianzas estratégicas. Es más, este gobierno de Chávez, que surgió con críticas atroces contra esa política, sin embargo, la está aplicando ahora porque la Faja del Orinoco está siendo explotada por empresas mixtas, de capital venezolano 60 por ciento y capital extranjero 40 por ciento.

—*Lo que viene a ser muy parecido al artículo quinto.*

—Solo que en vez de buscar multinacionales poderosas, buscan empresas de dudosa competencia, en Vietnam, en Bielorrusia, en países que no tienen ni mucha plata ni tecnología. En el debate sobre la nacionalización del petróleo se unificó la oposición para rechazar el artículo quinto. Sin embargo, se aprobó

porque AD tenía mayoría, creo que también lo apoyó el PCV en esa ocasión, pero la oposición más seria que hubo fue la de Juan Pablo Pérez Alfonzo, con su autoridad muy bien ganada. Para él, el artículo quinto iba a resultar funesto. Se equivocó.

—¿No era miembro del Parlamento?

—No, él criticó desde afuera, con mucha dureza, con mucha vehemencia se opuso, pero de todos modos se aprobó y funcionó.

—¿Pérez Alfonzo era una posición solitaria?

—Solitaria dentro de AD, pero el resto de las fuerzas políticas estaban coincidiendo con él. Básicamente Copei, URD, el MAS, que ya estaba en el Congreso. Y Arturo Hernández Grisanti, que era nuestro especialista en petróleo en el Congreso, estuvo también en contra del artículo quinto, de manera que votamos también contra Arturo, que se exoneró de asistir a la sesión.

—¿Hernández Grisanti fue un hombre difícil?

—Muy difícil, pero muy recto, muy leal, un venezolano de primera. Luego ministro de Pérez en el segundo gobierno.

—Con el primer Pérez, surge el grupo de «Los 12 Apóstoles», ¿quién inventó el término?

—Aunque CAP lo niega en sus memorias, considero que fue Luis Piñerúa en un fogoso discurso en la Cámara de Diputados quien habló por primera vez de «Los 12 Apóstoles». Con ello se robó el show en el debate sobre la corrupción. Piñerúa tenía, sin duda, la sicología del incorruptible, un tanto a lo Robespierre. Habiendo transcurrido más de 30 años de aquellos debates arduos, se aprecia que la antipolítica utilizó la corrupción como arma principal para desacreditar a los políticos. Los dirigentes caímos en la trampa y las acusaciones mutuas de corrupción le hicieron el juego a aquel enfoque miope de la realidad. Hoy estamos pagando las consecuencias.

—Lo de «Los 12 Apóstoles» fue visto como la irrupción de una nueva clase económica que venía a sustituir a los Amos del Valle.

—Carlos Andrés Pérez nunca ocultó su determinación de estimular la aparición de un nuevo sector de empresarios para que la economía nacional no continuara a perpetuidad bajo el control de los oligopolios, de los ricos tradicionales, de los llamados Amos del Valle. En el desarrollo de esa política, el Gobierno concedió créditos para el establecimiento de nuevas empresas. Hasta el momento no se han presentado pruebas para fundamentar la acusación de que tales créditos estimularan la corrupción, o el aprovechamiento indebido de recursos públicos para el enriquecimiento de unos cuantos amigos.

—¿A quiénes engloba la denominación?

—No puedo hacer precisiones en ese sentido porque, sinceramente, no le presté la debida atención a este aspecto de la lucha interpartidista. Sin embargo, recuerdo algunos nombres que sonaron mucho en esos tiempos. Uno de ellos: Siro Febres Cordero. Él recibió un crédito jugoso para establecer una planta de cemento, Cementos Caribe. Tuve la ocasión de visitarla y me di cuenta de que los recursos otorgados efectivamente se habían invertido en construir una fábrica modelo. Terminó siendo vendida, seguramente por temores políticos, a un consorcio cementero extranjero. Luego, este gobierno la estatizó al igual que a las otras cementeras. De exportadores de cemento hemos pasado a importadores, y ha surgido la poderosa mafia de los cementeros, que especula impunemente manipulando los precios. Otro caso que recuerdo es el de Cementos Catatumbo, establecida con crédito otorgado a los hermanos Pineda Beloso, de Maracaibo.

—¿Pedro Tinoco era parte del grupo?

—No sé con exactitud. En todo caso, Tinoco era el mentor lúcido y audaz de los grupos económicos tradicionales y de los nuevos. CAP casi siempre tenía en cuenta sus opiniones sobre política económica y la marcha de los negocios.

—Durante el gobierno de Pérez explota el fenómeno de la corrupción, es cuando se hace visible.

—Aunque pudiera considerarse clavo pasado y resulte difícil limpiar a la Cuarta República de la imagen de corrupta que se le creó, se impone indagar la verdad histórica. En ello debemos empeñarnos los deudos de la Cuarta República, sin sucumbir a la tentación de tratar de explicarnos y justificarnos señalando la escandalosa corrupción que ha proliferado en los últimos 14 años. El restablecimiento de la verdad histórica debería iniciarse con una comisión de la verdad, integrada por ciudadanos y ciudadanas de reconocida integridad, honorables, imparciales, al mismo tiempo que resueltos a llevar la investigación hasta sus últimas consecuencias. Por lo pronto, hacemos un llamado a los periodistas de investigación para que indaguen la verdad sobre ese período. Hasta les sugerimos un título a esa historia: «Las fortunas de la Cuarta República».

—Al final del gobierno de Pérez se conoce el asunto del barco Sierra Nevada, que visto a la distancia fue una cosa pequeña, pero fue muy publicitado y muy investigado en su momento.

—Y con razón, fue motivo de grandes debates políticos en el Congreso. En el conocido caso del Sierra Nevada hubo una comisión importante, incluso los propios beneficiados se conocen: fueron John Raphael y el ministro Luis Álvarez Domínguez, pero ¿cómo se iba a vincular a eso, como se hizo, al presidente de la República? ¿El Presidente tiene acaso un radar para detectar cuándo un ministro subalterno comete una vagabundería? No. Cuántas personas, siendo yo ministro del Interior, no pedirían comisión para sacar un pasaporte, una visa, una vaina, y yo no podía enterarme. Si te enteras y no procedes eres cómplice, pero si actúas no.

—De hecho, Pérez fue sometido al juicio del Congreso Nacional.

—Claro, lo eximieron de responsabilidad política por un voto, que fue el voto de José Vicente Rangel, pero le aprobaron responsabilidad moral. Leopoldo Díaz Bruzual, el «Búfalo», que era presidente del BCV, fue el que olfateó la negociación, la averiguó, se detectó la compra y debió actuarse contra los que ejecu-

taron el negocio, o sea Raphael y el ministro Álvarez Domínguez, pero no se podía vincular al Presidente. ¿Si un presidente estaba dispuesto a pedir una comisión por qué iba a tener la complicidad de subalternos? No la tendría. Hay un episodio que da luces sobre esto. En una ocasión, a Pérez lo llama Argenis Gamboa, presidente de la Siderúrgica del Orinoco, y le indica que tiene urgencia de hablar con él. Carlos Andrés le dice que se venga, el hombre llega y le cuenta que el representante de un consorcio alemán lo visitó y le dijo que venía a pagar lo que faltaba de la comisión. Es decir, alguien había pedido una comisión no solo a espaldas del presidente de la República, sino del presidente de Sidor. Si ese ejecutivo alemán no lo visita y le plantea eso no se hubieran enterado nunca de que un subalterno, jefe quizás de una empresa pública, estaba haciendo un negocio sucio. Nosotros, en todo caso, cargamos con eso, y dentro y fuera de Venezuela hay la imagen de que la democracia venezolana fue una democracia corrupta. Yo creo que esa imagen, aunque sea inútil, hay que hacer un esfuerzo por revertirla.

—En ese entonces la Comisión de Ética de AD revisó el caso y emitió juicio y luego Pérez tuvo que ir a los debates en el Congreso. Ese fue el primer intento de someterlo a responsabilidades penales. Creo que fue Jovito Villalba quien hizo público que había una conspiración contra Pérez, ¿la había?

—Yo creo que sí, creo que hubo una cosa oscura que nunca se averiguó y que es muy difícil de averiguar porque esas cosas no dejan rastro, en la propia dirección de AD, ahí pasó algo raro, ahí jugaron factores políticos internos.

—¿Con gente de la oposición?

—Por supuesto, por supuesto.

—Se mencionó, en particular, a Marcos Falcón Briceño.

—Él era presidente de la Comisión de Ética, que dio el visto bueno, una vez que el Congreso aprueba la responsabilidad moral de CAP. La comisión ética también le dio luz verde a aquello.

—*Falcón Briceño había sido canceller de Betancourt.*

—Canciller y amigo íntimo de Betancourt. Pero él se justificaba diciendo que con una opinión tan en guardia contra AD y sus gobernantes no se podía cerrarle el paso a una investigación o tratar de cerrarle el paso, porque eso iba en cierta manera a reforzar esa tesis de que nosotros éramos corruptos y propiciábamos la corrupción o la tolerábamos. Nosotros no podíamos en la comisión sino hacer lo que hicimos, decía Falcón Briceño. Sin embargo, siempre ha existido la sospecha de que la Comisión de Ética de alguna manera recibió presiones políticas internas para que diera luz verde.

—*Se habló en aquel momento de que la mano de Betancourt estaba en eso.*

—Dadas las vinculaciones tan íntimas entre Betancourt y Falcón Briceño, tiene base la especulación, pero quien conozca la integridad moral de Betancourt sabe que eso está descartado, porque Betancourt le hubiera dicho en la cara a Pérez: «Tú eres un ladrón, tú estas en esta vaina». Tenía los cojones y el valor personal y cívico para decírselo.

—*¿Fue en ese momento en que comenzó a resquebrajarse la relación entre Betancourt y Pérez?*

—Ese estilo fastuoso de Carlos Andrés, la espectacularidad de sus actuaciones, en eso Betancourt no estaba de acuerdo, él era partidario de la sobriedad republicana, nada de excesos.

—*En esa época se hablaba del «perecismo» y usted era visto como un hombre de esa corriente interna.*

—Bueno, sí y no.

—*Lusinchi, Canache Mata y usted.*

—Pérez y yo éramos muy buenos amigos, teníamos bastante intimidad, pero yo soy una persona, no sé si debo decirlo, medio rara en mi manera de ser. Muy alejado de hacer antesalas a nadie, ni tratando de ponerme bien, eso nunca me interesó. A los grandes jefes les gusta que los adulen.

—*¿Y Pérez tenía sus aduladores?*

—Por supuesto, todos los presidentes.

—*¿Puede un hombre con ese carácter ser llevado por los aduladores a hacer algo de...?*

—Carlos Andrés era un hombre de peso específico, de grandes condiciones de político, y esa idea de que estaba enriquecido yo creo que la propia realidad familiar, por ambos lados, debe estarla desmintiendo. Por el lado de doña Blanca y por el lado de Cecilia Matos y sus dos hijas. Eso de que tenía riqueza hasta ahora no se ha visto.

—*¿No era un hombre corrupto Pérez?*

—En absoluto, en absoluto, no era un hombre corrupto, era un hombre austero.

LA PEQUEÑA HISTORIA DE ESCOVAR SALOM

Se define a sí mismo como un político peculiar. De ambiciones limitadas. Seguramente por ello, Luis Piñerúa y Jaime Lusinchi, compañeros de generación, con méritos similares, aspiraron a la candidatura presidencial de su partido antes que él. Lusinchi, incluso, lo hizo en dos ocasiones y a la segunda lo logró. Él fue el segundo hombre en el gobierno de su compañero de estudios en primaria, y gran amigo. Igual posición había desempeñado en el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. Cultivó ambas relaciones y conoció, de primera mano, el origen de las rivalidades entre los dos expresidentes.

Miembro del Comité Ejecutivo Nacional de Acción Democrática por décadas —actividad que complementaba con su ejercicio como parlamentario—, Octavio Lepage estuvo presente en la reunión en La Casona en la que apareció, de improviso, el nombre de Ramón Escovar Salom para ocupar la Fiscalía General de la República en el segundo mandato de CAP. Se buscaba un candidato de consenso entre las diversas tendencias partidistas. A un nombre sucedía otro. A una objeción se anteponía otra. Con Escovar Salom solo hubo una voz discordante. Poca cosa cuando Gonzalo Barrios, respetado por todos, dio el visto bueno. Pérez aceptó sin reservas y sin rencores. Lo pasado, pasado está, habrá pensado. Solo uno entre todos los dirigentes adecos de aquel desayuno en el despacho presidencial advirtió el peligro. Y acertó.

—Cuando llega el momento de pensar cuál sería el candidato en la elección presidencial de 1978 se asomaron dos aspirantes para suceder a Carlos Andrés Pérez: Luis Piñerúa y Jaime Lusinchi. Yo era ministro del Interior de Pérez y Jaime era jefe de la fracción parlamentaria. Un día me llama, una noche, porque sabía que siempre que había sesión en la cámara me quedaba en el ministerio hasta que terminaba la sesión, por si se presentaba algo inesperado. Entonces, me llama Lusinchi como a las nueve de la noche y me dice que acaba de terminar la sesión y que si puede ir a conversar conmigo. Le dije que se viniera, que nos tomaríamos un trago. Llegó, pedimos un whisky, nos tomamos otro y me dice: «Octavio, ¿tú vas a aspirar a la candidatura?». Una pregunta a boca de jarro.

—¿Era qué año, 1977, 1978?

—A finales de 1977. Riéndome le dije: «¿Y ese disparo al pecho?». Él se explica: «Es que si tú aspiras, yo no aspiro, yo te reconozco a tí el derecho de ser candidato antes que yo, pero si tú no aspiras, yo voy a aspirar». Le respondí: «Aspira tú, Jaime, yo no voy a aspirar». Esa es la historia, no tiene testigos, era entre él y yo. Aunque amigos cercanos conocieron el episodio.

—¿Y usted por qué no quiso aspirar?

—La verdad no había pensado en eso.

—Quizás usted, como ya me ha comentado, no estaba plenamente convencido de ser político...

—Fui un político peculiar, porque he tenido pasión por la política toda la vida pero mi ambición era limitada, nunca pensé que todo líder político tenía que aspirar a la Presidencia.

—Muchos venezolanos, sin estar en las posiciones que usted tuvo, lo han hecho.

—Exacto. Al final Lusinchi fue aspirante y Piñerúa lo derrotó, en unos colegios electorales en los que votaron aproximadamente 80.000 militantes.

—¿Lusinchi era el candidato de Pérez?

—Carlos Andrés no se definió.

—¿Ni internamente, aunque no lo hiciera público, no ayudó a uno más que al otro?

—En el fondo podía ser partidario de Piñerúa, a pesar de que Piñerúa había sido muy duro en su campaña anticorrupción. En todo caso, Lusinchi fue derrotado, pero luego vuelve a aspirar y gana frente a David Morales Bello, que sí era el candidato de Pérez.

—Termina el período de CAP y luego Piñerúa pierde las elecciones. Habían nacionalizado el petróleo, el hierro, se acuñó aquello de que «Con AD se vive mejor», ¿por qué se pierde?

—Quizás influyó en la derrota la personalidad de Piñerúa, un hombre inteligente y de una integridad personal intransigente. Eso lo hacía muy poco flexible, no era simpático, no tenía carisma, el famoso factor carisma que es tan importante. Pérez, antes de ser candidato no era carismático, porque tenía la imagen del ministro policía, pero empezó a caminar, se dejó las patillas, se puso aquellas camisas de cuadros, abrazando gente por toda Venezuela y rápidamente se borró esa imagen y se hizo un hombre popular. Piñerúa no tenía esas facultades, era demasiado enterizo.

—¿Más que el Gobierno fue el candidato la causa de la derrota?

—Es posible.

—¿Y ustedes sabían que con Piñerúa iba a ser difícil ganar?

—Era presumible.

—Además, Luis Herrera hizo una campaña muy intensa, implacable, con la cuña de Carlota Flores. Decían que era el más adeco de los copeyanos...

—Era profundamente antiadeco. En una célebre reunión de su partido en San Antonio de los Altos, que se filtró a la prensa, él planteó la destrucción de Acción Democrática.

—¿Era una línea de Copei o de Luis Herrera?

—Él la impuso en Copei. Es extraño su antiadequismo visceral. Su hermano Pablo Herrera fue nuestro amigo consecuen-

te, parlamentario postulado en planchas de AD y gobernador de Portuguesa, pero Luis Herrera Campins era una persona complicada, con algún trauma raro.

—¿Usted lo trató?

—Superficialmente.

—Con el gobierno de Herrera Campins viene un frenazo al crecimiento económico.

—Él tiene la ocurrencia poco responsable de nombrar presidente del Banco Central de Venezuela a un hombre de las características de Leopoldo Díaz Bruzual, el «Búfalo», inteligente pero loco. No tenía control de sí mismo, carecía de condiciones para desempeñar un cargo de tanta responsabilidad. Exhortaba a la gente a comprar dólares y a que sacaran la plata para el exterior. Provocó el famoso Viernes Negro, el 18 de febrero de 1983.

—Se vivió una pugna interna en el Gobierno por el rumbo económico...

—Entre Díaz Bruzual y Arturo Sosa, ministro de Hacienda. A mí me llama la atención que un hombre tan inteligente como Herrera Campins, que se preparó para ser Presidente, incurriera en la ligereza de nombrarlo para ese cargo. Todo el mundo en Venezuela sabía quién era Díaz Bruzual, un tipo pintoresco, con una lengua viperina, inteligente, chistoso, pero de chistes crueles, coño, y lo nombra y lo mantiene en el BCV.

—Usted regresa al partido una vez finalizado el gobierno de Pérez, ¿se había fortalecido la amistad entre ambos?

—La amistad nació antes de la campaña y se estrechó aun más en el ministerio. Como será que un buen día, cuando existía esa imprecisión de que si Rómulo Betancourt aspiraría o no a la reelección, Carlos Andrés me confía un secreto: «Viajaré a Berna para despejar esta incógnita, voy a arrancarle a Rómulo la confesión de si va a aspirar o no, porque si él aspira yo no aspiro, yo aplazo mi candidatura, porque Betancourt tiene ese derecho». Se fue a Berna, regresó y me dijo que venía convencido

de que Betancourt iba a aspirar. «Prorrogué mi visita por diez días y no hubo manera ni directa ni indirecta de que me diera algún indicio de lo que va a hacer. Yo, que lo conozco, regreso convencido de que sí va a aspirar, y, como te dije, declino por completo mi aspiración».

—¿Esa amistad suya con Pérez se mantuvo en la vida familiar?

—Se resintió cuando aspiré y competí frente a él. Nos separamos, no nos frecuentamos.

—¿Nunca más se vieron?

—Solo en encuentros casuales, pero se congelaron las relaciones personales.

—Usted debe conocer cómo fue la separación entre Pérez y Lusinchi, ¿qué episodios específicos hubo?

—Según versiones que circularon entonces, hubo dos episodios que acentuaron el distanciamiento. El señalamiento que CAP le hizo a Luisinchi sobre la inconveniencia de la presencia activa de Blanca Ibáñez en Miraflores, que Lusinchi consideró una impertinencia, un trapo rojo. Y el otro episodio fue la escogencia de Manuel Peñalver como secretario general de AD, exigido por el Buró Sindical para apoyar la candidatura de Lusinchi. Carlos Andrés se opuso fuertemente a tal designación, con el argumento de que un partido policlasista, como AD, no debía ser dirigido por un líder sindical.

—Pérez confió alguna vez que la elección de Peñalver fue el peor momento de AD, porque además de que era un sindicalista, él no le veía entidad para dirigir un partido como AD.

—Sí, a él eso no le gustó nada.

—Pérez, un hombre de gran arraigo popular, al mismo tiempo podía suscitar odios enconados, por ejemplo de Rafael Caldera, de Arturo Uslar Pietri, o ciertos medios de comunicación. ¿Le guardaban cuentas?

—Para Caldera fue un trauma terrible que Carlos Andrés derrotara a Lorenzo Fernández. Caldera no lo superó nunca.

—¿Era la derrota de su ejercicio de gobierno?

—Era como una derrota de él. Creo que eso separó a Caldera, un hombre de odios inmortales, de Pérez por completo.

—Tampoco es que hubieran tenido mucho contacto...

—Tampoco, pero Pérez era un político e hizo todo lo posible por mantener buenas relaciones con Caldera, aunque este siempre lo tuvo con la mano en el pecho.

—¿Pero qué le veían a Pérez que había enfrentamientos tan duraderos?

—Lo de Uslar Pietri era con todos los adecos; él nunca olvidó lo de 1945. Uslar se sentía ya presidente de la República, consideraba que era inexorable que él llegara a la Presidencia, quiso serlo al final del gobierno de Medina pero se interpuso el andinismo. Hay una leyenda que explica por qué a Medina no le era posible apoyar a Uslar, el hombre de confianza suya en el Gobierno, el que más lo ayudó, un hombre eminente: visitaron a Medina los generales tachirenses y varias personalidades civiles importantes del Táchira para advertirle que no tolerarían que el próximo presidente no fuera andino, que podían aceptar incluso que no fuera militar, pero que tenía que ser andino. Habían aceptado a regañadientes la candidatura de Diógenes Escalante, que no les gustaba mucho, porque para ellos lucía como un hombre demasiado civilizado, que había estado siempre en el exterior en misiones diplomáticas. Fue por esa razón que se terminó escogiendo a Biaggini, civil, pero tachirense.

—Otro de los rencores enconados fue el de Ramón Escovar Salom, ¿usted recuerda el episodio que desató esa profunda antipatía?

—Cuando Pérez lo sustituye en la Cancillería, durante su primer gobierno. Llegó un momento en que a Carlos Andrés le resultó intolerable la presencia de Ramón Escovar en el gabinete y decidió cambiarlo.

—¿Por qué le resultaba intolerable?

—Quién sabe, Ramón era un hombre muy pretensioso, muy presumido.

—*Había tenido problemas con Betancourt.*

—Sí, con todo el mundo. Escovar fue militante de AD, su padre el doctor Ramón Escovar Albizu, abogado eminente de Lara, había sido dirigente de AD en ese estado, y Ramón fue militante de AD, se ve que por influencia del padre, desde muy joven. Era muy ambicioso. Electo diputado en 1947, se hizo la propaganda de ser el diputado más joven en América Latina. Al producirse el golpe lo hacen preso al igual que a otros diputados. El hombre resultó pataruco. Al llegar a la Cárcel Modelo comenzó a llorar y pidió que le llamaran al general Oscar Tamayo Suárez, su paisano. Cuando llegan para ponerlo en libertad, que gritan «Escovar con sus corotos», él creyó que lo iban a trasladar a otra cárcel y empezó a gritar, pero lo dejaron en libertad porque Tamayo había intercedido a su favor. En la calle, siendo yo secretario general clandestino, lo llamo, éramos compañeros, amigos de la universidad, y le digo: «Ramón, estamos en esto, reconstruyendo el partido, esperamos que tú con tus capacidades —porque él era muy vanidoso— nos ayudes». «No, no puedo», me dijo. Terminamos expulsando a Escovar de AD en la clandestinidad.

—*Pero luego volvió al poder con los gobiernos adecos...*

—Cuando viene la democracia, era un hombre bien formado, inteligente y se le acercó a Gonzalo Barrios, lo cultivó a fondo y Gonzalo, hombre sensible a la gente culta e inteligente, lo protegió. Al mismo tiempo, cultivó mucho a Caldera. Carlos Andrés lo nombró canciller, y cuando olfateó que iba a ser sustituido, comenzó el juego de la candelita. No había manera de localizarlo en el exterior, donde estaba cumpliendo una misión. Después de una espera prudencial, Pérez procedió a reemplazarlo. Eso para Escovar resultó una ofensa mortal y se transformó en un odio inmortal contra Carlos Andrés.

—*¿Y cómo llega a ser Fiscal, si había sido expulsado, destituido y luego le dan esa posición?*

—Él había logrado a través de Barrios que lo nombraran embajador en Francia. Pasa por París Carlos Canache Mata, Escovar lo invita a cenar en su residencia y en el curso de la conversación le dice a Canache, como ha visto en la prensa que hay dificultades para encontrar candidato a Fiscal, que él se ponía a la orden. Canache regresa a Venezuela, le cuenta a Barrios la conversación con Escovar y a él no le pareció mala esa opción. En la próxima reunión del CEN del Gobierno en La Casona, que siempre era un desayuno, cuando se llega al punto del Fiscal, surgió el nombre de Rafael Pérez Perdomo, que había sido abogado de Marcos Pérez Jiménez, pero Piñerúa, siempre tan recto, se opuso: «No, no, ese señor no puede ser porque fue abogado de Pérez Jiménez», dijo y liquidó a Pérez Perdomo. Entonces Canache relata su encuentro en París con Escovar, añadiendo que se lo había comentado al doctor Barrios, a quien le parecía bien el candidato. Conocida la opinión de Barrios, CAP dijo que no tenía inconveniente.

—*¿Y nadie se opuso?*

—Sí. David Morales Bello le dijo a Carlos Andrés: «Presidente, ese hombre lo va a enjuiciar». Debo confesar que yo, a pesar de que lo había marginado de AD, voté por él. De la sanción habían pasado 40 años y eso estaba en el olvido. Salió electo, coño, y se cumplió lo que había alertado Morales Bello.

—*¿Cómo Pérez, hombre tan avezado en la política, podía cometer tales ingenuidades?*

—Era un hombre muy generoso, no abrigaba odios realmente, eso era sincero en él, no era cálculo político, no le nacía odiar a nadie y era sensible a los razonamientos que tú podías hacerle para favorecer a una persona con la cual él podía tener reservas.

—*Muy distinto a Betancourt, ¿no?*

—Claro, claro. Yo vi a Rómulo dejar con la mano extendida a más de una persona, a los perezjimenistas, por ejemplo. El único que logró hacerlo reír fue Rafael Paredes Urdaneta, padre

de quien fuera ministro de la Defensa con Carlos Andrés, Fernando Paredes Bello. Paredes era un gran cortesano, había sido cónsul en gobiernos anteriores a AD, y en una recepción en la Casa Amarilla, siendo Betancourt presidente de la Junta Revolucionaria, entra Paredes Urdaneta, se le acerca a saludarlo y le dice: «Presidente, yo sé lo que usted está pensando». Betancourt se queda mudo y aquél agrega: «Usted está pensando qué sinvergüenza es este Paredes Urdaneta». Rómulo soltó la carcajada.

—*En los momentos de la caída de Pérez, cuando usted es presidente del Congreso, ¿conversaban?*

—Visité a Carlos Andrés cuando tenía casa por cárcel.

—*¿Cómo lo sintió?*

—El CAP de siempre, sin rencores. Tuvimos una plática cordial, volví dos o tres veces. Y en el exterior no lo fui a ver porque en los 14 años de Chávez yo he salido dos veces de Venezuela, las dos para visitar a mi único hijo que vive en Atlanta. Desde allí lo llamé las dos veces que fui y conversamos por teléfono. Fueron, tal vez, las últimas veces que hablamos.

LA BOTIJA NUNCA ESTUVO LLENA

«No me dejen ser un pobre poderoso solitario», pedía Jaime Lusinchi a los venezolanos el 2 de febrero de 1984 al tomar posesión como presidente de la República, para iniciar el sexto mandato constitucional desde la recuperación del régimen democrático en 1958. Al final de ese período (1984-1989) el país vivía una paradoja inexplicable: el Presidente concluía su mandato con alta popularidad —reiterada sistemáticamente en las encuestas— en un país constreñido por la deuda, mermado en sus recursos y con síntomas preocupantes de desabastecimiento. La política de pagar hasta el último centavo de las acreencias externas dejó exangües las arcas nacionales. El hombre de la sonrisa afable, bonachona, que había derrotado a Rafael Caldera en 1983 por una abrumadora diferencia, cumplía con entregar el poder al candidato de su propio partido, Carlos Andrés Pérez.

A Octavio Lepage lo une una amistad entrañable con Jaime Lusinchi. Ambos son del estado Anzoátegui, hicieron la primaria en una escuela de Barcelona, padecieron el exilio, compartieron jornadas parlamentarias y se confiaron aspiraciones presidenciales. Nunca se supo de una enemistad entre ellos. Juntos, uno como Presidente, el otro como ministro del Interior, cargaron con la responsabilidad de sacar adelante una gestión que, a juicio de Lepage, estuvo signada por el país que les entregó Luis Herrera Campins después del descalabro del Viernes Negro, la emblemática fecha del 18 de febrero de 1983.

La prudencia conduce los pasos de Lepage por este período. La presencia de Blanca Ibáñez en los asuntos del poder, el trámite de divorcio de la pareja presidencial, el papel de Recadi (Régimen de Cambios Diferenciales) como mecanismo de control de divisas y, a la vez, de voluntades, completa un cuadro singular y delicado. Al final, su balance es positivo.

—¿Era Jaime Lusinchi un hombre receloso de los medios?

—Blanca Ibáñez no se puede ignorar cuando se habla del gobierno de Jaime Lusinchi. Como he sido amigo de Jaime toda la vida, y sigo siéndolo, no incursioné nunca en la intimidad de esa relación. Por otra parte, siempre he sido comprensivo frente a los extravíos que puede generar una gran pasión amorosa. Cuando el amor es ciego y arrebatador uno no sabe si compadecer o envidiar a quienes lo experimentan. Debo decir que para mí lo ideal hubiera sido que Jaime Lusinchi se casara con Blanca Ibáñez apenas electo Presidente, sin desconocer que no le resultaba fácil. Gladys, su mujer, fue su compañera de estudios, médico también, se enamoraron y casaron mientras estudiaban. Además tenían cinco hijos. Eso supongo que influyó en él. Porque ya constituida en pareja presidencial, la presencia de Blanca Ibáñez habría resultado menos reñida con los modos tradicionales de ejercer la Presidencia.

—Usted era un hombre muy cercano a Lusinchi, el segundo hombre del Gobierno...

—Claro, era su ministro del Interior.

—¿Y Blanca Ibáñez cómo era? ¿Se podía hablar con ella para que entendiera esa situación tan compleja?

—Me imagino que era imposible hablar de eso con ella. Mi relación con Blanca, aunque pueda lucir increíble para la gente, fue una relación distante, digamos así; nunca fue una relación de confianza y menos confianzuda. A Blanca, que era tan metida, tan jodida, nunca se le ocurrió llamarme a mí para decirme: «Ministro Lepage, necesito tanto de la partida secreta o que usted

me emplee a fulano de tal». Supongo que Jaime la alertó siempre de las características de mi persona y le debió decir que no se le ocurriera hablarle a Lepage de cierta forma y sobre ciertos tópicos porque no se lo iba a aceptar, va a preferir renunciar a someterse, de manera que ella siempre fue sumamente cuidadosa conmigo. Hubo algunas cosas sociales en las que fue indispensable mi presencia.

—¿Recuerda el famoso episodio con Marcel Granier, cuando Primer plano estuvo fuera del aire más de un año, que se comentó que fue una imposición del Gobierno?

—De lo que me acuerdo es de cuando cerramos RCTV por el caso Niehous, que fue durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez.

—Las relaciones entre el gobierno de Lusinchi y Marcel Granier fueron polémicas y duras.

—En lo personal, no obstante la arbitrariedad que cometí cerrando el canal por 72 horas, siempre tuve una relación civilizada, cordial, nunca tuve una disputa con Granier.

—Pero fue muy comentado aquel «tú a mí no me jodes» del presidente Lusinchi a un reportero de RCTV, y que iba dirigido a Granier.

—Se produjo una situación de enfrentamiento entre el presidente Lusinchi y Marcel Granier que, en algunas ocasiones, generó desbordamientos en el temperamento a ratos explosivo del Presidente.

—En todo caso, durante el período de Lusinchi se criticó el uso de Recadi como arma de presión política, en especial sobre los medios, que se asoció a la actuación del jefe de la Oficina Central de Información, que desempeñaba Carlos Croes.

—Siempre se comentó en los mentideros políticos que Recadi era utilizado como un recurso para evitar críticas contra el Gobierno. Croes es un hombre sumamente hábil, y si eso se practicaba era evidentemente a través de él: «Dígale a El

Nacional que si sigue echando vaina no le autorizo a comprar papel», cosas de ese tipo, ese es el mundo de las especulaciones políticas. Ahora, el control de cambios, eso era Recadi, es muy propenso a la corrupción en todas partes, de manera que hoy en día es un instrumento que está en desuso, con excepción de Venezuela. Además, siempre tiene consecuencias negativas en todos los países. Ese papel de Croes no es descartable, porque a Lusinchi las críticas que involucraran a Blanca le hacían perder la compostura.

—*Todos los periodistas de la época recuerdan la rueda de prensa de Gladys de Lusinchi, cuando se tramitaba su divorcio del Presidente, a la que asistieron todos los medios y solo El Nacional se atrevió a publicarla. Siempre se comentó que la orden de parar la información vino de la OCI. ¿Croes era un hombre de gran confianza de Lusinchi?*

—De absoluta confianza, lo tuvo después de cónsul en Nueva York, ahora está en Televen. Ese episodio lo recuerdo vagamente, no lo registré como algo significativo.

—*El gobierno de Jaime Lusinchi tuvo que refincanciar la deuda y el Presidente soltó aquella frase de «la botija está llena»...*

—El manejo económico de los gobiernos democráticos en la Cuarta República en general no fue acertado. Por ejemplo, Pérez I se encuentra con que por los problemas del Medio Oriente se disparan los precios del petróleo y es cuando se produce aquella famosa frase de Carlos Andrés de que hay que administrar la abundancia con criterio de escasez; bueno, eso no se hizo. Después se dijo que se estaba manejando la abundancia con escasez de criterio, cuando los recursos cesaron. Estoy convencido de que Pérez fue un buen presidente, hizo cosas extraordinarias, si las enumeráramos lo veríamos, porque hay que hacerle justicia, no por él, sino por la historia. Aquella decisión de hacer de Ciudad Guayana un gran polo industrial, con siderúrgica, dos empresas de aluminio —Venalum y Alcasa—, Bauxiven para producir bauxita, aquella cosa tragó tanto dinero que cuando Carlos Andrés

termina su período Venezuela está fuertemente endeudada. Lo sucede Herrera Campins, que incrementó la deuda. En esa condición recibe Jaime Lusinchi el Gobierno, casi quebrado después del Viernes Negro.

—*¿Pero se pudo escoger otra opción distinta de la que eligió el gobierno de Lusinchi?*

—Se impuso el criterio del ministro Manuel Azpúrua Arreaza de pagar la deuda hasta el último centavo, lo que había hecho Juan Vicente Gómez cuando empieza el chorro petrolero y aumenta la renta. Como buen andino, Gómez se dijo: «Yo voy a salir de la deuda», y pagó hasta el último centavo, y Venezuela se quedó sin deuda exterior. Algo parecido, no sé si con la misma inspiración, se le ocurrió a Azpúrua, ministro de Hacienda de Jaime Lusinchi, que lo convenció de que hiciera eso. Voy a contar un episodio que nunca he contado: era ministro del Interior y en el proceso de renegociación de la deuda viene a Venezuela aquel famosísimo economista estadounidense Paul Volcker. Manuel Azpúrua invita a Volcker a una reunión en su casa, con cena, e invita a Lusinchi y a los ministros de la economía y a algunos empresarios amigos de él. A mí no me invita, no tenía por qué hacerlo, por supuesto, pero yo me dije: «Voy a esa vaina». Yo, que nunca me había coleado antes, ni cuando muchacho en una fiestecita, ni en un bailecito de esos de juventud, me presenté allá. Me di cuenta de que había sorprendido al anfitrión y, por supuesto, no había puesto para mí en la mesa. Me hice el loco. Fui con el propósito de no hablar nada, sino de escuchar, y darme cuenta de la magnitud del problema. Ahí estaban el anfitrión, Carmelo Lauría, Héctor Hurtado, Benito Raúl Losada, quizás Carlos Rafael Silva, que estaba en el BCV; total que observé dos cosas: primero, el desnivel de conocimientos entre aquel señor Volcker y todos sus contertulios, y, segundo, la entidad del problema.

—*¿Los ministros del área económica del Gobierno carecían de los conocimientos que tenía Volcker?*

—Exacto. Por supuesto que los presidentes de la República de ninguna manera están obligados a ser enciclopedistas, no tienen porqué saber de economía, como si fueran un economista, ni de medicina, ni de educación, tienen que tener cualidades de gerente, de saber seleccionar y de saber utilizar los conocimientos de sus colaboradores para redondear un gobierno eficiente. Lusinchi no tenía por qué saber esas complejidades, allí había gente que sí tenía que saberlo y los conocimientos eran insuficientes. Lo pensé en aquel momento. Me fui convencido de que no iban a salir las cosas bien para Venezuela de esas negociaciones y efectivamente se hizo el arreglo, que Lusinchi dijo era el mejor refinanciamiento del mundo, cosa que no era verdad. Eso generó muchos problemas para Venezuela.

—*Como el muy cuestionado asunto de las cartas de crédito...*

—Cuando Carlos Andrés asume su segundo gobierno, se encuentra con que las cartas de crédito, que de acuerdo a la información oficial llegaban a dos mil y pico de millones de dólares, eran en verdad de seis mil quinientos millones, el triple, y que además eran pagaderas a fecha fija, compulsivamente, porque si no venía la figura del *default* al no honrar los compromisos. La necesidad de refinanciar era inevitable, pero Venezuela, un país solvente, sobre todo por su renta petrolera, pudo haber logrado un refinanciamiento mucho mejor, mucho más tolerable, como Argentina y otros países. La negociación no fue lo necesariamente certera para salir bien de aquella situación muy comprometida que había recibido el gobierno de Lusinchi.

—*¿Y la botija al final no estaba llena?*

—Nunca estuvo llena.

—El Diario de Caracas, que ya no existe, publicó que al final del gobierno de Lusinchi quedaban 300 millones de dólares en las reservas.

—Sí, eso era lo que quedaba, casi nada, no alcanzaba para las importaciones ni de un mes. El refinanciamiento fue urgente e inevitable, pero se pudo lograr en situaciones menos onerosas para Venezuela.

—*Fue entonces cuándo Raúl Matos Azócar, ministro de ese Gobierno, discrepó públicamente.*

—Matos es una personalidad difícil, creo que se sobreestimaba mucho, por lo menos para aquel momento se sobreestimaba demasiado. Un hombre muy inteligente pero era conflictivo y siempre quería una posición más importante de la que ocupaba.

—*Él fue jefe del programa de gobierno, cuando se planteó lo del Pacto Social. ¿Eso solo fue una consigna o algo se logró?*

—Era un rótulo como cualquier otro.

—*¿No entrañaba una visión política del país?*

—Encarnaba una aspiración de lograr una democracia con justicia social, no era solamente el desarrollo económico en sí, no era una visión neoliberal, no, era un desarrollo con justicia social, eso era en esencia ese rótulo del Pacto Social.

—*Usted estuvo en el gobierno de Lusinchi los tres primeros años, ¿estaba cuando ocurrió el incidente del Caldas?*

—Eso fue una sorpresa para el gobierno venezolano, que de golpe reportaran que la corbeta Caldas estaba navegando en aguas territoriales de Venezuela. La decisión de Lusinchi fue muy firme y muy categórica, muy rápida.

—*Y se resolvió, pero ¿fue un momento difícil?*

—En ese momento fue difícil, con esa especie de complejo que nosotros siempre hemos tenido frente a los colombianos. Aquello fue una agresión intolerable, pero esas cosas se resuelven hablando, por la vía diplomática, como en efecto sucedió.

—*Uno de los asuntos de ese período de Lusinchi fue cuando Manuel Peñalver se convirtió en secretario general del partido, pero hubo otra polémica cuando todos los secretarios generales de AD se convirtieron en gobernadores...*

—Casi todos. Los secretarios generales de un partido, de AD o de cualquier partido, son generalmente los dirigentes más importantes en el respectivo estado, los más calificados, los que tienen la mayor experiencia política. Suponer que un secretario

general nunca pueda ser gobernador es irreal, sobre todo en un régimen de partidos como el que existía en Venezuela, y en el que los partidos tenían derecho a reclamar posiciones importantes para sus dirigentes. De tal manera que aquello, en principio, no fue una decisión desacertada, como se la presentó y se le sigue presentando. Ahora, ¿qué pasó? Que eso se inscribió en el cuadro de la pugna por la candidatura en AD, en este caso entre Carlos Andrés Pérez y Octavio Lepage, y se dijo que eso lo hacía Lusinchi para favorecerme a mí y perjudicar a Pérez, que esa era la razón de ser de esa decisión. No sé si en el fondo de su alma y de su mente Lusinchi tuvo en cuenta aquello, pero la decisión a mí me pareció correcta, porque eran dirigentes en su gran mayoría con prestigio bien ganado en sus regiones.

—¿No había secretarios generales que estaban cuestionados también?

—¿Cuáles?

—Siempre se comentó que en los cuadros medios y bajos de Acción Democrática los problemas de corrupción e ineficiencia eran mayores.

—Estoy tratando de rememorar a los gobernadores y no recuerdo casos escandalosos.

—¿No era un riesgo que desde las casas de AD se negociara todo porque desde allí iban a despachar los secretarios-gobernadores?

—Eso es aparente. Si en lugar del secretario general se designaba a otro adeco o a un independiente quizás era más posible que ese adeco, que no tenía fuerza política propia, tratara de aprovechar el tiempo en la gobernación haciendo cosas irregulares, cobrando comisiones indebidas, que un dirigente político permanente que tiene que cuidar su prestigio y liderazgo.

—Pero el partido, de alguna forma, quedaría a salvo.

—Entonces sería preferible que el partido que gana las elecciones dijera: «Busquen a otras personas que gobiernen».

—No es exactamente así, pero además eso ocurría en paralelo con la exigencia de la elección directa de los gobernadores.

—Lo que pasa es que en Venezuela eso se retardó más de la cuenta. El momento de consagrar en la Constitución la elección directa de los gobernadores debió haber sido antes, un poco antes, tampoco desde el comienzo porque los partidos estaban muy pintones, no habían madurado, pero la decisión de elegir gobernadores se tomó tardíamente.

—Pero el problema pasa a los electores...

—Estoy totalmente de acuerdo con la elección directa de gobernadores.

—Se decía que a Lusinchi no le gustaba la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copro), a pesar de que la había creado, ¿era cierto?

—El aparato político de AD, la maquinaria de AD, no estaba a gusto con la elección de gobernadores, esa es la verdad. Eso se retarda porque internamente en AD no era una tesis que tuviera acogida, porque los partidos tienen una tendencia hacia cierto sectarismo. Hay que ver ahora a Julio Borges, dirigente de Primero Justicia, que dice que hay que acabar con el pasado, repitiendo el error de AD.

—¿La elección de los gobernadores significó para AD perder poder?

—Eso era relativo, porque si los partidos seleccionaban como candidatos a gobernadores a gente capaz y con condiciones para atraer el apoyo de las masas se podía seguir gobernando. Ese era un paso indispensable que se tardó más de la cuenta e indudablemente tenía resistencia en los partidos en general. Más en AD y en Caldera, que no era un hombre muy dado a la descentralización.

—¿Y Lusinchi también tenía sus reservas?

—La vida de Lusinchi fue siempre en el Parlamento y él tenía una visión más flexible frente a esas cosas, porque las vivía y las manejaba mucho en el Congreso, en la fracción parlamentaria.

—¿Cuál es el balance final que usted hace del gobierno de Jaime Lusinchi?

—Es un balance positivo, salvo esas debilidades que tanto daño político le causaron a él y a AD y al sistema democrático. Y hay que tomar en cuenta las condiciones en que recibió el país de manos de Herrera Campins. Fue un gobierno preocupado por los problemas sociales, por los problemas de la provincia, de tal manera que no fue por azar que él conservara su popularidad.

BÚSCATE OTRO ADECO

La candidatura presidencial, esa con la que tantos venezolanos se han desvelado y se desvelan, siempre le fue esquiva a Octavio Lepage. Nunca la buscó con decisión. Absolutamente convencido. Pero tampoco la pudo eludir. Al final del período de Jaime Lusinchi fue el contendor contra Carlos Andrés Pérez. Perdió y, además, se resintió su amistad con el líder adeco. Fueron tiempos difíciles en Acción Democrática. La reelección presidencial a la que aspiraba Pérez tenía enconados adversarios, dentro y fuera del partido. El expresidente se impuso por la fuerza de la calle contra el aparato partidista.

A la vuelta de veinte años largos, Lepage hace una introspección severa consigo mismo. Nunca debió aspirar, dice y se dice. No era su ambición —quizás la de otros—, porque no entendió que el ejercicio de la política debía conducir inexorablemente a alcanzar la Presidencia de la República. Él, que en 1968 había dirigido la campaña de Gonzalo Barrios —también perdedor— se reconoce en esa figura. La del político de otro perfil: sosegado, conciliador y alérgico a la parafernalia del poder.

—¿Cómo surgió su candidatura a la nominación presidencial de AD? ¿Había un intento de cerrarle el paso a Carlos Andrés Pérez? ¿Qué costos supusieron esas luchas internas para el partido?

—Ya conté que Jaime Lusinchi había venido a explorarme en 1977, cuando se aproximaban las elecciones para sustituir a

Carlos Andrés Pérez y me dijo aquello de «Si tú no aspiras, aspiro yo». «Aspira tú», le dije. Me pregunto por qué Jaime Lusinchi tuvo esa deferencia. Él y yo somos contemporáneos, teníamos los mismos méritos políticos. Esa precedencia que él me reconocía espontáneamente, no tengo muy claro, aún hoy, por qué él lo sentía así...

—*Quizás porque usted había ocupado cargos relevantes antes que él.*

—Quizás por eso, pero en todo caso tuvo esa deferencia conmigo. Examinando a fondo mi aspiración a la candidatura presidencial, he llegado a la conclusión de que en el fondo yo no tenía un interés apremiante en ser Presidente. Fui tres años ministro del Interior en el primer gobierno de Pérez y luego tres años ministro del Interior de Lusinchi, manejando a mi antojo la partida secreta. Yo invito a que se averigüe si Octavio Lepage creó una maquinaria propia. Parece que yo hubiera pensado ingenua o estúpidamente que la candidatura me iba a llegar sola, me iba a caer del cielo, en lugar de aprovechar esa posición clave de ministro del Interior para crear una maquinaria leal en AD que, posteriormente, cuando aspirara, me respaldara. No le asigné ninguna importancia a eso, no había ni una sola persona que yo tuviera alineada conmigo con un compromiso de tipo personal, lo cual me indica a mí que yo en el fondo era un mal político, si por político se entiende a aquel cuya aspiración máxima es la Presidencia de la República. Yo nunca lo vi así.

—*¿Se parece usted más a Barrios que a otros dirigentes de su partido?*

—Posiblemente. El hecho es que no la buscaba. Cuando Jaime Lusinchi me planteó lo de la candidatura en 1986, yo le debí decir: «Mira, Jaime, así como te dije hace diez años que no aspiraba, tampoco voy a aspirar ahora, así que tú debes buscar otro adeco. Si quieres evitar la reelección de Pérez búscate a otro adeco». Tuve la debilidad, y yo diría que la irresponsabilidad de

aceptar y aparecer derrotado, como fui derrotado por Carlos Andrés. Esa es la verdad.

—*¿Aquella disputa pareció la lucha del poder central del partido contra la calle?*

—Exacto, pero resulta que el poder no estaba dando la pelea, al menos yo.

—*¿Los sindicalistas estaban con su candidatura?*

—Tenía muy buenas relaciones con muchos sindicalistas y sostuve reuniones con algunos, pero cuando se dieron cuenta de que yo estaba indeciso, se acomodaron con Pérez nuevamente.

—*¿Juan José Delpino, que fue presidente de la CTV, estaba con usted?*

—Delpino fue siempre muy rebelde, muy difícil de manejar, pero lo clave de lo que ocurrió fue que yo nunca me decidí.

—*Usted no se convenció a sí mismo, que es la primera condición para la derrota...*

—Claro, exacto, y ya estaba vencido.

—*¿El interés de Lusinchi sí era cerrarle el paso a Pérez?*

—Me imagino que esa fue la motivación profunda.

—*¿En esa discordia entre Pérez y Lusinchi pesó más lo de Blanca Ibáñez o la elección de Manuel Peñalver como secretario general?*

—Carlos Andrés le dio mucha importancia a lo de Manuel Peñalver. Él reaccionó muy negativamente a ese arreglo político de que los sindicalistas apoyaban a Lusinchi a cambio de que Lusinchi apoyara a Manuel Peñalver como secretario general. Carlos Andrés siempre sostuvo que en un partido policlasista como AD era inconveniente que un dirigente sindical fuera la autoridad máxima del partido. Eso lo enfrentó a Lusinchi; incluso a Rómulo, a quien no le pareció mal que Peñalver fuera secretario general de AD.

—*Eso ocurrió casi al final de la vida de Betancourt y se ha comentado —y escrito en varios libros— que para esa época Betancourt sufría un deterioro de sus facultades como político.*

—A Betancourt sin duda alguna lo afectó el atentado de Los Próceres; él lo superó momentáneamente pero le dejó huellas permanentes aquel brutal atentado en el que se salvó de milagro. Recuerdo una vez que fuimos juntos a un desfile militar con motivo del 5 de Julio. Betancourt me dijo que nos encontráramos en el Campo de Carabobo y luego nos fuéramos a almorzar. Nos encontramos y cuando vamos bajando de la tribuna, peldaño a peldaño, me dijo: «Yo antes no hubiera podido hacer esto de bajar estos peldaños porque yo estaba tomando 22 pepas diarias».

—*En la época de la candidatura de Lusinchi, en una de esas crisis de AD, se produjo aquella famosa foto que la prensa desplegó en primera plana de Lusinchi entrando, o saliendo, de la casa de Betancourt una noche y se veía el letrero al fondo: «quinta Pacairigua». ¿Tenían una buena amistad?*

—Rómulo era muy amigo de Lusinchi. Hay un episodio de cuando cae Pérez Jiménez: Jaime estaba exiliado en Nueva York, tenía un puesto de médico en un hospital, de eso vivía. También estaban en Nueva York Betancourt y Barrios, alojados en el mismo hotel. El primero de enero, a Jaime, que tenía contactos con la Associated Press (AP), lo llaman para decirle que había caído el dictador y que en ese mismo momento La Vaca Sagrada estaba alzando el vuelo en el aeropuerto de La Carlota en Caracas. Había un frío del carajo, Jaime tenía puesto un pijama, se puso el abrigo, la bufanda, sombrero y se fue caminando al hotel y le toca a Betancourt, que le grita: «¿Qué pasa, coño?». Jaime le cuenta desde afuera y le dice Rómulo: «Ya me visto, tócale a Gonzalo» y sale Jaime para la habitación de Gonzalo, tocaba y tocaba y no respondía, hasta que oyó: «¿Quién es?». «Soy yo, doctor Barrios, Jaime Lusinchi». «¿Qué haces tú aquí a esta hora?». «Es que cayó Pérez Jiménez», le dice Jaime, y Barrios le suelta: «¿A quién se le ocurre dar un golpe de Estado a estas alturas de la madrugada?». ... Después se enteraron de lo que había pasado.

—*¿En Nueva York se cimentó esa amistad entre Betancourt y Lusinchi?*

—Ya venía de atrás, pero supongo que se robusteció mucho en Nueva York porque estuvieron juntos unos meses.

—*¿Betancourt también era de la idea de que había que cerrarle el paso a Pérez para una segunda presidencia, iba ser el primer presidente reelecto?*

—Eso entra en el mundo de las hipótesis, porque Betancourt no dio ninguna demostración de oponerse expresamente a la reelección de Pérez. Es lógico suponer que no le gustara la reelección porque mi impresión personal es que, en el balance general, Betancourt no quedó satisfecho con el primer gobierno de Pérez, porque él les dio mucha importancia a las acusaciones de corrupción que se le hicieron a ese gobierno. Para Rómulo la honestidad era fundamental; en ese terreno no hacía concesiones.

—*¿Muy severo?*

—Muy severo en eso, implacable. Luis Piñerúa lo imitaba.

—*¿También había una gran amistad entre Piñerúa y Betancourt?*

—Sí, había una buena amistad. El padre de Piñerúa era más arrecho que él. Policarpo Piñerúa era un hombre de carácter muy fuerte, tanto que su hijo era un caramelo al lado de él.

LA CONJURA DE LOS NOTABLES

Carlos Andrés Pérez asume por segunda vez la Presidencia en febrero de 1989. Octavio Lepage es presidente del Congreso Nacional, designación que disputó puertas adentro del Comité Ejecutivo Nacional de Acción Democrática contra David Morales Bello. Se impuso por un solo voto de diferencia. Le pone la banda presidencial a Pérez en el acto efectuado en el Teresa Carreño, que la prensa bautizó como la «coronación». Lepage admite que lo hizo con desagrado. Aquella espectacularidad de CAP fue vista con recelo en los propios ámbitos partidistas.

Compartirá las labores parlamentarias y políticas con la presencia en las páginas de opinión del diario *El Universal*, desde donde alerta sobre la lucha desmedida entre los partidos, advierte sobre el uso de la corrupción como arma destructiva y critica sin dureza, pero con insistencia, que el gobierno de Pérez deje de lado al partido. El programa de ajustes y rectificaciones denominado El Gran Viraje sigue su curso, a pesar del Caracazo, de la reticencia de la dirigencia adeca y de la incomprensión interesada de poderosos medios de comunicación social.

Lepage reconoce que Pérez estaba plenamente convencido de las bondades de su propuesta de cambios y admite, también, que su partido se equivocó al no alinearse sin dudas en la misma dirección del Gobierno. El partido intuyó lo que se preparaba en los cuarteles, pero no captó lo que se fraguaba desde el ámbito civil, con Arturo Uslar Pietri como figura descollante. Con

la liquidación de un personaje, CAP, se urdía la liquidación de Acción Democrática.

—¿Usted conocía a los hombres que gobernaron con Carlos Andrés Pérez en su segundo gobierno, el grupo de tecnócratas, tan competente y tan incomprensido?

—Tuve contacto con ellos antes de iniciarse el Gobierno. En una ocasión me invitó a su casa Marcel Granier y estaban allí. Recuerdo claramente a Miguel Rodríguez, Moisés Naim y dos o tres más. Los recuerdo porque me impresionaron.

—¿Por qué lo impresionaron?

—Porque era gente que se veía muy capaz, con mucha facilidad de palabra, tenían criterio y lo expresaban bien. Ese encuentro debió ser efectivamente antes de iniciarse el Gobierno y ellos tuvieron esa deferencia de invitarme a mí, que había sido contendor de Carlos Andrés y seguramente suponían que nos habíamos distanciado. Yo más que todo escuché, pero me impresionaron muy bien, gente competente.

—Cuando gobernaron habrán cometido errores y el país no los entendió...

—Pienso que no tenían ningún entrenamiento político, no captaron la necesidad de crear climas favorables de opinión para que su proyecto se comunicara. Como tenían fe ciega en sus ideas, en que eran correctas, pensaron por eso que todo el mundo debía entenderlas, y no es así, menos en la cuestión económica y, menos aun, en una democracia venezolana acentuadamente populista, como la que tuvimos nosotros. Carlos Andrés siempre sostuvo que su política de El Gran Viraje estaba funcionando y dando resultados positivos.

—Los registros indican que la economía creció a alto ritmo en 1991 y 1992.

—Sí, a 6 o 7 por ciento, de manera que la economía iba por un camino de recuperación.

—*En las reuniones entre el partido y el Gobierno se explicaba lo que se iba a hacer. ¿El partido entendió aquello?*

—¿Cómo decirlo? Ahora estoy convencido no solo de lo positivo sino también de lo indispensable que era aquel programa, pero en aquel momento no lo capté bien. Las reuniones se hicieron donde estaba el despacho del Presidente en La Casona, en una mesa muy grande, y concurrían, claro está, Miguel Rodríguez, Moisés Naím, Gerver Torres, Ricardo Haussman, el equipo económico de El Gran Viraje, y nosotros, los del CEN, haciendo preguntas que ellos respondían. Sin duda alguna yo abrigaba ciertas reservas frente a una innovación tan drástica en relación con lo que se había venido practicando durante tantos años, sobre todo durante la última década. Nos habíamos acostumbrado a desempeñarnos políticamente en ese escenario acentuadamente populista y aquello nos resultaba difícil de entender y de aplicar, rompiendo con una tradición de 40 años. En ese populismo caímos tanto Copei como nosotros, todos los gobiernos. Betancourt y Leoni menos, porque ellos recibieron un país muy deteriorado económicamente, pues Pérez Jiménez hizo obras pero se excedió, el país quedó endeudado y socialmente mostraba signos preocupantes. Por eso, Betancourt aplicó el plan de emergencia dirigido por José Agustín Catalá, porque se dio cuenta de la urgencia de hacer algo para que la gente en la calle, para que las masas populares se tranquilizaran. Era una situación de muchos padecimientos económicos.

—*¿En esas reuniones de La Casona alguien llevaba la voz contraria con más claridad que otros?*

—Básicamente eran preguntas, era siempre como indagando, como tratando de entender el plan, pero con reticencia, fuimos siempre reticentes con ese plan, aunque no lo obstaculizamos realmente. Hay que recordar que gobernábamos con minoría en el Congreso, porque en aquella elección Pérez salió victorioso, pero AD quedó con minoría en el Congreso por primera vez.

—*¿Era la primera minoría en los gobiernos adecos?*

—No, siempre había tenido mayoría. AD perdió la mayoría por las divisiones, y hubo que llegar a acuerdos para las presidencias del Congreso, porque las rupturas del MIR, del ARS y del MEP nos quitaron la mayoría, pero esta vez la perdimos. Pérez entra a gobernar con minoría, pero fue temerario, en el sentido de lanzarse tan directamente con aquel paquete completo sabiendo el panorama de votos en el Congreso.

—*Usted en los años del gobierno de Pérez escribía regularmente en El Universal artículos que luego recogió en el libro Política, democracia, y partidos, y de manera insistente señalaba que Pérez gobernaba sin el partido. ¿Cómo fue posible que AD ganara las elecciones y después no mandara?*

—Las elecciones las ganó AD y también Pérez. Él fue electo Presidente, con las facultades que le da la Constitución a la Presidencia. Él estaba convencido de que el modelo populista que aplicaron los gobiernos anteriores, entre ellos los de AD, no era apropiado para construir una Venezuela moderna, que pudiera sobrevivir y progresar en un mundo globalizado y que era indispensable aplicar un nuevo esquema de gobierno. Pérez estaba absolutamente convencido de eso y se concibió a sí mismo como realizador de ese cambio de mentalidad y de estructura del Estado para lograr objetivos por otras vías.

—*¿Aquel Pérez es el que se nutre de lo que vivió como dirigente de la Internacional Socialista?*

—Debe haber revisado las experiencias de otros países, pero es que se dio cuenta de que en Venezuela el fracaso de las empresas de Guayana, que él creó con tanta ilusión, considerando que podrían transformar al país para que no siguiera viviendo exclusivamente del petróleo, dejó de dar resultados y se convirtieron en una carga para el Estado. Pero la mentalidad prevaleciente en la clase política, incluido yo en eso, era que esas empresas fundamentales tenían que ser manejadas por el Estado. Guaya-

na podría ser un polo industrial importante, pero nosotros los políticos estábamos empeñados en retener esas empresas, aunque fuera necesario subsidiarlas con miles de millones de bolívares. Es lo que pasa ahora con Sidor. Chávez la renacionalizó con gran alborozo de los trabajadores que aplaudieron a rabiar la decisión y hoy están arrepentidos porque otra vez la producción cayó, no hay suficiente producción para siquiera cubrir la demanda nacional y nada para exportar. Los propios obreros están listos para apoyar la privatización de Sidor. Esa política de privatización tuvo una resistencia muy fuerte en los partidos políticos y me incluyo, porque estábamos cautivados por aquella visión.

—¿Por la visión estatista?

—Y estábamos equivocados, eso no funciona en Venezuela, ni en ninguna parte del mundo. Pérez tuvo el coraje intelectual y político de plantearse la necesidad de cambiar aquel enfoque. ¿Fue certero en la selección de los técnicos? Quién sabe, no sé. Pero aquello era indispensable y en Venezuela no se podría pensar en seguir manteniendo empresas complejas manejadas por el Estado porque fracasan.

—¿Con excepción de la industria petrolera?

—La única que se salva es Petróleos de Venezuela (Pdvs), que ahora está en decadencia. La irresponsabilidad de Chávez casi la liquida. El petróleo se nacionalizó y eso funcionó a la perfección. ¿Por qué? Porque para el momento en que fue nacionalizada, la industria petrolera estaba manejada por venezolanos, los presidentes de las empresas petroleras eran todos venezolanos y todos los cuadros técnicos eran venezolanos. Tuvo el buen juicio Pérez de dejar esa organización intacta y colocar allí a una gran figura como era Rafael Alfonzo Ravard. Eso funcionó a la perfección y esas empresas petroleras empezaron a progresar y a producir beneficios para el país.

—¿AD y Copei entendieron que ese era un bien nacional y fueron precavidos?

—Así fue. Copei, que es sectario, nombró al final a un técnico competente, con mucha cancha, quien dirige en la actualidad una empresa petrolera privada, como es Humberto Calderón Berti. Es decir, tenía calificación para ser presidente de Pdvsa. Pero la política era no politizar esa empresa y confiar siempre su manejo a gente no sometida a disciplina partidista. Apenas llega Jaime Lusinchi al poder lo sustituye por Brígido Natera, un técnico independiente.

—Pérez gobernó con su grupo de técnicos, que la gente reconoció que era de alto nivel, que incluso no hay ni hubo ningún juicio por corrupción contra ellos, pero el partido se sintió fuera.

—El partido se sintió excluido, pero no tenía razón el partido. Incluso tengo que rectificar porque es que había que cambiar ese modelo de capitalismo de Estado que fracasó, que no podía continuar, que no podíamos mantener.

—¿Había alguien en el partido que lo entendiera en su momento?

—En general en la estructura dirigencial del partido no lo entendíamos, estábamos muy aferrados a ese modelo estatista.

—¿Perder los gobernadores, los puertos, las empresas públicas que se reformaban, fue un costo muy alto?

—Para el partido significaba una clara pérdida de poder, pero tenía que adaptarse a los nuevos tiempos, a las nuevas realidades políticas, sociales y económicas. Había que capacitarse, las universidades estuvieron mucho tiempo tomadas por los comunistas y eran fundamentalmente políticas. El IESA formaba técnicos para la empresa privada, pero era elitesco. Solo el programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho permitió a gente irse a preparar al exterior, pero tenía un alcance limitado. Los partidos no nos ocupamos de formar cuadros para manejar una Venezuela que cada día se hacía más compleja, conservábamos un esquema muy elemental de organización política.

—¿Hubiera sido posible hacer los cambios si Pérez le hacía caso a su partido?

—Tenía que hacer un trabajo de *lobby*. Pérez se sobreestimó, así como no escuchó las alertas sobre la conspiración de Chávez. Estaba muy imbuido en sus esquemas, creía que eran perfectos.

—¿Cómo un partido como AD, con dirigentes veteranos, no pudo manejar un momento como aquel?

—Porque los partidos los dirigen seres humanos. Pérez trató de romper el esquema tradicional y estaba dando resultados para el momento en que lo sacan del Gobierno.

—Cuando se produce el Caracazo, en los días iniciales del segundo gobierno de Pérez, AD incrementó sus reticencias sobre lo que podía venir con el plan de ajustes. ¿Se percibió el desastre social del país?

—Eso se atribuyó al aumento de la gasolina, que no hubo tal aumento, fue posterior. Fue una reacción espontánea inicialmente. Mi percepción es que era gente que vivía en Guarenas, que ha sido siempre una ciudad dormitorio de Caracas, y cuando llegan y encuentran el 27 de febrero que los pasajes los han aumentado, que los habían duplicado, reclamaron y un chofer retrechero dijo: «Esa vaina va y el que no quiera pagar, que no se monte». La gente se exaltó, vinieron los gritos, quemaron un autobús y eso se trasladó a Caracas. Ahora, esa reacción, espontánea en sus momentos iniciales en Guarenas, cuando se extiende a Caracas los malandros se apoderaron del liderazgo de ese movimiento. No hay que perder de vista que no fue atacada ninguna oficina del Gobierno, no hay un solo departamento oficial que hubiera sido atacado por las turbas del 27 de Febrero, fueron todos ataques a las casas de abastos, a las ventas de la línea blanca, fue un gran robo colectivo aquello. Lo que inicialmente comienza como una protesta legítima, se desbordó. Hay la idea, de gente que conoce de esas cosas, de que eso adquirió la magnitud que alcanzó porque intervino en la acción alguien veterano en movilización de masas o de grupos violentos; allí aquellos extremistas, que nunca se acogieron a la pacificación, actuaron, aprovechándose de aquella protesta espontánea de la gente.

—El país, el partido, el Gobierno, todos fueron sorprendidos por aquella revuelta...

—Pero es que hay otro elemento que la mayoría de la gente ignora. Pérez lo señaló mucho después, y es que para ese momento no existía prácticamente la Policía Metropolitana, que estaba en rebeldía, porque el Grupo Zeta era dueño de la situación. La policía, que sí tiene entrenamiento para lidiar con disturbios callejeros, se inhibió y parece que en algunos casos hasta se sumó a los disturbios. Tuvo que intervenir el Ejército —era ministro de la Defensa Ítalo del Valle Alliegro— y el Ejército no sabe reprimir porque no está entrenado, por eso es tan peligroso usar las Fuerzas Armadas en represión de disturbios, porque en cualquier momento causa un problema muy grave.

—¿Pero había otra opción?

—No quedaba otro remedio, porque toda la ciudad hubiera quedado a merced de los malandros sublevados. En esos hechos muere un oficial de los comprometidos con Chávez, hermano de Luis Felipe Acosta Carles. Eso enardeció aun más a la tropa y fueron muy duros en la represión a partir de aquel momento.

—Usted estaba de presidente del Congreso, que fue lento en la aprobación de los programas sociales que acompañaban el paquete de medidas.

—Hubo algunas propuestas de reformas legales y de nuevas leyes que nunca se aprobaron. Por ejemplo, la Ley de Bancos, en la que Carlos Andrés puso mucho énfasis, que realmente era indispensable porque los banqueros estaban muy mal acostumbrados en Venezuela y había que meterlos en cintura. Esa ley nunca llegó a aprobarse. Pérez se lo atribuía al *lobby* bancario, que debió ser muy activo presionando sobre los partidos políticos que estábamos en el Congreso. Otras leyes complementarias de la Ley de Bancos tampoco fueron aprobadas.

—Pérez puso a Pedro Tinoco en la presidencia del Banco Central, lo que fue visto como algo contradictorio o fuera de lugar. ¿Habría influido para que esa ley no saliera?

—Con seguridad. Luego, Rafael Caldera intervino el Banco Latino, al que estaba estrechamente vinculado Tinoco, que era la ciudadela de la nueva burguesía. Pérez, en su primer gobierno, una de las políticas que se trazó y desarrolló fue estimular la formación de una nueva burguesía, para evitar que todo el poder económico generado por el desarrollo del país se concentrara en la burguesía tradicional, en el Banco Venezolano de Crédito, en el Banco de Venezuela, el Banco Mercantil, las cementeras de los Tamayo, en La Vega, y Eugenio Mendoza allá en Pertigalete, en el estado Anzoátegui.

—*Una nueva burguesía, cuyo instrumento fundamental era el Banco Latino...*

—Caldera lo interviene y creo que fue un error, porque lo hizo en forma muy drástica, torpe. A aquel monstruo financiero que había llegado a ser el Latino no podías darle un machetazo y desmantelarlo; todas esas cosas se juntaron.

—*Otro gobierno copeyano había intervenido el Banco de los Trabajadores de Venezuela, mucho antes, una institución vinculada a la Confederación de Trabajadores de Venezuela, que era el gran bastión adeco.*

—En el BTV estaba justificada la intervención porque realmente Eleazar Pinto, el director del banco, fue muy impulsivo en el manejo de la entidad. Antes lo había manejado juiciosamente, sin ser banquero, Augusto Malavé Villalba. Pinto, que es inteligente, pero sin experiencia bancaria, se dejó engatusar, contrató propaganda para el BTV en los eventos mundiales de deportes, le compró a Arturo Sosa una empresa quebrada como era la Cervecería Nacional, que había sido la mejor pero que se vino a menos con el fortalecimiento de Polar y de Regional en el Zulia. Pinto perdió los estribos, el sentido de las proporciones. Sin embargo esa intervención, que la hizo Luis Herrera Campins, la moderaron mucho porque se dieron cuenta de que los afectados eran básicamente los sindicatos. Allí no depositaba la gente

rica, sino los sindicatos, los trabajadores, la clase media, las clases emergentes, por eso lo moderaron. El que fue una catástrofe económica fue el desmantelamiento del Latino.

—*Los programas de ayuda social también llegaron con retardo...*

—También, también, es que evidentemente había ya una conjura civil para sacar a Carlos Andrés Pérez del Gobierno y sacar a AD del Gobierno. Esa era la conjura que se percibe claramente cuando se analizan aquellas cosas y las interpretas: ahí estaban Los Notables, Caldera... Caldera, por rencor derivado de su inmenso ego, de su yo, estaba desesperado por ser presidente de la República porque si Pérez lo había sido dos veces él tenía que serlo también. Todo eso se mezcló. Había dirigentes en Copei que conservaron la claridad de visión y la fibra democrática como Eduardo Fernández, que llegó a dar el visto bueno para que dos copeyanos, Humberto Calderón Berti y José Ignacio Moreno León, se incorporaran al gabinete de Pérez después del golpe de febrero de 1992. Eso a Fernández no se lo perdonaron nunca en Copei, sobre todo Caldera.

—*Fernández era el líder del partido, había sacado una alta votación en la elección que ganó Pérez...*

—Y además había derrotado a Caldera, claramente. Es cuando el fundador del partido decide pasar a la reserva.

—*¿Había posibilidades de dialogar con Fernández en ese entonces sobre el programa de gobierno?*

—Con Eduardo se dialogó siempre, Pérez se esmeró mucho en lograr que Eduardo entendiera las cosas.

—*La conjura de la que habla, ¿ustedes la detectaron en el momento?*

—Tampoco se vio en el momento, sobre todo porque no la veía Carlos Andrés Pérez. A nosotros nos llegaban los rumores militares, pero no la conjura civil, que fue la que tuvo éxito, la de Los Notables, Ramón Escovar Salom, José Vicente Rangel, etc. Había generales que se acercaban a alertarnos; por ejemplo

el general Carlos Julio Peñaloza, que ahora escribe en *El Nuevo País*, en una ocasión intentó advertir a Pérez de aquellos movimientos y este lo dejó frío. Peñaloza también habló con Barrios, con Canache Mata, conmigo, y decía: «Esto es una conspiración y yo tengo elementos claros de juicio, pruebas, por favor hablen con el Presidente y convénzalo de que esto no es invento, ni intriga de unos generales contra otros». Pero Pérez dejaba a todo el mundo frío. «No olviden —decía— que yo fui ministro del Interior, fui ministro policía y derroté la subversión extrema y nadie sabe más de militares que yo, ustedes no pueden darme lecciones a mí de que esté alerta, esa vaina son pleitos de generales que se enfrentan unos a otros e inventan esas vainas». Era una actitud inmodificable. Y «Zeus», seudónimo de Chávez, seguía conspirando desde la Academia Militar.

—¿Y el mundo político sin hacerle caso?

—Sin hacerle caso, impotentes, porque a Pérez —y a mí me alarmaba mucho aquello y estoy seguro que a todos los demás— no le preocupaba.

—¿Entre el presidente del Congreso, que era usted, y el presidente de la República había intercambio frecuente?

—Nosotros nunca rompimos nuestra amistad y cuando era necesario lo llamaba a él o él a mí, por el interministerial. Era una cosa fluida, no había ruptura de la relación.

—Para lo político...

—Para lo político estrictamente, los asuntos parlamentarios.

—¿Más contactos, quizás, cuando se conoció el asunto del cheque de la partida secreta?

—Ese cheque fue una trampa montada. Fui ministro del Interior dos veces de él y como base hay una cosa: la partida secreta tiene que ser secreta, lo es en todos los países del mundo, democráticos y no democráticos. El único que maneja esa vaina a su antojo es Chávez. Hay que partir de esa base y hay que admitir o presumir que quien llega al Ministerio del Interior, como el

que llega a la Presidencia de la República, tiene suficientes credenciales y antecedentes que lo hacen inmune a la sospecha de que pueda aprovecharse indebidamente de esos recursos. Pero tiene que ser secreta, porque llega alguien y dice: «Mire, doctor, yo tengo las pruebas de una conspiración militar pero la prueba en físico no me la dan si no entrego tanto», y tienes que dar eso, salga lo que salga, aunque te estén engañando, pero eso es tan gordo que lo tienes que averiguar, y si mañana, por exceso de celo en el gasto, no accediste a pagar lo que pedían, vas a estar arrepentido y sintiéndote culpable.

—*La partida secreta la maneja exclusivamente el ministro de Relaciones Interiores, ¿el Presidente no puede ordenarle directamente al Banco Central que emita un cheque para él?*

—Ni para la Presidencia ni para el Ministerio de la Secretaría, eso es exclusivamente del ministro del Interior. El Presidente llama a su ministro del Interior y le dice: «Yo necesito tantos millones de bolívares de la partida secreta». Los fondos los retira en persona el propio director de administración del ministerio, va a la bóveda del BCV y allí queda un testimonio gráfico, recibe el dinero que necesita el Gobierno y ese dinero va al ministerio y luego al Presidente. Esta vez el cheque lo hicieron a favor del ministro de la Secretaría, lo que indica que fue una trampa perfectamente premeditada. Y fue un gran descuido.

—¿Aceptarlo así?

—Sí, claro, del director de administración que era de apellido Vera. El ministro era Alejandro Izaguirre, gran amigo de Vera, quien lo había nombrado director de administración. Pero Vera tenía que haber rechazado ese cheque, estoy seguro que no fue por algo deshonesto, él no se dio cuenta, no concibió que ahí estaba el comienzo de una maniobra.

—¿Y eso comprometía al Presidente?

—No lo comprometía.

—¿Pero al recibirlo el Ministerio de la Secretaría, lo aproximaba al Presidente?

—Daba cierta base para sospechar que el Presidente pudiera tener interés en aquello. Fui ministro varios años, y si un subalterno incurría en una vagabundería no podían achacármela a mí. Aunque sea un director del ministerio, eso se averigua, y se determina quién se benefició de la vagabundería. Es lo mismo que matan por allá a un tipo en la guerrilla y paga el ministro del Interior.

—¿Cuando se recibe el dinero, lo recibe el ministro del Interior?

—Dan un cheque a nombre del ministro del Interior y sobre ese cheque se gira otro cheque para el Ministerio de la Secretaría o se le entrega en efectivo, depende de la cantidad. En aquella oportunidad vino a nombre de la Secretaría directamente, de manera que ahí hubo una persona evidentemente enemiga que se prestó a la maniobra.

—¿Dentro del Banco Central?

—Dentro del BCV, seguro. El BCV siempre estuvo muy penetrado por gente de la extrema izquierda, siempre, algunos eran muy competentes y llegaron a altos cargos y nunca se les persiguió.

—Para Alejandro Izaguirre eso debió ser un golpe muy fuerte...

—Sí, fue muy duro.

—Izaguirre era un hombre honesto, ¿qué opinión tiene usted de él?

—Un político, hasta donde yo sepa, honesto.

—¿Y de la confianza de Pérez?

—Sí, era un hombre de su confianza.

—¿Pero siempre muy cercano a él o en ese período de gobierno?

—Izaguirre era básicamente amigo de Gonzalo Barrios y creo que su promotor para esas posiciones que ocupó.

—En el proceso final del gobierno de Pérez adquiere mucho peso el grupo de Los Notables...

—Ese fue un movimiento en que la única personalidad destacante era Arturo Uslar Pietri.

—¿Fue la venganza histórica de Uslar Pietri?

—Yo creo que era la venganza, una vieja factura guardada, con razón. Uslar Pietri iba directo a la Presidencia, lo que fue impedido por la conocida visita de los generales andinos a Medina. Esa posibilidad se la arrebató el 18 de Octubre y, además, se cometió el exceso de los juicios de los que ya hablé.

—¿En este período al final, pudo Uslar Pietri haber sido utilizado por otros sectores, cuando salía en primera página de los diarios diciendo que venía el golpe? Fue el primero que hablo de eso.

—Creo que sí. Había muchos intereses creados y ese programa El Gran Viraje los afectaba mucho. Por ejemplo, a los banqueros, que en Venezuela eran una clase intocable e incontrolable, que podían hacer todo tipo de operaciones y el Estado no tenía derecho a investigarlas. Ellos vieron en Pérez una amenaza por esa Ley de Bancos, cuya reforma se mantuvo engavetada en el Congreso durante esos años, que apuntaba a una supervisión seria de la banca. Que fue lo que hicieron en los Estados Unidos, después de esta última crisis, que apretaron los controles a un sector capitalista sumamente reactivo a todo tipo de inspección. Eso lo iba a hacer Pérez con esa ley. Estoy seguro de que los banqueros alentaron esa actitud de Los Notables.

—Pero además Pérez pecó de ser muy ambicioso en sus planes, ¿no le parece?

—Moisés Naím ha desarrollado esa idea de que Venezuela no tenía los equipos gerenciales ni técnicos para un desarrollo tan ambicioso y tan rápido como el que quiso hacer la Cuarta República y, en particular, Carlos Andrés Pérez. Eso no se improvisa, a la gente hay que formarla, tiene que tener conocimiento y experiencia.

—¿Y el programa Gran Mariscal de Ayacucho?

—Dentro de esa línea, Naím dice, no sé si es verdad, que todos estos jóvenes que fueron los ministros que dirigieron el programa de El Gran Viraje eran becarios del Gran Mariscal de Ayacucho. Por lo menos, Miguel Rodríguez fue a Yale con una beca.

—¿Venezuela perdió esa generación?

—Sí, claro, así fue.

—¿Se inhibió AD en la defensa del presidente Pérez?

—Hubo cosas muy oscuras. Yo me arrepentiré siempre de no haberme opuesto cuando el CEN del partido aprueba que se le dé curso a la investigación contra Pérez con el argumento de que AD no podía aparecer ante el país cerrando el paso a ninguna investigación dirigida a determinar si gente importante del partido había hecho mal uso del poder. Ese era el argumento básico, pero coño, no teníamos derecho a no darnos cuenta de que ese factor era secundario en esas circunstancias, que lo que estaba en marcha era una conspiración para acabar con Carlos Andrés. Algunos quizás estaban en un tipo de entendimiento, para mí aquel argumento fue determinante, nosotros no podemos ocultar nada, que nos averigüen a todos, cuando quieran, pero aquello era una conjura montada no en defensa de la pulcritud administrativa sino para liquidar a un personaje que ya estaba condenado a ser sacrificado, y con él AD.

EL TAIMADO DE LUIS ALFARO

Astuto, disimulado. Rápido para advertirlo todo. Taimado. Luis Alfaro Ucero, el poder en las sombras, despachaba en los pisos superiores de la casa de AD en La Florida. Era una oficina pequeña, sin lujos. Incluso descuidada. Parco, reticente, apenas aparecía en la prensa dando una declaración. Su nombre pasaba inadvertido en las frecuentes disputas internas del partido. Él, cada día, sin hacer ruido, acumulaba más poder.

Defenestrado Carlos Andrés Pérez, socavada la presencia de AD como gran partido nacional, la figura de Alfaro adquiere una relevancia inusitada. Se dice, se asegura, que es el gran soporte del frágil gobierno de Rafael Caldera. Su candidatura a la Presidencia, huérfana AD de liderazgos de fuerza, se torna imparable. Octavio Lepage junto con Luis Piñerúa intentan un arreglo amistoso. Buscan un intermediario, preparan una reunión, Alfaro asiste. Los escucha impasible.

—*Cuando sacan a Carlos Andrés Pérez de la Presidencia matan dos pájaros de un tiro, el declive de AD era indetenible.*

—Por supuesto. Tan declive fue que Luis Alfaro Ucero llegó a ser candidato o estuvo a punto de serlo, aspiró y a última hora se le dio un parao.

—¿Cómo ese hombre llegó a acumular ese poder en Acción Democrática?

—Por ligereza nuestra, por no habernos dado cuenta. Era un hombre muy taimado y, al mismo tiempo, perseverante en sus

propósitos. Él se dio cuenta de que nosotros solo estábamos en la onda política, pero que el trabajo menudo de articular y mantener aceiteada la maquinaria del partido no lo estaba atendiendo nadie. A él lo traen de Monagas de secretario de organización a consecuencia de la última división y fue armando ese poder.

—¿Él estuvo ahí desde finales de los años sesenta?

—Un poco después.

—¿Pasaron tantos secretarios generales y él seguía en el cargo?

—Él seguía como secretario de organización y luego pasa a la secretaría general. Es un hecho conocido que la presidencia de Caldera fue una presidencia compartida entre él y Alfaro. Caldera se apoyaba en Alfaro para sus movidas y Alfaro sacaba provecho de ello, nombraba ministros y conseguía designaciones que le interesaran y contratos para la gente amiga.

—¿Usted lo trataba mucho?

—Es un hombre muy enmogotado, de rosquitas, se reunía con sus amigotes a jugar dominó los fines de semana, no hacía vida social fuera de ese ámbito. Cuando ve que se acerca el momento de escoger al candidato, ya terminando el período de Caldera, decidimos Luis Piñerúa y yo agarrar el toro por los cachos y plantearle a Alfaro que por favor no aspirara a la candidatura porque él no tenía chance, ni el más mínimo, de poder triunfar. Hablamos con Luis Oropeza, amigo de Alfaro, que lo cultivaba, para que organizara el encuentro.

—¿Quién es Luis Oropeza?

—Caroreño, industrial azucarero y ganadero, abogado, hijo de Ambrosio Oropeza, próspero ganadero caroreño, de sólida formación intelectual, quien publicó una excelente obra de derecho constitucional, fue diputado por su estado a la Asamblea Constituyente de 1947. Rómulo Betancourt lo tenía en alta estima y ese afecto lo trasladó a su hijo Luis José. Hablamos con Oropeza y le dije: «Luis, tú eres amigo de Alfaro, él está empeñado en ser candidato, invítalo a una reunión con Piñerúa y conmigo».

—¿Se dio la reunión? ¿Dónde fue?

—Nos reunimos en la oficina de Oropeza en una quinta en Chuao. Acordamos que yo hablara de primero. En mi habitual estilo moderado empecé a explicarle a Alfaro el motivo de nuestra reunión, tratando de no herir su susceptibilidad. Piñerúa se impacientó y tomó la palabra: «Luis, le pedimos a Oropeza que propiciara esta reunión porque nos preocupa mucho tu empeño en ser candidato. Eso no conviene, estarías condenado a una derrota inexorable. Es el momento de la juventud y eres un anciano. Además, tienes que darte cuenta de que no despiertas emoción en la gente, que no tienes carisma». Aquellas expresiones tan duras no alteraron la impasibilidad de Alfaro. Alegó tener evidencias en contrario, pero que él reflexionaría y que si llegaba a la conclusión de no aspirar a la candidatura, Venezuela se privaría de tener un buen presidente. Nos miramos sin hablar y terminó la reunión. Tiempo después, en el acto tradicional conmemorativo de la muerte de Betancourt, me correspondió hablar. Teniendo a Alfaro a mi lado, y un tanto fuera de lugar, dije que Alfaro no debía aspirar a la candidatura. Aquello causó conmoción, todavía retengo en la memoria la mirada de reproche que me lanzó el finado Jorge Gómez Mantellini. De vaina no me lincharon algunos jalabolas que estaban allí. Alfaro ni se inmutó, se mantuvo imperturbable.

—Cero comentarios.

—Cero comentarios, ni protestó, estoy seguro de que pensó: «Te voy a joder, me cobraré esta vaina». Cuando estaba reunido en el Comité Directivo Nacional, CDN, para decidir sobre la candidatura presidencial, Alfaro no se presentaba y se nombra una comisión —entre los integrantes recuerdo que estaban Ixora Rojas, Paulina Gamus y Carlos Canache Mata— para que trataran de convencerlo de que asistiera al CDN. Él vivía en un apartamento en la urbanización Los Caobos, cerca del restaurante Hato Grill. Pidieron la entrevista, fueron hasta allá y hablaron

con él, que les dijo que iba a esperar hasta que llegara su esposa, que estaba en Mérida. Pero no hubo manera de que él acudiera a una conversación previa para plantearle el problema de la candidatura. Después la cosa evolucionó y quedó fuera, y en ese momento sí se presentó.

—*Fue cuando decidieron apoyar a Henrique Salas Römer...*

—Eso fue al día siguiente, y fue otro error.

—*¿Y quién hubiera podido ser el candidato? ¿Claudio Fermín?*

—Ya había sido candidato contra Caldera, pero en ese momento ya no tenía chance.

—*Un caso extraño el de Fermín, ¿qué le pasó? Pudo haber sido una figura importante en AD.*

—Le faltó temple, es inteligente, simpático, pero carece del mínimo guáramo que se necesita para ser un dirigente político.

—*Él había obtenido una votación insólitamente alta en las elecciones de 1993.*

—Cuando Caldera, fue una votación increíblemente alta, lo que da una medida de la fortaleza que aún tenía AD; además era un tipo afable, buen orador, cae bien, de cierto carisma.

—*¿Y de una familia tradicionalmente adeca?*

—Era sobrino de Mercedes Fermín, de Carúpano, de Puerto Santo, una mujer fundadora de AD.

—*¿Y Humberto Celli pudo ser el candidato?*

—No sé que pasó con Humberto, que tiene condiciones de buen político, garra, y buen ojo político, pero no se proyectó fuera del ámbito partidista, le faltó calle. Buen dirigente político.

—*¿Un poco más joven que usted?*

—Seis u ocho años más joven que yo, se vino pronto a Caracas siendo secretario juvenil nacional y se quedó, se casó con una hija del dirigente sindical Francisco Olivo, Virginia. Llegó a ser secretario general y presidente de AD, pero no se proyectó hacia la calle. De buen carácter y sagaz. Siendo presidente de AD pidió la renuncia de Pérez.

—*Carlos Canache Mata fue otro hombre que pudo haber aspirado en algún momento...*

—Aspiró *in pectore*, no lo hizo público, pero se movió discretamente a favor de esa aspiración.

—*¿Antes o después que la suya?*

—Él estuvo ilusionado, pero igual que Jaime me reconocía cierta precedencia cuando teníamos edades y méritos similares, también Carlos reconoce eso, que es cuatro años menor que yo. Un hombre de excelentes virtudes, para quien la militancia en AD es casi una religión.

—*¿Cuándo supo usted que AD se había muerto?*

—No, yo no lo he dicho todavía, pero veo que es difícil la resurrección de AD. El gran motor de los años dorados en Venezuela fue AD, y Copei, que nace como consecuencia del 18 de Octubre; pero nosotros no supimos ni siquiera divulgar la obra de gobierno de la Cuarta República, y eso es culpa nuestra. Hay la impresión de que esos fueron unos gobiernos corruptos, que lo que hicimos fue robar y no hicimos nada por Venezuela. No se ve a un dirigente de AD que salga a decir algo positivo, a decir siquiera: «Nosotros construimos el puente sobre el Lago de Maracaibo, nacionalizamos el petróleo, el hierro, construimos el Guri», nada de esos logros se dicen. Hemos permanecido mudos antes los ataques alevosos de nuestros rivales y adversarios.

A CALDERA LO ESCUCHÉ CON TRISTEZA

El 4 de febrero de 1992 Octavio Lepage, como senador de la República, estuvo presente en la sesión parlamentaria posterior al intento de golpe de Estado, liderado por el teniente coronel Hugo Chávez Frías. La intervención del expresidente y senador vitalicio Rafael Caldera coronaría aquel día de tumultos quizás anunciados pero de igual manera sorprendentes. Lepage, lo sintió entonces, lo reitera ahora, no ha salido de su asombro. Uno de los padres de la democracia surgida en 1958, por quien profesa respeto, justificaba ante el país el alzamiento militar.

Cree con firmeza que el castigo a los golpistas debió ser ejemplar. Tal vez, en su memoria, esté fresco el episodio español, cuando el coronel Antonio Tejero tomó el Congreso de los Diputados, en otro febrero aciago, pero en 1981. Fue igualmente derrotado, hecho preso y juzgado con tal severidad que quedó inhabilitado para el ejercicio político. La democracia española apenas nacía en la década de los ochenta. La venezolana, de la década siguiente, estaba acorralada por la crisis económica y social, las denuncias de corrupción y había sido sometida por años al ataque incesante de quienes promovían soterradamente la antipolítica. Era una sociedad maniatada. «No importa», dice Lepage, «había que cumplir con la Constitución».

—¿Usted cree que Caldera hizo bien al sobreseer la causa de Hugo Chávez?

—No fue correcto. Chávez cometió un acto imperdonable en democracia, como fue la conspiración que estalló el 4 de

febrero de 1992. Imaginemos que como consecuencia del episodio entre Bill Clinton y Mónica Lewinsky un grupo de oficiales del ejército americano se hubieran sublevado en nombre de la moralidad y bombardean la Casa Blanca, ¿qué les pasa? Por lo menos, hubieran sido sentenciados a cadena perpetua, porque es el tipo de delito que no puede ser objeto de perdón. Estuve de acuerdo y sigo estándolo con la política de pacificación que se aplicó a los que participaron en la subversión armada extremista. Se equivocaron. El ejemplo fascinante de Fidel Castro los arrastró y cometieron esa locura. Era correcto facilitarles una reintegración a la vida democrática, como efectivamente se hizo en el período de Rafael Caldera. Carlos Andrés Pérez tuvo de ministro a Germán Lairer, agarrado con las manos en la masa en El Portañazo, y Manuel Quijada, que también fue hecho preso en aquel alzamiento de Puerto Cabello, fue luego ministro de Luis Herrera Campins. Pompeyo Márquez fue ministro de Fronteras de Caldera durante todo el período y Teodoro Petkoff ministro de Cordinplan. Eso fue correcto porque fue una equivocación en la concepción político-estratégica.

—Y además esos hombres no tenían responsabilidades de Estado...

—Eran ciudadanos, algunos de ellos diputados. En cambio lo de Chávez fue una conspiración que él mismo ha confesado estuvo preparando durante diez años, un golpe de Estado estrictamente militar. Mandó un tanque a tumbar la puerta del Palacio de Miraflores, lanzó obuses contra La Casona, que no estallaron porque estaban vencidos. Fue una acción para haberlos metido presos por mucho tiempo, como un escarmiento. Fue una violación gravísima a la Constitución y a su deber militar.

—Pero en cambio al jefe del alzamiento, después de unos años, le fue sobreseída la causa y fue puesto en libertad.

—La clemencia presidencial para quienes han incurrido en delito puede manifestarse mediante el indulto y el sobreseimiento. Es prerrogativa del Presidente concederlas. Mediante el

sobreseimiento, no solo se recupera la libertad sino que es un reconocimiento de que no se ha incurrido en delito. Eso sucedió con Chávez. Algo insólito e injustificable en un militar que encabezó un alzamiento y, por añadidura, ha confesado que estuvo pacientemente preparándolo durante diez años. Y la explicación de que si no se le perdonaba iba a crearse una situación peligrosa no tiene asidero en la realidad. En todo caso, era un riesgo que había que correr para dar una lección; por lo demás, ajustada a la ley y la Constitución.

—Juan José Caldera, el hijo mayor del presidente Caldera, escribió un texto en el que señala muy claramente que todo el país, los medios de comunicación, diversos sectores políticos, las encuestas, pedían la libertad de los sublevados.

—Aunque la pidieran había que actuar de acuerdo con la Constitución. Realmente aquel «por ahora» le dio una gran proyección a Chávez. La gente lo aplaudió, lo admiró. Pero también Marcos Pérez Jiménez tuvo un momento de popularidad importante, su partido Cruzada Cívica Nacionalista obtuvo una cantidad de votos muy alta en las elecciones de 1968. Caldera y Betancourt, de común acuerdo, propusieron entonces la reforma de la Constitución para que Pérez Jiménez nunca jamás pudiera ser presidente de la República. Así se afina y se consolida la democracia...

—Pero aquella democracia de los noventa estaba tocada...

—No importa.

—...se decía, se escribía, que era una sociedad de cómplices, los grandes partidos y otros poderes se tapaban las cosas, el declive de la democracia era muy evidente.

—Es indudable que al final del ciclo de los gobiernos democráticos los partidos estaban deteriorados y la democracia desacreditada. Soy de los que cree que, aparte de los errores indudables —sobre todo en el aspecto económico, que impidieron resolver satisfactoriamente el problema de la marginalidad—, el balance

de la democracia en muchos sentidos es positivo. Lo que sucedió es que hubo una conjura expresa y tácita al mismo tiempo que se montó en aquella campaña pavorosa de descrédito a la democracia, a la cual contribuyeron los partidos al tirotearse unos a otros. El argumento era el combate a la corrupción y entonces se inventaba cualquier cosa. Hubo mucho político aventurero, como Paciano Padrón y Nelson Chitty La Roche, entre otros, que destapaban escándalos en el Congreso, haciendo denuncias sin pruebas y sin la justificación indispensables. Eso creó un clima que condujo al descrédito de los partidos. Pero nada de eso justifica retrospectivamente el 4 de Febrero ni explica el triunfo electoral de Chávez.

—Pero ciertamente los partidos estaban cuestionados.

—Habían perdido confianza en la comunidad nacional. Y la expresión más nítida de eso es que Acción Democrática, que había sido el partido más poderoso por el respaldo electoral que siempre tuvo, a pesar de las tres divisiones que sufrió, siguió siendo el partido mayoritario, pero entró en un período de desacierto, hasta el punto de que ni siquiera pudimos presentar candidato frente a Hugo Chávez en 1998. Habíamos pensado en Luis Alfaro Uceró, que era totalmente inadecuado; lo retiramos y apoyamos a Henrique Salas Römer. Eso, en un partido de la tradición y la fuerza de Acción Democrática, no era comprensible. Era un reconocimiento de que estaba en decadencia.

—¿Podrá recuperarse Acción Democrática?

—No es fácil, la dinámica del cambio es indetenible. Se asoman nuevas banderas políticas. AD tiene un legado histórico importante y podría recuperarse con una conducción inteligente y realista, que antes que todo tiene que abrirles paso a las nuevas generaciones. No es posible que ante la presencia tan vigorosa de la juventud pueda haber un partido que no abra cauce para que ese fenómeno se produzca dentro de AD también. Eso para mí es indispensable: abrirle paso a la renovación generacional y

luego defender la obra de la Cuarta República. ¿Cómo es posible que nosotros permitamos que todos los días hablen con desprecio de las obras de la Cuarta República? Todo lo que se ha hecho en Venezuela, sin jactancia, 90 por ciento, se ha hecho durante los 40 años de democracia. ¿Qué ha hecho Chávez? Nada, se puede tomar un papel y anotar y no pasan de diez las obras que ha hecho Hugo Chávez en 14 años, con una cantidad de dinero escandalosa, que ha dilapidado.

—*Volvamos a Caldera. Su discurso del 4 de Febrero, en el Congreso, fue muy importante para justificar el golpe.*

—Fue lamentable. Yo lo escuché con gran tristeza.

—¿Usted estaba en la sesión?

—Sí, claro, era senador.

—¿Y les sorprendió? ¿No se lo esperaban?

—No, nunca, aquello fue un discurso absolutamente oportunista. Caldera aprovechó lo que había pasado para capitalizarlo a favor de su aspiración crónica reeleccionista.

—*¿No hubo ninguna manera de adivinar qué podía hacer Caldera cuando solicitó intervenir en aquella sesión parlamentaria posterior al intento de golpe?*

—No creo. En ese momento no estaba en el círculo íntimo de la dirección de AD; no sé si Alfaro tenía desde entonces contactos íntimos con Caldera.

—*Para él fue un éxito político indudable.*

—Por supuesto, capitalizó en ese momento las simpatías que en muchos sectores había despertado aquella acción.

—*¿Cree usted que Caldera se sintió comprometido de alguna forma con Chávez y por eso luego lo sobreesayó?*

—Hay gente que cree que Caldera pudo haber tenido conocimiento previo del golpe. No lo creo, no llegó a tanto. Pero no tengo la menor duda de que quiso aprovechar indebidamente, hasta inelegantemente, lo que había sucedido.

—*¿Cómo se explica usted que un hombre considerado uno de los padres de la democracia, junto con Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt, pudiera intentar justificar aquella acción golpista?*

—Respeto la figura de Rafael Caldera porque fue uno de los constructores de la democracia en Venezuela. Para mí, el Pacto de Puntofijo —que era el nombre de la casa de Caldera, donde se firmó el acuerdo— fue determinante para poder defender la democracia y consolidarla. Sin ese acuerdo estoy convencido de que la democracia hubiera fracasado de nuevo en Venezuela. Junto con Rómulo Betancourt, el gran sostén de Puntofijo fue Caldera, quizás pensando en su propio porvenir político pero, en todo caso, objetivamente él y Betancourt actuaron con la determinación de mantener la unidad a fin de enfrentar las amenazas contra la democracia. No hay que olvidar que era un momento muy difícil, no solamente por la crónica conspiración militar de derecha, que encontró su máxima expresión en ese hecho monstruoso que fue el atentado de Los Próceres contra Betancourt, donde estuvo a punto de ser liquidado físicamente —el bombazo mató al jefe de la Casa Militar e hirió a la esposa del ministro de la Defensa—; y luego se tuvo que enfrentar a la subversión armada extremista que no fue un invento, hubo siete frentes guerrilleros, que se mantuvieron durante varios años con el apoyo inocultable de Cuba, al punto de que el general Arnaldo Ochoa, que luego fue héroe de Angola, estuvo en Venezuela y hubo, además, el desembarco de oficiales cubanos en Machurucuto...

—*¿Pero cómo cree usted que la historia juzgará el tránsito de Rafael Caldera?*

—Lo juzgará con severidad, pero hay que juzgarlo en función del esfuerzo histórico que se estaba realizando para crear en Venezuela las condiciones adecuadas para estabilizar permanentemente el régimen democrático.

—*¿Cuándo percibió usted que iba a ganar Hugo Chávez?*

—El triunfo de Chávez en la forma en que lo logró para mí fue una sorpresa. Era, por otra parte, presumible, porque no tenía un contendor con el suficiente apoyo y proyección popular para enfrentarlo, y sin duda alguna su «por ahora» del 4F lo había ayudado mucho.

—¿Henrique Salas Römer no era un líder nacional?

—Era un líder regional. No era un gran orador, de masas. Era, sin embargo, un hombre importante en su estado nativo, en Carabobo, y tenía indudablemente arraigo político, pero allá solamente.

—¿Qué otras cosas hicieron posible el triunfo de Chávez en 1998?

—La falla social y económica de la democracia. Primero, un deterioro sostenido y prolongado de la situación económica, alta inflación, desempleo; las masas populares, que habían sido la gran base política de Acción Democrática, estaban golpeadas, una crisis económica prolongadísima que se expresó en toda su crudeza en el famoso Viernes Negro —el 18 de febrero de 1983, cuando Luis Herrera Campins devalúa el bolívar—, que desde entonces no se superó. Hay que agregar el descuido de los servicios públicos, la insuficiente atención a la gente sin recursos, la decepción frente a los partidos políticos, frente a la propia democracia. Eso llevó a amplios sectores de la población a poner sus esperanzas en un militar demagogo como Hugo Chávez.

—¿Pero no cree que fue el fracaso de la dirigencia política y que otras élites también se privaron de actuar?

—En Venezuela, las élites económicas siempre han sido pasivas en el esfuerzo por crear instituciones estables, civilizadas y democráticas. Han pensado básicamente en sus propios intereses. En otros países, los sectores pudientes tienen, han tenido y siguen teniendo una intervención mucho más importante en el destino político de cada país. Las élites venezolanas se desentienden, no actúan sino para defender sus intereses y solo hacen acto de presencia cuando consideran que alguna medida gubernamental

los perjudica o los puede perjudicar. Esa presencia activa, que les corresponde a los llamados factores de poder en cualquier país civilizado, en Venezuela siempre ha sido débil para defender los intereses colectivos de la democracia.

—¿Por qué? ¿A qué lo atribuye?

—Falta hasta el instinto de conservación. Si se observa lo que ocurre, que Chávez arremete contra Fedecámaras y contra los empresarios, y se examina objetivamente la acción política de los empresarios para defender un régimen democrático, pluralista, esa acción es muy reducida. Por eso Chávez comete todo tipo de desmesura, expropia, confisca, se roba la propiedad privada, atropella a todo el mundo. Hay algunos empresarios con más conciencia de sus intereses y, sobre todo, con la defensa de un régimen que garantice sus derechos. Pero son pocos.

—¿Eso es lo que le ha permitido a Chávez esta larga presencia en el poder?

—Primero, ese desentendimiento de los factores de poder. En los primeros años hubo cierta energía, cierta audacia para enfrentar a Chávez, pero después del 11 de abril y de la huelga petrolera eso se acabó. Los propios partidos políticos han tenido una existencia casi vegetativa. Cometimos errores. Reconozco que me pareció que debíamos abstenernos en las elecciones parlamentarias de 2005, pero suponiendo que habría una reacción nacional para restablecer la legalidad democrática. No la hubo y le hicimos un gran favor a Chávez, que a sus anchas manejó el Poder Legislativo e hizo lo que le dio la gana. Pero viéndolo ahora, a Chávez no le importa que la Asamblea Nacional pueda estar dominada por la oposición, él no le hace caso. Violando de la manera más flagrante la Constitución ha gobernado largos períodos con leyes habilitantes. Lo habilitaron para dictar leyes sobre las lluvias y con esa autorización dictó hasta la Ley del Trabajo. Dentro del margen reducido de libertad que existe, en la oposición no nos ocupamos de estar denunciando todos los

días esos atropellos, los denunciemos una vez, los denunciemos otra vez, esporádicamente. Él, en cambio, todos los días habla del imperialismo norteamericano, todos los días. Todas las cosas malas que suceden en Venezuela y en América Latina son culpa del imperialismo yanqui. Pocos denuncian la penetración china, que es la actitud imperialista más clásica: te prestamos recursos con condicionamientos políticos, te damos esta plata pero tienes que comprarnos productos chinos. Ahora es China y eso no lo denuncia nadie, el país debería estar todo contra eso, porque esa es una penetración escandalosa de un nuevo imperio mundial que está naciendo y quizás hasta supere en plazo más corto que largo al propio imperio norteamericano.

HUMO EN LOS OJOS

Próximo a cumplir 89 años, Octavio Lepage sigue con atención la dinámica política nacional. Lo hace desde la retaguardia. Elabora, sin prisa y sin desmayo, un boletín digital, suerte de hoja de ruta electoral, que distribuye a un listado de amigos, relacionados e interesados. Es su contribución a la lucha democrática. Se declara un «hombre completo de la Cuarta República». Le duele que la obra realizada durante esos 40 años de democracia no tenga quien la defienda. Si pudiera —aunque está sano y en pleno uso de sus facultades— iría de pueblo en pueblo registrando haberes que se corresponden con los años de la Venezuela puntofijista.

Acumula más de 60 años de militancia política, ahora sosegada, en el mismo partido de toda la vida: Acción Democrática. Confía en su revitalización, en que la fuerza vigorosa de la juventud coloque de nuevo al partido como una alternativa política válida. Repasa los momentos más acuciantes de la lucha contra Hugo Chávez. La singularidad del golpe del 11 de abril, el fracaso del paro, la absurda toma de la Plaza Altamira, la abstención en las elecciones parlamentarias de 2005 —la apoyó desde su trinchera, pero esperando una reacción nacional que no se produjo— y el visible proceso de recuperación de la oposición. Es, a pesar de la inclemencia de estos tiempos, un optimista.

—*El 11 de Abril fue un golpe de Estado, ¿usted tiene alguna duda?*

—Fue un golpe peculiar. Primero, vamos a comparar el 11 de Abril con el 4 de Febrero. Chávez y sus conjurados se propo-

nen tomar Miraflores, un tanque derribó la puerta principal del palacio presidencial, que fue atacado con artillería pesada, afortunadamente una empresa alemana había hecho un blindaje muy bueno que protegió a Carlos Andrés; sin embargo, se salvó de milagro, porque era un hombre con las bolas bien puestas. Logró salir de Miraflores, fue a una televisora y pasó lo que pasó. Estaban alzadas Maracay, Valencia y Maracaibo, tomadas por los oficiales insurgentes, pero Pérez con unas palabras que dijo en Venevisión los derrotó. ¿Qué pasa el 11 de Abril? Los militares sublevados se concentraron en Fuerte Tiuna, no mandaron a tomar Miraflores, no tomaron ninguna emisora, ninguna estación de televisión. Chávez fue llevado desde Miraflores a Fuerte Tiuna acompañado de dos generales. Se había comprometido a renunciar y a irse a Cuba. Con base en tal compromiso, un hombre de su confianza, el general Lucas Rincón, hablando a nombre del Alto Mando Militar, anunció que a Chávez se le había pedido la renuncia, «la cual aceptó». Para renunciar solo exigía que le facilitaran el traslado a Cuba junto con sus familiares. Cuando Chávez solicita que se cumpla lo convenido, un general le dijo: «No puedes irte a Cuba, tienes cuentas pendientes con la justicia». Entonces se negó a firmar la carta de renuncia, que ya estaba redactada. Lo trasladan en helicóptero a la Base Naval de Turiamo y luego a La Orchila, donde a petición suya lo esperaban el finado cardenal Ignacio Velasco y monseñor Baltasar Porras. Nunca estuvo amenazado de muerte. El 11 de Abril Chávez se había entregado. La pendejada la cometió el general que no le permitió irse a La Habana. El general Raúl Isaías Baduel lo reinstala en Miraflores, no el pueblo.

—¿Se jugaban varios juegos en paralelo entre los sublevados?

—Fue una manifestación de rebeldía, de desconocimiento del presidente constitucional, que era Chávez, pero más nada, no hubo ninguna acción de guerra para apoderarse del poder ya que habían dado ese paso. Pedro Carmona, mal asesorado política y jurídicamente, se autojuramentó. Y hasta hizo unos nom-

bramientos desacertados. En vez de haber designado ministro de la Defensa al jefe del movimiento, el general Efraín Vázquez Velasco, y ministro del Interior a otro de los jefes, designó a militares que no tenían nada que ver con el movimiento. Aquello fue una torta, pero no hubo acciones bélicas, no hubo tiros, no hubo muertos. Chávez se montó en ese 11 de Abril hasta ahora y eso en el exterior hizo mucho daño, porque creó la imagen de una oposición golpista.

—*Pero había tendencias golpistas en la oposición.*

—No creo que las hubiera en el grueso de la oposición, de la dirigencia opositora, puede ser que alguien se ilusionara con aquello. Había, eso sí, la creencia de que por la vía de la rebelión popular se podía llegar a una situación de ingobernabilidad que obligara a Chávez a buscar una salida política.

—¿AD en ese momento estuvo fuera del juego político?

—Estuvo Carlos Ortega, dirigente importantísimo de AD, pero es conocido que Carmona engañó a Ortega, porque estando reunidos Carmona dijo que va a descansar al hotel de la Plaza Altamira, pero se va a Fuerte Tiuna. Por esa razón, Ortega no acudió a Miraflores al acto de posesión de Carmona. Se sintió engañado, burlado.

—¿Una gente, en la calle, sostenía una rebelión popular, y otra gente, tras bambalinas, jugaba otro juego?

—Otro juego, exacto, y un juego neutralizó al otro.

—¿Y ahí se impuso Hugo Chávez?

—Sí, a pesar de que estaba entregado.

—Luego vino el paro.

—Que fue un error, y aquella decisión desacertada de ocupar la Plaza Altamira.

—La toma de la plaza por los militares.

—Tengo respeto por los militares que allí se concentraron, pero estuvieron mal asesorados políticamente. ¿Qué necedad era esa de decir que la Plaza Altamira era territorio libre? Una cosa absurda.

—¿Se notó la ausencia de una dirección política?

—Se ve que tenían contactos políticos, pero con gente inexperta, sin experiencia política, quién sabe si de ambiciosos que pensaban que podían acceder a posiciones de poder. En todo caso, ese fue un episodio desafortunado y que explica por qué Chávez después se apodera de este país.

—¿A partir de los gruesos errores del mundo opositor?

—Muy protuberantes errores.

—Pero, a pesar de ello, ha habido una recuperación de la oposición política, ¿usted lo aprecia así?

—Existe una recuperación visible de la oposición. Ha sido un proceso lento, en paralelo al descrédito del Gobierno, que lo que ha hecho es reprimir y robar, más nada, y gastar inmensas cantidades de recursos, de la manera más obscena, para beneficio personal de los grandes personeros oficiales y los medianos también. Pero a pesar de la propaganda de Chávez, que es buena y apabullante, la gente está sufriendo las consecuencias de un gobierno corrupto e inepto, ha venido abriendo los ojos y quiere quitarse a Chávez de encima. La gente no concibe que Chávez siga en el poder. Chávez es un gran destructor, no hace nada, pero destruye con mucha eficacia. Todo lo ha destruido. Él tiene eso que llaman «carisma». Los argentinos coreaban aquello de «ladrón o no ladrón, queremos a Perón». Hay cierta cosa parecida en Venezuela.

—Pero la gente no interpreta que Chávez es un ladrón. Hay una apreciación sobre el absoluto descontrol de los recursos del país, nadie sabe cómo se gastan las cosas...

—Pero es que Chávez es un encantador de serpientes, la gente se ha ido dando cuenta poco a poco. Hay una corrupción visible, inocultable. Él aparece como humilde y logra engatusar a la gente, pero es un régimen profundamente corrupto y que ha corrompido a Venezuela a todos los niveles. Aquí, por ejemplo, hacen una carretera, se le asignan tantos millones y esos millones desaparecen. No hay ni un metro de carretera construida por Chávez, esa es la verdad.

—Es cierto que no hay grandes obras visibles en estos 14 años, pero ¿no cree que el sistema de misiones le ha dado resultados al presidente Chávez?

—Las misiones le han rendido frutos a un altísimo costo, le han dado beneficio político en votos. Regalas dinero, electrodomésticos y la gente lo agradece. Los trabajadores de Caracas que usan el Metro para trasladarse tienen que haber registrado, por más humo en los ojos que les eche la propaganda chavista, el deterioro de ese servicio. En el fondo de su conciencia tienen que estar convencidos de que este es un gobierno desastroso. También a la oposición le falta mucho, se le olvidó lo que hizo cuando fue gobierno, no critica sistemáticamente al régimen de Chávez.

—En las elecciones primarias de la oposición los dos candidatos que concentraron la amplísima mayoría de los votos asumieron las posiciones menos beligerantes. ¿No cree que a la gente hay que convencerla de otra manera?

—Estamos hablando de la famosa polarización. Se argumenta que esa votación altísima de Henrique Capriles al lado de la muy baja, por ejemplo, de María Corina Machado, que fue la única que realmente dijo las cosas que había que decir...

—¿Esa era la opción que le gustaba a usted?

—Me gustaba su estilo, no era el momento de María Corina, pero creo que tiene mucho futuro político si se mantiene en su línea de acción. Era una elección primaria entre aspirantes de la oposición a ser candidato presidencial. Capriles arrancó con una obra realizada y una base de propaganda muy bien estructurada. Se lanzó primero, y se mantuvo adelante, pero de allí a deducir que es porque no confrontó, me parece que eso no tiene sentido. Estoy en desacuerdo con que no se le responda a Chávez, que lanza contra Capriles insultos atroces, inconcebibles en un jefe de Estado. Hay que decirle a Chávez, por ejemplo, por qué dijo que Venezuela iba a construir un gasoducto del sur para llevar gas venezolano a toda Suramérica y no ha sido capaz en 14 años

de producir un solo barril de gas. Nosotros importamos gas de Colombia: la refinería de El Tablazo, en Zulía, funciona gracias al gas que viene de los yacimientos de Costa Ballena en La Goajira colombiana. Además, se anunció que se va a aumentar aun más la importación de gas. En Venezuela estaban muy adelantados los planes para la explotación del gas costa afuera, frente a la península de Paria, en el estado Sucre, y eso se paralizó. Un día pusieron una plataforma y se hundió porque compraron una plataforma vieja para embolsillarse unos millones. Luego hubo aquel escándalo, al que se prestó en ese momento el presidente de Repsol, que dijeron que habían descubierto fabulosas cantidades de gas en el Golfo de Venezuela, pero ninguna explotación de gas se ha iniciado. Es un gobierno que no hace nada realmente. Si yo fuera candidato a la gobernación de mi estado Anzoátegui, a todas partes que llegara diría: «Compañeros, vamos a comparar lo que han hecho los gobiernos, vamos al dispensario, al acueducto, al grupo escolar, quién hizo esto, para que se vea que Chávez no ha hecho nada en ninguna parte, y eso no es polarizar. Chávez no tiene derecho a aspirar ser reelecto».

—Las encuestas, de manera reiterada, han indicado que tiene una gran oportunidad de ser reelecto.

—No creo mucho en encuestas. Recuerdo que un amigo le preguntó al dueño de una de las empresas encuestadoras conocidas, de cierta manera le reprochó, porque son grandes amigos, que permanentemente presentan a Chávez arriba y ese amigo le respondió: «No podemos decir lo contrario, nosotros vivimos, en el fondo, del Gobierno, es una empresa que si el Gobierno se retira como cliente quebramos, tenemos que acomodar los números de las encuestas para que el Gobierno no reaccione en contra nuestra».

—Uno de los encuestadores destacados es Félix Seijas, del Instituto Venezolano de Análisis de Datos (IVAD), que fue militante de AD, ex presidente de la Oficina Central de Estadísticas —hoy INE— en gobiernos adecos.

—Repito que no confío en encuestas. El director de Hinterlaces dice que Chávez tiene una conexión religiosa con la gente; lo que hay es una relación entre Chávez y él. Indudablemente Chávez tiene apoyo y hay un sector que lo admira, pero eso disminuye constantemente, como puede apreciarse en las manifestaciones que a diario se producen en toda Venezuela, por los apagones, por el agua contaminada, por la inseguridad, por la violación de los contratos de trabajo, etc.

—Todos manifiestan pero todos creen que Chávez les va a resolver el problema.

—No sé hasta que punto será verdad. No sé si a estas alturas pensarán que realmente Chávez desconoce el desastre que existe. Por lo demás, las encuestas fallan en el trabajo de campo. El muestreo es básico, la calidad de una encuesta está en la capacidad de los estadísticos que las hacen para planificar una muestra que refleje la estructura de la opinión del país por sectores. ¿Es posible creer que con esta inseguridad pueda haber encuestadores que vayan a los barrios? Se sientan y hacen eso por teléfono, y quién, en su sano juicio, le dirá a una voz anónima lo que realmente piensa, sobre todo tratándose de un gobierno como este. De manera que esas mediciones son de valor muy relativo. El Gobierno se autoengaña con eso. Es una política deliberada de aparecer siempre ganando, porque luego una eventual victoria fraudulenta se hace verosímil, dentro y fuera del país. Y eso se lo da las encuestas que amaña.

—Que lo colocan como favorito.

—Exacto, y sobre todo en el exterior; él las está mandando al exterior. Tiene contratada hace mucho tiempo a la mejor empresa de lobby del mundo, una empresa americana, que le cobra una fortuna mensual por asesoría y eso lo ha venido pagando Venezuela religiosamente. A través de esa empresa trae a esos artistas de Hollywood, que le van a servir para que en el exterior crean que ganó limpiamente. El reto de la oposición en Venezuela es garantizar la vigilancia en las mesas de votación porque si hay

actas entregadas no podrán cometer sino un fraude en pequeña escala. La norma es que se hace el escrutinio en una mesa, a cada miembro de mesa se le entrega copia del acta, quien debe enviarla de inmediato al centro de totalización de su partido. El escrutinio final debe arrojar resultados idénticos tanto en el Consejo Nacional Electoral (CNE) como en los partidos agrupados en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD). Los representantes de los partidos deben saber que tienen gente en cada centro de votación que los respalda.

—¿Cómo ve la candidatura de Henrique Capriles Radonski?

—La veo muy bien. Escogió una técnica de campaña que es la adecuada para una persona de sus características. Esa intención de ir casa por casa, pueblo por pueblo, hablando con la gente, que la gente lo toque, lo abraza, lo bese, eso creo que lo ha hecho un líder. El hombre ha ido entrando, dejándose querer, dejándose manosear. Creo que lo ha hecho muy bien. Además, se da el lujo de tomarle el pelo a su contendor. Requerido de por qué no respondía los constantes insultos de Chávez respondió que a él desde muchacho en su casa le habían enseñado que a la gente mayor se le trata con respeto. Ese esfuerzo de Capriles Radonski tiene que ser complementado con una estrategia que le evidencie al país el desastre que ha sido el gobierno de Hugo Chávez.

—¿La Mesa de la Unidad Democrática que armó las primarias, que representaron un éxito de concurrencia impensable, debería tener un papel más activo?

—La MUD es indispensable. Goza de prestigio. Los venezolanos le tienen confianza. La Mesa de la Unidad, y en particular Ramón Guillermo Avelledo, se ha ganado el respeto colectivo de Venezuela. Él es un hombre admirado, escuchado, y eso es muy importante. Los otros precandidatos, que aspiraron a la nominación presidencial, deben ser también más activos.

—De ganar la oposición, lo que viene es un período muy duro.

—Muy duro.

—¿Qué habría que hacer para fortalecer ese hipotético gobierno naciente? ¿La experiencia chilena sirve de modelo?

—Lo de Chile fue diferente. Aunque subordinado a Pinochet, el ejército chileno mantuvo su estructura institucional, no se dejó penetrar por la política gubernamental. Distinto que en Venezuela donde ya no existe Fuerza Armada, sino gente armada. Al saber que había perdido el plebiscito, Pinochet había decidido no reconocerlo. Para participarle su decisión, convocó al Alto Mando Militar al palacio de La Moneda. Al descender de su vehículo frente al palacio, los comandantes fueron interrogados por los periodistas sobre el resultado del plebiscito. El comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general Fernando Matthei, respondió: «Parece que ganó el no». De todos modos, Pinochet le comunicó al Alto Mando Militar su determinación. Los comandantes se negaron, con el argumento de que para desconocer el resultado había que matar a la mitad de los chilenos. Entonces hubo un pacto, Pinochet quedó de jefe de las Fuerzas Armadas y senador vitalicio y eso lo respetaron hasta que lo metió preso el juez Baltasar Garzón, en Londres.

—Me refería al hecho de que en Venezuela en este momento no existe un partido, como lo fueron AD o Copei, con capacidad para asumir el Gobierno por sí solo...

—Los partidos tradicionales están debilitados. Primero Justicia (PJ) por sí solo no podría lidiar con éxito la difícilísima situación que va a heredar el nuevo gobierno. «El partido» requerido en estas circunstancias es la unidad, la MUD, hasta que esta compleja situación se haya superado. Ese momento será de nuevo la hora de los partidos. Por esta razón me preocupa la inmadurez y el sectarismo de algunos líderes de PJ. La experiencia de 1945-48 amerita ser estudiada con objetividad. La comprometida situación que va tener que enfrentar el nuevo presidente se evidencia en el hecho de que el partido derrotado —PSUV— controla el Tribunal Supremo de Justicia y la Asamblea Nacional. El nuevo presidente,

por supuesto, no tendrá que permanecer con los brazos cruzados pues la política es fértil en soluciones para todos los problemas. Pero hay que manejarse con mucho pulso y con confianza en el apoyo sólido del país.

—¿Estaría planteado convocar una nueva constituyente?

—Quién sabe, no hay que descartarlo. Podría ser la única salida.

—¿Cómo ha observado usted la comprensión en el mundo exterior del proceso político venezolano?

—No es muy buena. Ha faltado propaganda interna y externa, a pesar de que eso ha ido mejorando últimamente por todos los desfueros de Chávez, por ese retiro de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Pero sigue existiendo la idea de que Chávez es un gobernante popular, que las clases pudientes quieren quitárselo de encima porque para ellas es una amenaza. Eso es lo que prevalece en Europa, que siente cierta debilidad por los revolucionarios que están fuera de su territorio. Los franceses son conservadores, pero un revolucionario de América Latina o de África tiene siempre mucha popularidad entre ellos.

—Eso lo hacía AD con la socialdemocracia y Copei con el socialcristianismo, pero ahora no hay esos vínculos.

—Eso se ha perdido. A mí me preocupa que no haya observadores internacionales para las elecciones, porque son un freno, la gente se modera, empezando por el CNE. Pero ahora lo básico es que la gente no tenga ninguna duda de que vamos a ganar las elecciones del 7 de octubre.

LA CONJURA FINAL

Octavio Lepage: 60 años de lucha política

Javier Conde

COLECCIÓN HOGUERAS

Octavio Lepage ha dedicado más de 60 años de su vida a la militancia en Acción Democrática. Fue testigo del breve e inicial alumbramiento democrático de 1945-48, vivió la clandestinidad, padeció la cárcel y el exilio, regresó a la patria en el mismo avión en que volvieron los militares alzados el primero de enero de 1958, se desempeñó en dos períodos diferentes como ministro del Interior –en la «Gran Venezuela» de Carlos Andrés Pérez y en la República fatigada que comandó Jaime Lusinchi–, aspiró, sin pleno convencimiento, a la candidatura presidencial y ocupó la primera magistratura por 15 días justos. Ni una hora más.

En las páginas de este libro se dibuja el tránsito de Venezuela por un buen trozo del siglo XX. Es la visión de un hombre de partido que presenció el auge democrático como consecuencia de la firma del Pacto de Puntofijo –tan satanizado en estos años de borrón y cuenta nueva– y observó desde primera fila el declive progresivo e indetenible de la sociedad que imaginaron, en el exilio y de vuelta de tanto fracaso y tanta espera, Rómulo Betancourt –especialmente–, Rafael Caldera y Jóvito Villalba. Lepage va a fondo en la revisión crítica de los logros y de los fallos. Va a fondo, incluso, contra sí mismo.

JAVIER CONDE



EDITORIAL
ALFA

ISBN 978-980-354-334-1



9 789803 543341